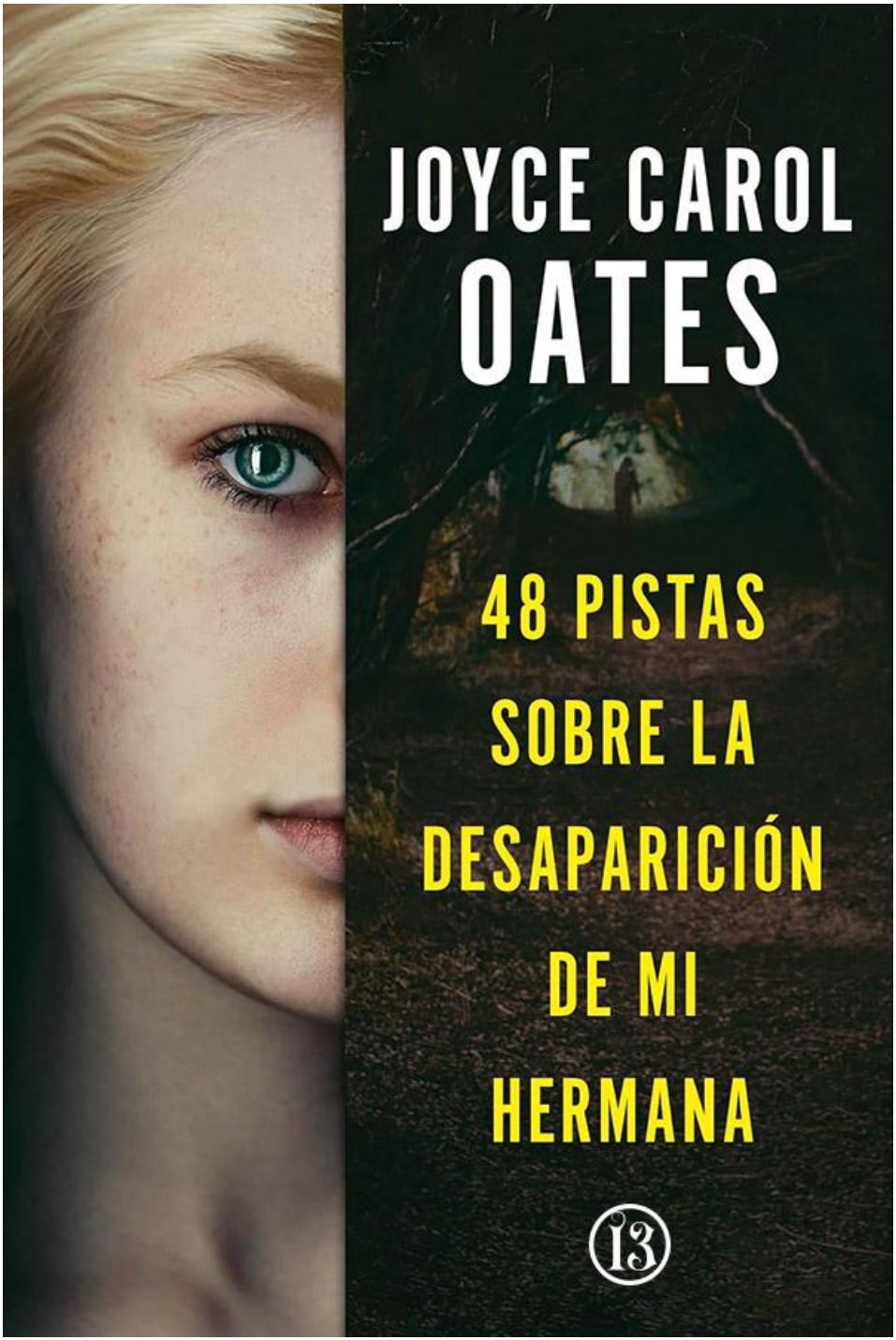
JOYCE CAROL
OATES
48 PISTAS
SOBRE LA
DESAPARICIÓN
DE MI
HERMANA
13

La bella Marguerite desaparece repentinamente de su pequeño pueblo en el norte del estado de Nueva York, pero las causas no están del todo claras. ¿Hubo alguien más involucrado? ¿O simplemente aprovechó la oportunidad para dejar atrás su angustiosa vida? Veinte años después, su hermana menor, Gigi, reconstruye las pistas de lo acontecido aquellos días y de la investigación posterior. Poco a poco, las revelaciones sobre las dos hermanas se vuelven claras, y se desvela que su perfecta vida hogareña no era tan placentera como parecía. Y sutilmente, con la maestría de Joyce Carol Oates para el suspense, comenzamos a vislumbrar lo acaecido.

Joyce Carol Oates

48 pistas sobre la desaparición de mi hermana

Título original: *48 Clues into The Disappearance of My Sister*
Joyce Carol Oates, 2023
Traducción: María Dolores Crispín, 2024

-

Revisión: 1.0

4/08/2024

PARA OTTO PENZLER

PRIMERA PARTE

1

Tela blanca sedosa, sin cuerpo. Charco de seda, en pliegues lánguidos y acuosos en el suelo donde (se apresura a asumir la observadora/*voyeur)* ella se había desprendido del vestido con un movimiento del cuerpo, dejando que cayera sinuosamente como una serpiente, pero una serpiente sedosa, de un blanco perfecto, un blanco puro, blanco como una camelia, deslizándose por las caderas y los muslos hasta el suelo enmoquetado.

Aunque sin cuerpo, sin huesos, con una leve fragancia a cuerpo (de mujer).

¿Es una pista? El vestido lencero de Dior de seda blanca finísima de mi hermana M. descubierto en el suelo de su dormitorio.

Después de su desaparición el 11 de abril de 1991.

¿O se trata de una prenda de poca importancia, pura casualidad, irrelevante y accidental, y no de una pista?

(En un momento posterior de la historia, por supuesto en el siglo XXI, se habría analizado el ADN del vestido de seda blanca de M.; en particular, por la asquerosa pista llamada *semen*. Pero en 1991, la ciencia forense de Nueva York era poco conocida en el pueblo de Aurora-on-Cayuga, así que el elegante vestido de Dior de seda con tirantes espagueti, bien colgado en una percha en el armario de M. por mí, la hermana menor protectora, había esperado impoluto el

regreso de M. durante todos estos años).

(Aunque, sí, es posible que el vestido de seda del suelo del dormitorio de M. fuera una «pista», si hubiéramos sabido que lo había comprado la propia M. durante su estancia de tres años en Nueva York o que fue un regalo de un amante y, en ese caso, de qué amante).

(Además, una pista, porque M. lo había dejado caer con prisas, o por negligencia; ella, que solía ser tan escrupulosa que jamás habría permitido que una prenda cayera al suelo sin recogerla inmediatamente y colgarla en el armario o plegarla y colocarla con cuidado en un cajón. Porque Marguerite Fulmer era toda ella *control frío y sereno*. Una escultora que manejaba su propia trayectoria: alguien que *daba forma*, pero a quien *no daban forma*).

(Dejar la ropa por el suelo de su habitación, acumulándose durante días o semanas, negándose a permitir que entrara el ama de llaves era más propio de G., la «difícil» hermana menor de M., pero como G. nunca había desaparecido de Aurora-on-Cayuga a nadie le importó una mierda el estado de la habitación de G. ni dedicó un momento, en veintidós años, a registrarla).

Tela blanca sedosa, sin cuerpo. Centelleando, deslizándose por las caderas de la mujer, el cuerpo (desnudo) pálido como el marfil, dejando expuesto ese cuerpo con un sonido como el siseo de una serpiente. Te quedas mirando y no deseas mirar; quedarte mirando es degradante, demasiado orgullo y amor propio para mirar; de hecho, *no miras* y, aun así (sin poder evitarlo), observas la caída del fino vestido lencero hasta el suelo, un charco a los pies (desnudos) de la mujer, pálidos como el marfil.

2

Juego de espejos. El medio por el que vi a mi hermana la mañana del día que iba a «desaparecer» de nuestra vida.

Es decir, el medio por el que pude ver el reflejo de M. en un espejo, ya que (en realidad) no vi a la propia Marguerite, solo su reflejo.

(Es impreciso, pero común, decir que la imagen [reflejada] es la persona; pero, en este caso, el reflejo de M. no era más que un reflejo de [la incognoscible, inescrutable]. M., de hecho, *el reflejo de un reflejo*).

Las mañanas empiezan temprano en nuestra casa. En invierno, antes de que amanezca es probable que ya estemos levantados y puede que hasta vestidos.

Pero era abril. Aunque un amanecer fresco, invernal, como un ojo celestial que se va abriendo despacio —a regañadientes— para llenar el cielo plomizo.

Al pasar junto a la habitación de M. cuando iba a bajar, me sorprendió que su puerta se abriera suavemente como por una corriente de aire, ya que la puerta de M. solía estar bien cerrada para evitar intromisiones no deseadas o alegres buenos días; no pude resistirme a echar un vistazo, y así fue como vi, a unos dos metros, en el espejo vertical del lado interior de la puerta del armario de mi hermana, que también estaba un poco abierta, el reflejo de M. en la parte más alejada de la habitación, frente al espejo de su tocador; de modo que, sin ninguna premeditación, en lo inesperado del momento, mis ojos captaron, sin entrar, apenas detectando, el rostro

espectral de mi hermana en el espejo del tocador reflejado en el espejo de la puerta del armario; es decir, el *doble reflejo* de una imagen.

Todo esto, recordado (ahora) de repente, veintidós años después, como podría recordarse un sueño absolutamente misterioso que, en el transcurso de los años, no ha aligerado su carga de misterio, sino que la ha agudizado.

(Es posible que por la periferia del ojo «viera» en el suelo el vestido de Dior. Pero ese «ver» no fue consciente en aquel momento, y si parece consciente en retrospectiva es porque la mente utilizó sus estratagemas de forma maliciosa y perversa contra sí misma).

(No, yo no vi caer el finísimo vestido blanco por el cuerpo desnudo de mi hermana ni que quedara como un reluciente charco de blancura a sus pies. Estoy segura de que no vi eso, a pesar de que parece que lo recuerdo vivamente).

Lo que sí recuerdo claramente: mi (bella) (sentenciada) hermana de pie, de espaldas a mí, en la parte más alejada de la habitación mientras se cepillaba el largo cabello liso rubio plateado, reflejada en el espejo vertical sobre el que mis ojos se clavaron en una especie de asombrada fascinación a la vez que me llegaba un pensamiento «¡No, esto está prohibido!»… mirando aterrorizada a mi hermana como si yo fuera, no una mujer adulta de veintitantos, una mujer con una personalidad definida, podría decirse que *indeleblemente* formada, sino una niña pubescente; intimidada durante años por la (superior, elegante) hermana seis años mayor.

Escudriñar desde una puerta el interior de la vida de otro: la aprensión de vislumbrar al otro, a la hermana, en un estado de indeseada exposición, desnudez.

¿Estaba M. desnuda, de pie frente al espejo del tocador reflejada en el espejo del armario? La pálida espalda recta, la cintura perfectamente formada, las caderas, los muslos, las piernas.

Vértebras, muñecas estilizadas, tobillos, en penumbra.

(Por supuesto) al informar de este (fugaz/involuntario) vistazo al interior de la habitación de M. a los detectives no les dije nada sobre

lo que M. llevaba puesto. Y si a alguno de ellos se le hubiera ocurrido preguntarme —ninguno lo hizo nunca—, yo habría dicho frunciendo el ceño *Ah, no lo sé, un albornoz, supongo, ¿qué podría llevar?*

Nada me fastidia más que los pelmazos que meten la nariz en mi vida privada.

La vida privada de mi padre y la mía. ¡Manten la puta distancia!

Sin duda, M. acababa de ducharse en su anticuada y apenas funcional ducha, y había dedicado tiempo a aplicar el champú a su larga y espectacular melena como lo hacía (tenía mis motivos para pensarlo) varias veces a la semana por vanidad, porque se sentía orgullosa de sí misma y de su belleza, que era ese tipo de belleza «clásica» que no parece que sea consciente de sí misma.

Al contrario que yo, la hermana pequeña G., con motivo legítimo para no querer ser consciente de su propio aspecto, que a menudo no se molestaba en lavarse el pelo durante semanas.

M., blandiendo un cepillo con el dorso dorado que fue de nuestra madre, cepillándose el cabello con lánguidas y largas pasadas que hacían que el pelo crepitara con electricidad estática.

Sí, eso sí lo había notado. Una *descarga* de electricidad estática que hizo que el vello de los brazos se me erizara por simpatía.

Es extraño que M. no fuera consciente de mí. *Que no fuera consciente de lo que se precipitaba hacia ella desde el futuro con alas de plumas negras completamente desplegadas*.

Casi quise llamarla: «¡Hola! ¡Hola!».

Casi podría haberla avisado: «¡Marguerite! ¡Ten cuidado!».

Si la hubiera llamado, ¿M. se habría quedado mirándome en el(los) espejo(s) o se habría girado hacia mí sobresaltada?

Nunca lo sabré. Porque no me atreví a hablar.

Hasta hoy el fenómeno del *juego de espejos* sigue siendo un misterio: de *escasa consecuencia, puramente accidental* en la exigencia del momento, y aun así *esencial*. Porque, aunque los espejos alineados en ese instante fueron necesarios para que, por última vez, viera a mi hermana, el *doble reflejo* fue el único medio por el que habría podido verla, puesto que, en circunstancias normales, la

puerta de su habitación me habría tapado su imagen delante del tocador.

Así que, por casualidad, una corriente de aire frío en el pasillo de la primera planta debió abrir la puerta, algo que no era raro en nuestra casa vieja llena de corrientes.

(Una molestia que aprendí a evitar inmovilizando la puerta cuando yo estaba dentro de mi habitación: poner en el suelo una pesada pila de libros contra la puerta).

La «habitación» de M. —así se la llamaba— no era una sola habitación, sino tres habitaciones contiguas que ocupaban toda el ala este de la casa y daban, a una distancia de unos treinta metros, a las agitadas olas del lago Cayuga, el mayor de los «pintorescos» lagos Finger.

Mi propia habitación, que *sí era* una sola habitación, estaba al otro extremo del pasillo, al lado, pero no (naturalmente) conectada con el dormitorio principal, un conjunto de dependencias que ocupaba todo el resto de la primera planta.

(Esa era la habitación de Padre. A la que yo nunca, o rara vez, entraba. Y solo si se me invitaba. En otro tiempo nuestra madre amuebló con muy buen gusto el dormitorio principal, pero, con el paso de los años, acabó algo desvencijado y descuidado, habitado solo por Padre, y eso de mala gana, porque Padre prefería pasar la mayor parte de su tiempo en su despacho del centro de Aurora o en el que tenía aquí en casa, en la planta baja, atrás).

Voy por el pasillo —deteniéndome apenas un momento en la puerta (un poco abierta) de M., como si este fuera no un día cataclísmico en la vida de nuestra familia, tal vez incluso (en retrospectiva) un día definitorio, sino un día totalmente corriente— en dirección a la escalera principal, con su barandilla de madera noble y amplios escalones cubiertos con una desgastada alfombra de felpa de color granate, muy diferente de la escalera de servicio, más estrecha y con alfombra menos espesa, del viejo caserón de estilo Tudor inglés con siete dormitorios y cinco cuartos de baño de Cayuga Avenue; voy como una sonámbula bajo el hechizo (algo que todavía no podía saber) del *doble reflejo* que me obsesionaría durante

décadas. Los espejos de M., no algo siniestro, sino más bien neutral —como es neutral un cristal, sin importar lo que estemos obligados a ver a través de él—, precisamente porque estaban alineados así por casualidad, y justo en ese instante, pueden haberme sugerido un aura premonitoria de lo irreal, lo no corroborado, incluso lo fantasmagórico, superpuesto a lo que no era sino una escena doméstica corriente: una habitante de la casa pasando por delante de la puerta de una hermana mayor cuando iba a bajar para desayunar a eso de las 7:20, al comienzo de lo que debería haber sido tan solo uno de una serie de los, en su mayoría anodinos, días corrientes de abril de 1991.

Lo cual deja el asunto ambiguo: ¿fue el *doble reflejo* el medio por el que yo me asomé al interior de un profundo e inexplicable misterio, o fue el propio *doble reflejo* el profundo e inexplicable misterio?

3

Persona desaparecida. Podría decirse que M. «desapareció de la faz de la tierra», «se esfumó», «desapareció sin dejar rastro».

¿Era cierto? ¿Es cierto?

Porque nadie está *desaparecido* de verdad. Todos están en *alguna parte*, aunque no sepamos dónde.

Incluso los muertos, sus restos. En *alguna parte*.

Es bien sabido en Aurora que Padre todavía tiene esperanza. Y yo, la hermana menor, *la menos guapa, la hermana menos inteligente*, suelo expresar «esperanza» cuando me preguntan.

—¡Sí! Cada hora de cada día rechino los dientes consternada, desesperada, resentida, furiosa. *Mi hermana no está desaparecida, mi hermana está en* alguna parte.

Y, he aprendido a decir, en serio:

—Escondida, tal vez. O disfrazada. Solo para fastidiarnos. Para fastidiarme a mí.

Añadiendo después de un momento:

—Incluso si Marguerite ya no está viva tiene que estar en alguna parte.

Al menos sus esbeltos huesos. Una melena de pelo rubio plateado claro cayéndole de forma seductora por los hombros.

Los restos de los dientes perfectamente perlados, quizá. Esa última mueca de tierra negra compacta con aspecto de triunfo.

4

Principios de la primavera. La primavera del estado de Nueva York emerge con la lentitud del invierno, como la exhalación humeante de una boca cavernosa.

Cuándo salió M. de casa no se sabe exactamente. Yo no la vi salir ni tampoco Padre (como informaríamos a los detectives). Nuestra ama de llaves, Lena, no la vio. Se supone que después de las 7:20. Pero probablemente no más tarde de las 8:00. Porque la rutina de M. era caminar, a buen ritmo, hasta la universidad y era raro que llegara, suponiendo que fuera allí, después de las 9:00.

Una mañana algo nublada. Jueves: el mismísimo epítome de un *día-nada*.

Carámbanos goteando de los aleros de nuestra casa, nieve embarrada con dientes de hielo bajo los pies, la cara norte de los tejos serrada con la escarcha que va derritiéndose lentamente. ¿Es esto en lo que se fijó M., o estaba M. pensando en algo muy diferente?

¿Estaba M. pensando en algo muy diferente *sintiéndose culpable*?

Aurora-on-Cayuga se alza sobre media docena de colinas que dominan el lago y por eso siempre está al capricho del «efecto lago»: tiempo que cambia bruscamente, sol punzante que atraviesa las nubes, posibilidad de llovizna fina.

Esto parece estar claro: M. llevaba puestos sus botines de piel de Ferragamo caoba oscuro de talón bajo pero característico. Sus huellas pasaban por los altos tejos de detrás de nuestra casa en dirección a la estrecha carretera asfaltada que, a unos ochocientos

metros, se bifurcaba hacia el terreno accidentado del campus «histórico» de la Universidad de Aurora para Mujeres, fundada en 1878: un grupo de austeros edificios antiguos de ladrillo rojo con lúgubres fachadas erosionadas por los elementos: South Hall, Minor Hall, Wells Hall, Fulmer Hall, adyacentes a la recientemente construida Escuela de Bellas Artes de Cayuga en la que M. era artista residente adjunta e impartía una clase de escultura.

Las huellas de los botines de M. partían de la puerta trasera de nuestra casa, pasaban por el césped pisoteado de nuestra pradera de atrás de cuatro mil metros cuadrados, y luego salían de nuestra finca y entraban en la tierra de nadie de árboles caducifolios y arbustos maltratados por el invierno que pertenecía al condado de Cayuga, y se perdían pronto entre la miríada de pisadas y huellas de animales en la senda que serpenteaba por el bosque hasta Drumlin Road.

Si lo hubiéramos sabido. Si hubiéramos comprendido que nunca volvería. Se habrían fotografiado las huellas de los Ferragamo. Determinado si seguían por la parte más alejada de Drumlin Road o si para entonces ya se habían desvanecido, lo cual solo podría indicar que alguien (desconocido) había parado por M. en la carretera, la había obligado a entrar en su vehículo o (tal vez) se había subido por su propia voluntad y le había dicho suavemente al conductor: «Aquí estoy».

5

Vista por última vez. Cuántas veces preguntaron: ¿cuándo fue la última vez que vio a su hermana? ¿Y qué se dijeron?

Y con mucho cuidado yo explicaba que la última vez que vi a mi hermana fue sobre las 7:20 de la mañana de su «desaparición» pero que no hubo intercambio de palabras.

Yo la vi a ella; ella no me vio a mí.

Y los muy bobos se empeñaban en preguntar cuándo fue la última vez que hablé con mi hermana, y qué había dicho ella. Y yo me esforzaba en recordar, y respondía sinceramente.

Diciendo que *Marguerite no me dijo nada que indicara que no era feliz o que sintiera ansiedad o que estuviera preocupada*. No diciendo *¡No teníamos esa clase de relación! No éramos hermanas que se hicieran confidencias; en especial, Marguerite no me contaba nada sobre sus amantes. Usted es muy ingenuo si da eso por sentado*.

Tampoco les dije para ser precisa que había visto, no a mi hermana, sino al reflejo de mi hermana en un *juego de espejos*.

Y no la cara de M., no claramente. Porque la cara de M. estaba enmarcada en el espejo del tocador, un óvalo desenfocado, como si estuviera parcialmente borrado. Apenas reconocible, si yo no hubiera sabido que era ella. La belleza, y las imperfecciones de la belleza.

Porque los espejos duplican las distancias y convierten lo familiar en extraño.

6

Venganza. Hay una famosa/denostada obra de arte, un dibujo de Willem de Kooning «borrado» por Robert Rauschenberg en 1953. Se podría decir que el artista menor se venga del artista mayor borrando su obra. Una especie de travieso vandalismo que podría confundirse con una astracanada.

Porque ¿qué otra venganza puede cobrarse el artista menor que no sea borrar la obra del artista mayor?

Yo no era artista. A M. no le asustaba que yo borrara su obra.

Yo era poeta. Pero mis poemas eran secretos garabateados en código para que los ratones que correteaban por los cajones de mi mesa los leyeran detenidamente.

El hechizo que M. lanzaba a todos los que la conocían: a nuestros padres sobre todo.

Su belleza, eso era injusto. Porque toda belleza es injusta. Su bondad, que (me) parecía una expresión de vanidad. Su dulzura de corazón cuando se atrevía a quitarse la armadura. Su (aparente) amor por mí. O su afecto por mí.

Como si yo fuera no una rival de M., no alguien a quien tomar en serio, la patosa hermana pequeña, un perro pastor algo desaliñado, corpulento, inepto, de ojos saltones llorosos, con una enorme nariz húmeda, lengua rosada jadeante, que pronto se queda sin aliento al subir las escaleras.

Incluso mi nombre, G. —«Georgene»—, mucho menos bonito que «Marguerite».

Nombre recibido por una irrelevante tía de mi madre. Casada,

ama de casa en un prestigioso barrio de Aurora, con servidumbre, con hijos, caída en el olvido. Un cero total. ¡Vaya insulto!

Se dijo —se afirmó— que M. volvió a casa desde Nueva York por mí después de la muerte de Madre. Que M. «dejó perder su año del Guggenheim» —como si hubiera tenido que devolver el dinero si regresaba a Aurora—. (Sé a ciencia cierta que M. *no devolvió la beca del Guggenheim*).

Entre los parientes, en particular nuestras inmaduras y maliciosas primas, se había dicho que mi hermana volvió a Aurora para «salvarme» cuando (al parecer) yo estaba *al borde del suicidio*.

(Lo cual es absurdo: yo no «creo» en el suicidio más que, por ejemplo, Padre creería en el suicidio, que, para él, por sus ancestros guerreros teutónicos *Volkmar*, sería *dar solaz al enemigo, algo maldito por Dios*).

Por qué odiaba yo a M., si es que la había odiado, (que estoy segura de) que no.

Ya que *por qué* iba a odiar a mi hermana que se compadecía de mí, cuando me prestaba atención, cuando tenía tiempo para mí. *Por qué* odiar a mi hermana que era (se dijo que era) la única persona que se ocupó de mí lo suficiente como para ocuparse de mí, ¡por el amor de Dios! Después de la muerte de Madre, que fue una época de ciénaga neblinosa que apestaba a mierda, inaccesible a la (mi) memoria.

¡Una época divertida! Supervisando la pasada de la aspiradora, la limpieza, el fregado y el ventilado de mi habitación-pocilga en la que la pobre y desesperada Lena tuvo prohibido entrar durante todo un año, y a la que el propio Padre, el Zeus de nuestro hogar, no tuvo valor ni fortaleza para entrar.

Empeñándose en darme su fino jabón francés de lavanda, un «soborno» para que me duchara más a menudo.

Haciéndome trenzas con mi mata de pelo «obstinado», como ella lo había llamado. Una promesa de una excursión de cumpleaños a las cataratas del Niágara, «solo nosotras dos, Gigi»…

¡Gigi!, el nombre secreto de M. para mí, el que nadie más sabía.

¡Gigi!, una sensación crece en mí como un delirio, el impulso de

gritar, reír como una loca, chillar; y es odioso, tantos años después, cuando esa locura debería enterrarse. Alguien debería embutirme tierra en la boca, para acallarme.

Naturalmente, algunas de las cosas que yo heredaba de M., tan adecuadas para ella, perfectas en su esbelto cuerpo, eran demasiado pequeñas para mí, o inapropiadas. Eso (seguramente). M. lo sabía.

Un bolso de ante color lavanda, que la lluvia estropeó la primera vez que lo usé. (Pero ¿lo había sabido G.? ¿Que la lluvia es perjudicial para el ante caro? ¿No? ¿Sí?).

¿Es posible, aunque no muy probable, que mi hermana me hubiera pasado los botines de Ferragamo que se había comprado en Nueva York? Una broma cruel, ya que Gigi, con sus pies de la talla cuarenta y uno, no tenía posibilidad de calzarse los elegantes botines de la talla treinta y ocho.

Sí, pero tal vez hay un escenario diabólico en el que la calculadora Gigi, blandiendo los botines en cuestión, se las arregló ingeniosamente para crear pisadas de bota que iban desde la parte trasera de nuestra casa hasta la tierra de nadie donde las huellas «se perdían» en el revoltijo de otras huellas.

(Pero ¿cuándo podría haber tenido Gigi ocasión de hacer eso? No en la mañana del 11 de abril de 1991, seguro).

Posiblemente la noche anterior. Sin que la vieran.

Porque nadie (excepto la hermana menor) informó de que había visto a M. esa mañana.

Y, por lo tanto, tal vez no es exacto decir que M. llevaba los botines de Ferragamo esa mañana, sino más bien que, como los detectives observaron en su momento, *las huellas de los botines eran claramente perceptibles* desde la puerta trasera/la escalera de la parte de atrás de la casa, a través de la pradera maltratada por el invierno, hasta el terreno municipal contiguo, donde se mezclaban con otras pisadas y se perdían.

¡Demasiados tal vez! Sin embargo (¡esta es la seductora promesa de las pistas!), uno de estos tal vez, por improbable e inverosímil que sea, es la Verdad.

7

11 de abril de 1991. En su calendario M. había anotado a lápiz para este día solo dos cosas rutinarias: 14:00 (clase), 17:00 (reunión del comité).

Y al día siguiente, cita con el dentista a las 9:00.

Semana siguiente, más de lo mismo: citas rutinarias, reuniones, tutorías con estudiantes. Banalidad/seguridad de la vida diaria. Nada significativo que un investigador pudiera descifrar como una *pista*.

A menos que la hoja de abril hubiera sido cuidadosamente planificada por M. Para engañar con la cotidianidad misma.

Durante la semana, M. tenía por costumbre llegar temprano a la Escuela de Bellas Artes para trabajar tranquila en su estudio toda la mañana, y por eso cuando M. aún no había llegado a las doce, su (aparente) ausencia empezó a notarse en el departamento aunque (todavía) no se comentaba en especial, hasta que a las 14:00, cuando llegaron los estudiantes para la clase de escultura, una vez reconocida su ausencia, se hicieron llamadas al teléfono de M., sin respuesta, y empezaron las preguntas: *¿Habéis visto a Marguerite hoy? ¿Habéis hablado con Marguerite hoy?*

Sin alarmarse todavía, claro. Tono amable, desconcertado. *¿Alguien ha visto a Marguerite esta mañana? ¿No?*

Atención: el nombre «Marguerite» se pronuncia con cierta reverencia. Con admiración, no de forma acusatoria.

Mar-gue-rit: el melódico nombre completo, no una vulgar ráfaga

de sílabas.

Una hora más tarde crecía la curiosidad sobre dónde podría estar M., por qué M. no había llamado o enviado una nota; definitivamente, no estaba en su estudio, en ninguna parte del edificio de Bellas Artes, no había mensajes.

Y seguía sin haber (todavía) alarma, preocupación real de que M. pudiera haber sufrido algún percance, pudiera estar enferma, ocupada en algo urgente, en algún tipo de incidencia.

Era muy posible que hubiera una «crisis familiar» en la residencia Fulmer porque, no de forma general, pero algunos sabían que G., la hermana pequeña de M., «tenía algún tipo de historia…».

¿Qué clase de historia? ¿Mental?

¿… hospitalizada? ¿En Búfalo?

Solo con cautela se mencionaban tales posibilidades pues se sabía que M. era una *persona muy celosa de su intimidad* que no solía hablar de la vida de su familia; a diferencia de sus colegas que chismorreaban sin reprimirse, bromeaban abierta y cruelmente de sus familias difíciles/cómicas expuestas al consumo jocoso de los demás como tiras cómicas en un tablón de anuncios.

Muy discreta, además, sobre los hombres de su vida. No estaba claro si de hecho había un hombre en la vida de M. en el momento de su desaparición.

A menos que el vestido lencero de seda de Dior fuera una pista: no «fragante» (posiblemente) sino «maloliente» con el inequívoco olor de un hombre…

Pero nadie lo sabrá: ningún extraño invadirá las habitaciones privadas de M. mirando de forma maleducada y con recelo la «evidencia» que la persona desaparecida ha dejado tras de sí, porque yo recogeré con discreción el poco voluminoso vestido que M. ha dejado despreocupadamente en el suelo, una prenda ligera como la lencería, y la colgaré en una percha, y la pondré (discretamente) muy atrás en el armario de M., donde es probable que ningún detective curioso la encuentre.

Porque si bien yo no aprobaba la (posible, probable) vida sexualmente promiscua de M., de la que ella no me contaba

absolutamente nada, a mí sí me importaba, y muchísimo, el *buen nombre* de la familia Fulmer que se remonta a los tiempos de los primeros pobladores de esta parte del estado de Nueva York: 1789.

De hecho, existe un condado de Fulmer al este de aquí, cerca de Albany, donde se asentaron los primeros Fulmer; una rama de la familia separada hace mucho de la nuestra, y sin interés para nosotros.

En las primeras horas de la tarde del 11 de abril empezaron a llegar llamadas a la línea privada de M. en nuestra casa, que sonaban solamente en su habitación, y que Lena no contestaba, por petición de M.; eran llamadas de colegas y amigos de la Escuela de Bellas Artes, que se preguntaban dónde estaba.

Se dejaron mensajes. En total, ocho mensajes de amigos «preocupados» y un mensaje irritantemente «urgente» de un colega que era artista residente titular en la escuela.

De hecho, había un segundo mensaje «urgente» de esta persona, un *pseudoartiste* particularmente autoengrandecido que se llamaba a sí mismo «Elke», cuyo interés en M. era posesivo y ofensivo. (Más del insufrible Elke, más adelante).

(Y dónde estaba yo durante estas horas, me preguntarían los detectives, y les respondería feliz a esos bobos que estaba *en mi lugar de trabajo*, ¿dónde pensaban? Un flujo continuo de clientes de la oficina de correos de Mili Street, además de mis dos compañeros del mostrador y nuestro supervisor, todos podrían, y lo hicieron, testificar sobre mi paradero de ese día).

(¡Qué ridículos! *Paradero, coartada… pistas*. Tópicos de la investigación policial banales y gastados como una alfombra vieja raída que de todas formas hay que pisar, la mirada al frente en una expresión impasible de inocencia).

Ajena al frenesí de preocupación por el paradero de M., yo seguí trabajando hasta las 17:00 en la oficina de correos de Mili Street. ¡Sin un solo escalofrío de preocupación o temor! Ninguno.

Saliendo después para ir a casa como de costumbre. O podrías

decir *caminar penosamente*… evitando la mirada de los otros peatones, bajando la vista, frunciendo el ceño, emitiendo señales como el radar de un murciélago, *sin alegres holas o cómo-estás gracias por adelantado*.

Además, a diferencia de M., yo no tenía coche. No tenía el permiso de conducir que concede el estado de Nueva York a algunos ciudadanos y que niega arbitrariamente a otros.

Llegando a casa a tiempo de oír sonar el teléfono en la habitación de M. mientras subía por las escaleras a la primera planta. Varias llamadas, o la misma persona llamando sin parar, muy irritante para mí, porque tras un largo día en la oficina de correos atendiendo a idiotas con bultos mal cerrados para enviarlos como paquete postal es fácil que tenga los nervios de punta, y aun así me atreví a entrar en la habitación de M. en su (supuesta) ausencia para contestar el puto teléfono sin esforzarme en que mi voz sonara educada:

—¿Sí? ¿Diga? Si busca a quien yo creo que busca, lo siento, no está aquí.

Por qué tal preocupación en la voz de esa mujer ridícula, quién era esa persona para aparentar estar preocupada por mi hermana, no pude evitar interrumpirla a mi manera, sin rodeos, y la ridícula de Sally o como quiera que se llamara quedó horrorizada y dijo tartamudeando:

—Pero ¿dónde *está* Marguerite? ¿Eres la hermana? ¿No estás preocupada? No le pega a Marguerite faltar a su clase de escultura sin dar…

—¿Y cómo sabe qué es lo que «le pega» a mi hermana? —No pude resistirlo, quien llamaba no era alguien que yo conociera. Histérica como una gallina con la cabeza cortada, si una cabeza decapitada pudiera parlotear—. Podría estar en Tombuctú a estas horas, ¿a usted qué le importa?

Colgué a continuación, riéndome. Y unos minutos más tarde el teléfono volvió a sonar, y de nuevo respondí:

—Pel-dón número equivocado. *Adióós*.

Dando a mi voz una especie de inflexión china. Tenía que

reírme.

Porque eran *todos muy ridículos*. Cuando no había razón para alarmarse, *no había una situación de emergencia en absoluto*.

Hice un examen rápido de las dependencias de M., incluido su dormitorio (cama: bien hecha, colcha en su sitio por todos los lados) y su cuarto de baño (toallas perfectamente colocadas en los toalleros).

Más tarde volvería para hacer un examen más riguroso. Cuando las circunstancias lo requiriesen.

Cerré la puerta. Muy bien cerrada. Para que cuando M. volviera a casa no tuviera razón para pensar que alguien había violado su preciada intimidad.

Para entonces, los entrometidos de la escuela empezaron a llamar a mi padre; le informaban de que Marguerite no había ido ese día, había faltado a sus citas «y eso no le pega a Marguerite» y, por lo tanto, se preguntaban si estaba en casa y si se encontraba bien; y Padre envió a Lena a comprobarlo a la habitación de M., que estaba (por supuesto, ya lo sabía yo) vacía, y fue él mismo al garaje para cerciorarse, y el Volvo amarillo claro de M. estaba aparcado junto a su señorial sedán Lincoln negro; en fin, nada fuera de lo habitual, ya que M. casi nunca iba en coche a la universidad.

Pero ¿dónde, a esa hora del día, podría estar M.? Sin su coche, tenía que ir a pie, es lo que se pensó.

De hecho, M. solía dar largos paseos/caminatas sola incluso con mal tiempo. En el campo, con cuestas empinadas, pasada Drumlin Road, recorriendo tramos silvestres, sin cultivos, junto al lago Cayuga, donde se podía llegar hasta la orilla porque no había vallado de propietarios privados.

Prefería caminar sola. Aunque algunas veces, quién sabe por qué, le parecía (erróneamente) que yo estaba solitaria o triste y me invitaba a ir con ella.

Resultaba embarazoso e irritante cómo avanzaba M. a grandes zancadas por la senda como si (inocentemente) se olvidara de mí; luego se paraba de golpe y esperaba a que yo la alcanzara jadeando y sudando.

La misma imagen de la paciencia. Sin mirar hacia arriba con

fastidio, eso nunca.

Preguntándose entonces por qué solía rehusarme a acompañarla. Como si ella no tuviera ni idea.

—¿Georgene?

Allí estaba Padre observándome con ojos de miope por encima de sus bifocales al encontrarme en el descansillo de la escalera donde yo estaba de pie mirando por la ventana unas nubes con forma curiosa que se desplazaban por el cielo como una flotilla desdibujada de barcos, mi mente completamente en blanco como una pared lavada con manguera.

A esta hora del día Padre solía estar centrado en su trabajo. En su despacho del centro de Aurora o en el de la parte de atrás de la casa consultando por teléfono a asesores de inversiones de Nueva York, indicando qué acciones comprar, qué acciones vender, con la vehemencia de un guerrero repartiendo recompensas y castigos. Desde niñas aprendimos a no interrumpir a Padre en tales momentos —¡como si tuviéramos alguna razón para interrumpirle! —, pero de repente aquí estaba Padre con aspecto desorientado como quien ha perdido su camino, agitado, distraído (afortunadamente sin darse cuenta de cómo escondía yo con culpabilidad en la mano un objeto sin importancia de la habitación de M… una pequeña joya de poco precio que M. nunca echaría en falta, a menos que fuera una barra de labios [usada] de Midnight Rose, básicamente sin utilidad para mí, que no me embadurnaría la cara con maquillaje más de lo que me embadurnaría la cara con masilla usando una paleta de albañil ni me pintaría manchas rojas de payaso en las mejillas «mofletudas»), preguntando si recordaba haber visto a Marguerite en algún momento de ese día, y los latidos de las venas en los oídos no me dejaban oír su pregunta, y Padre la repitió, y un grito que salió de mis labios nos sorprendió a los dos:

—¡No! Yo no he visto a Marguerite, no la he visto desde esta mañana, ¡por qué me preguntan todos siempre por ella!

Poco después, los parientes empezaron a llamar. En Aurora-on-

Cayuga las noticias se propagan rápidamente.

¿Dónde está Marguerite? ¿Tenéis noticias de Marguerite? ¿Habéis visto a alguien que haya visto a Marguerite?

Apenas llevaba M. ocho horas ausente, ya se hablaba de que *algo ha tenido que pasarle a M., esto no le pega a M.*

¡Sí, era ridículo! Solamente yo parecía saberlo.

Padre insistió en responder esas llamadas. Ni siquiera permitía que Lena descolgara el teléfono.

La voz paternal de «mando». La voz fuerte de un hombre acostumbrado a que se le escuche. La voz fuerte de alguien que es duro de oído. Aunque los parientes llamaban para preguntar sobre M., Padre les devolvía la pregunta como un jugador de pimpón furioso devolvería los golpes.

¿Alguna noticia de su hija? ¿Había llamado Marguerite a alguno de ellos? ¿Había salido Marguerite de la ciudad, sin decírselo a ellos? Marguerite tenía amigos en Ithaca, ¿estaba Marguerite (tal vez) en Ithaca?

(Pero, entonces, ¿por qué estaba el coche de Marguerite en el garaje?).

(Esto se mencionaría como prueba de que M. no se había ido por propia voluntad: ¡el Volvo en el garaje! Como si eso probara algo).

En otro momento, el impetuoso *artista residente titular* de la universidad llamó, tuvo la osadía de preguntarle a Padre si había alguna «línea telefónica privada» con la que ponerse en contacto con Marguerite, sobre un «asunto estrictamente personal»; y Padre le dijo fríamente:

—Señor, sea usted quien sea, no me importa si es un «colega» de mi hija o no, el nombre Elke no me resulta conocido, y esa información no es de su incumbencia. ¡Adiós!

(En aquel momento no nos pareció raro que Elke se pusiera tan pesado, como si fuera cierto que existiera alguna conexión particular entre él y M. de la que no supiéramos).

Padre estaba demasiado inquieto para permanecer en casa e insistió en conducir por el pueblo en su señorial Lincoln negro; en

Main Street pasó despacio ante las fachadas ya sin luz de las tiendas (de hecho, varios de estos edificios pertenecían a Padre), giró hacia Lakeview Avenue, pasó por delante de las grandes e iluminadas casas de los parientes Fulmer, tíos y primos de los que algunos eran un poquito más tolerables para M. y para mí que los otros, pero ninguno tan cercano a M. como para que ella pudiera haberse detenido a visitarlos sin informarnos; cuando Padre arrugó la nariz mirando la primera de estas residencias, como si fuera a girar para entrar, le dije con vehemencia:

—Padre, no. No les des esa satisfacción.

Y Padre suspiró: sí, claro. Es lo último que desearía Marguerite, sus envidiosas primas cotilleando sobre su *desaparición*.

Continuó despacio por Church Street, pasado el cementerio «histórico», ya sin iluminación, donde las lápidas erosionadas emitían una tenue luminosidad escalofriante de dientes radiactivos que se burlaban de nuestra búsqueda inútil.

Subida empinada hasta el campus de la Universidad de Aurora, edificios austeros de ladrillo rojo solitarios como fragatas sobre las olas de un mar interior. Campanario, capilla. Campanadas sordas —las nueve de la noche— y la esfera blanca del reloj iluminada como el mismísimo rostro de la idiotez, que carece de expresión humana.

Ella no había querido volver a Aurora-on-Cayuga. Su vuelta era «temporal».

Valiente y condescendiente porque había regresado a casa desde Nueva York por mí. Puede que hubiera estado celosa de mí.

Fue después de la muerte de Madre. Que (supongo: no lo recuerdo con claridad) fue un duro golpe para mí.

A pesar de que yo no había querido a Madre… no mucho.

Pero, bueno, no quiero a nadie… mucho.

M. había aceptado el puesto en la universidad con la condición de que su (modesto) sueldo fuera a un fondo para becas. Pero con el mayor secreto, porque M. no deseaba que se la conociera como una especie de «filántropa», no quería que sus colegas artistas (casi todos mayores que ella) se sintieran incómodos en su presencia.

Por supuesto que eran inferiores a Marguerite Fulmer. Y se acabó

sabiendo.

Cualquiera de ellos podría haberle deseado algún mal.

Nuestra familia había destacado en Aurora y alrededores desde hacía mucho tiempo. El padre y el abuelo de Padre habían sido miembros del patronato de la universidad para mujeres, igual que Padre lo era en la actualidad; eran una familia de banqueros, inversores, promotores inmobiliarios, filántropos. Para bochorno de M., uno de los edificios de ladrillo rojo más antiguos y señoriales del campus era Fulmer Hall.

Madre, también, venía de «una buena familia», ¡naturalmente! Sin duda alguna.

Una familia en la que, se acabaría sabiendo, las mujeres tenían predilección por un determinado tipo de cáncer. Y predilección por morir de ese cáncer.

Cuya especificidad, creo, no quiero revelar.

Me preguntaba si Padre estaba teniendo esos sombríos pensamientos. Si Padre se atrevía a pensar en la pérdida de Madre, que había desgarrado nuestro aparentemente sólido hogar en dos.

Conducía lentamente con el ceño fruncido y la mirada seria por las serpenteantes calles del campus…, deteniéndose para escudriñar en la oscuridad entre los edificios, además de otras sombras que al quedar expuestas a los faros eran tan planas y banales como el interior de una caja de cartón.

Al lado de Padre, en el asiento del copiloto del sedán Lincoln, iba yo sentada con los puños bien apretados entre las rodillas para evitar moverme y retorcerme, porque me pongo nerviosa en esos momentos en que no me atrevo a hablar en voz alta lo que clama por ser dicho: *¿De verdad crees que Marguerite está escondida en las sombras aquí, Padre? ¿De verdad crees que la encontrarás aquí?*

Si la Princesa no quiere que se la encuentre, no se la encontrará.

Al ver una figura femenina sola en el camino de la biblioteca de la universidad, Padre frenó el coche hasta que lo detuvo y buscó a tientas para bajar la ventanilla:

—¿Marguerite? ¿Eres tú?

Se le quebró la voz. Yo habría querido reírme, pero de pronto

me di cuenta de que Padre estaba muy afectado.

Afortunadamente, la chica no lo oyó. Pasó deprisa junto a nosotros apretando sus libros contra el pecho sin mirar atrás.

8

Aquel día interminable. A las 22:00 de aquella noche había empezado a caer una lluvia fina. Yo estaba en una ventana de arriba mirando la noche y pensando: «¡Ahora se empapará, y se enfriará! Ahora, la Princesa volverá mansamente a casa como un perro con el rabo entre las piernas».

Sin embargo, a las 23:00 M. no había vuelto a casa ni había llamado para explicar dónde estaba; tampoco había llamado nadie en su nombre.

¿Que si empezaba a estar asustada? Sí empezaba a estar asustada porque una enorme ola de agua sucia avanzaba rápidamente hacia nosotros, aunque nuestra casa estaba en una colina por encima de la ciudad *no me gustan los disgustos*.

No me gustan los disgustos (a menos que los haya provocado yo misma). No me gusta que se perturbe la rutina de la casa. Creo que no hay nada que me disguste tanto como que se perturbe la rutina de la casa. Estoy en mi turno detrás del mostrador en la oficina de correos de Mili Street durante ocho horas cinco, días a la semana, y cuando no estoy en mi puesto en correos estoy segura y tranquila en mi habitación en la casa de mi padre, donde no me gusta que se perturbe nuestra rutina doméstica, como que se retrase la cena durante horas, que Lena la mantenga en el horno caliente, desabrida como las sobras de la semana pasada, y sobre todo no me gusta que el dichoso teléfono esté venga riiin riiin riiin y no haya llamadas para mí, siempre para ella.

Estaba claro, nadie dormiría esa noche en nuestra casa. Necesito

dormir nueve horas si quiero tener la mente clara y estar llena de energía por la mañana para enfrentarme a ocho horas de pie y ser «amable con el cliente» en la oficina de correos; pero a mí nadie me cuidaba, no es que fuera una sorpresa, por supuesto no lo era.

Al final Padre llamó al 911. Le alentaron otros: parientes nerviosos que vivían a una manzana en Lakeview Avenue, y (por supuesto). Lena retorciendo las manos preocupada por mi hermana; así que Padre hizo la llamada, vacilante al hablar, balbuceando, inseguro, mostrándose como un hombre al borde de la vejez.

—¡Sí, una emergencia! Tengo motivos para pensar que mi hija Marguerite está en un grave peligro.

Dijo a los policías (dos, de uniforme) que llegaron a nuestra casa que algo tenía que haberle pasado a M., había estado desaparecida todo el día, no había ido a la universidad como se la esperaba, *no era del estilo de su hija comportarse de una forma tan irresponsable*. Si él hubiera sabido que algo iba mal, habría sido al no ver a M. en el desayuno esa mañana. (¡Como si los tres tuviéramos la costumbre de desayunar juntos! A veces lo hacíamos, pero solo por casualidad. Desde la enfermedad y muerte de Madre nuestras horas de comer no eran algo formal. A menudo, Marguerite se saltaba completamente el desayuno. O, si desayunaba, lo hacía en la escuela, en la cafetería. Mi desayuno es cosa mía. Podía tomar Cheerios con plátano y leche en casa, y un segundo y más contundente desayuno en el local de enfrente de la oficina de correos: huevos revueltos y beicon, pan tostado de centeno y jalea de uva. Padre podía tomar solo un café y copos de avena, preparado por Lena incluso a las 11:00, en una de sus mañanas de mal humor).

No es del estilo de mi hija comportarse de una forma tan irresponsable se repitió varias veces como si esta frase fuera profunda por sí misma e impresionara a los policías como parecía impresionar a Padre.

De los policías, uno de ellos era claramente más joven que el otro. Con asco reconocí el imberbe rostro porcino de un chico que había ido a mi instituto, convertido ahora en un individuo corpulento, de mandíbula prominente, que parpadeaba y entornaba los ojos mirando el interior de techos altos de la casa de estilo Tudor

inglés de Cayuga Avenue donde, de no ser por esto, jamás habría sido invitado a poner un pie, al igual que cualquiera de su calaña.

Y mirándome a mí muy sorprendido. Como si no me reconociera, y a la vez sí me reconociera pero no se atreviera a reconocerme, porque yo no me digné a reconocerle.

Porque «Georgene Fulmer» había cambiado mucho desde los días del instituto, pienso yo.

Tanto mi cara como mi cuerpo. Donde en otro tiempo hubo un cuerpo débil, ahora hay un cuerpo compacto como un nabo.

Donde en otro tiempo era vulnerable a imbéciles y abusones, ahora soy impenetrable como un molusco que, cuando lo miras, lo único que ves es una concha con finas estrías y ni una pizca de carne rosada expuesta.

El policía mayor hablaba lenta y pesadamente, como un hipopótamo que se esforzara por hablar.

—Puede que su hija vaya a estar fuera durante la noche, señor Fulmer, pero volverá por la mañana, esto lo vemos muchas veces. No significa que se haya escapado.

¡Escapado! Tan ridículo que rompí a reír.

Los dos policías me miraron asombrados. Padre me lanzó una mirada de reproche.

El policía mayor me preguntó qué era tan divertido, y yo le solté a quemarropa a ese bobo que mi hermana Marguerite no era una adolescente, tenía treinta años, era artista residente en la Universidad de Aurora y una escultora con talento, no una *jovencita que se ha escapado*.

Padre me puso una mano en el brazo para calmarme, porque me reía a carcajadas, y a continuación me dio tos, y los dos policías me miraban acercándose a mí demasiado.

¡Qué idiotas! No perdí más el tiempo, salí de la habitación pisando fuerte en las escaleras, y cuando entré en mi cuarto di un portazo.

Pensando: «Ahora registrarán la habitación de M. Ahora registrarán toda la casa».

Del ático al sótano. Tres plantas. En el sótano «nuevo», que está

terminado, y en el sótano «viejo» donde nadie pone un pie, que tiene un suelo de tierra que huele a humedad rancia y a podrido.

Pero no: no registraron la habitación de M. aquella noche, y mucho menos toda la casa.

¡Este día! ¡Este día! Este puñetero día.

Tan largo… No podías ver el confuso comienzo, como la neblina que se eleva sobre el lago y va desplazándose tierra adentro. Alguien con buena intención había encendido todas las luces de la casa, que resplandecía como una calabaza en Halloween anunciando a toda Aurora que algo había pasado en el 188 de Cayuga Avenue: pero ¿qué?

Y todo esto era culpa de M., llamando tanto la atención, siempre siendo el centro de atención, *la odiaba y nunca la perdonaría*.

9

El registro. Casi nunca en la historia de Aurora y su entorno rural se había informado de la desaparición de adultos; lo más común, chicas adolescentes que desaparecían de su casa y se las etiquetaba como *escapadas*. Casi nunca había habido delitos graves aquí: un solo homicidio en ochenta años, que se habría clasificado como *violencia doméstica* en la actualidad.

Nada de secuestros, nada de raptos; si hubo violaciones, agresiones sexuales o palizas, no se informó a la policía, y en consecuencia no constaban en los archivos.

El delito más común en Aurora y alrededores era el vandalismo (adolescente): hacer pintadas, romper buzones, tirar basura y encender hogueras en los campos en Halloween.

Y por eso ahora, en abril de 1991, enfrentados a la misteriosa desaparición de una *heredera* local, el Departamento de Policía de Aurora, formado por cuatro hombres, necesitó la ayuda del Departamento del *Sheriff* del Condado de Cayuga.

Veinticuatro horas es generalmente considerado por las fuerzas de seguridad un periodo demasiado breve para declarar a un adulto oficialmente desaparecido, pero las circunstancias, y la insistencia de Padre, así como la posición social de Padre en Aurora, indicaban que la desaparición de Marguerite Fulmer debía tomarse en serio. Se alertó a los medios locales, se emitieron boletines en televisión y radio esforzándose por mantener un tono entre nervioso-alarmado y contenido-digno. Estupefactos al encender la televisión y ver el rostro de M. mirándonos por encima del texto: «La familia de una

mujer de Aurora denuncia que ha estado desaparecida toda la noche».

En la mañana del 12 de abril se organizaron partidas para buscar a mi hermana, admitido ya que había estado desaparecida veinticuatro horas. Funcionarios de las fuerzas de seguridad, bomberos voluntarios del condado de Cayuga, estudiantes del instituto sin clases para la ocasión, jóvenes atletas altas y esbeltas de la Universidad de Aurora, ciudadanos voluntarios de la comunidad. Ese día, más tarde, estudiantes de la Universidad de Cornell que habían oído los boletines de noticias sobre la *mujer desaparecida*, por la que su familia ofrecía una recompensa de cincuenta mil dólares hicieron el recorrido de una hora alrededor del lago desde Ithaca formando una caravana de vehículos.

Padre había querido ofrecer cien mil dólares, pero le disuadieron los detectives, a quienes les preocupaba que una cantidad tan elevada atrajera demasiada atención, lo cual sería «contraproducente».

La policía ya estaba recibiendo llamadas de «avistamientos» y «personas sospechosas» en lugares donde no debían estar. Las emisoras de radio y televisión empezaban a recibir llamadas, que irían aumentando de forma alarmante en los días siguientes.

Cada pista, nos aseguró la policía, se investigaría. Era una de las miles de mentiras de la serie de mentiras que ocuparían la década siguiente, y más allá.

Establecimos, Lena y yo, que no parecía que faltaran maletas del armario de M. No parecía a simple vista que faltara ropa. (Aunque de hecho Lena habría estado de acuerdo con cualquier cosa que dijera yo, en mi forma categórica. Lena no contradecía). El reloj de pulsera de M. era un Longines con esfera de color ahumado oscuro y pequeños números plateados que solo podía verlos quien lo llevaba; era raro que M. fuera sin esta llamativa joya, otra de sus compras de Nueva York, y seguro que la había llevado esa mañana. Cuando M. trabajaba en su estudio no llevaba anillos; sin embargo, yo creía recordar haber visto en la mano de M., esa mañana, la sortija de amatista que había pertenecido a nuestra abuela… (sortija que yo descubriría más tarde en el fondo del cajón de mi escritorio,

¡ni idea de cómo llegó hasta allí!).

Lena y yo estábamos de acuerdo, M. seguramente se había llevado el bolso de bandolera de cáñamo que utilizaba a diario, no uno de sus bolsos de piel caros, que estaban en su habitación; este bolso contenía su cartera (Prada) y otros objetos personales.

Hacia mediodía del 12 de abril no había habido actividad en la tarjeta de crédito de su cuenta. Tampoco reintegro de su cuenta de ahorros del Banco de Cayuga.

Nunca iba a haber «actividad» alguna en las cuentas de M. Si esto eran buenas noticias, no tan buenas noticias o neutrales, era tema de especulación.

¡Sí! Intenté unirme a una de las partidas de búsqueda: la de las atletas de la Universidad de Aurora.

Pero había dormido mal aquella noche. Tenía las piernas extrañamente pesadas, un dolor sordo me latía detrás de los ojos. Apenas podía bajar las escaleras. No tuve apetito en el desayuno, para disgusto de Lena; porque ella sabía lo mareada que podría estar si me iba sin desayunar. Tuvo que sujetarme mientras trataba de meter los pies (con calcetines de lana) en las botas (de goma), jadeando y maldiciendo. Pero cuando llegué a la Universidad de Aurora la partida de búsqueda se había ido sin mí, no había muchas posibilidades de que la alcanzara.

¡Podría haber llorado de frustración, decepción! Atletas trotando por los campos, unidas en la causa común de buscar a mi hermana, y yo no estaba entre ellas…

Las otras partidas de búsqueda no me interesaban: primos, primas, sobrinas, sobrinos recorriendo los campos con la esperanza de verse en las noticias de la televisión de esa noche… a mí no me interesaba particularmente.

Parecía que siempre estaríamos repartiendo papelitos y carteles por la ciudad. Por supuesto que estaba preocupada, pero el principal sentimiento era el aburrimiento. Había gente que me miraba con la boca abierta, me hacía preguntas estúpidas. *¿Eres su hermana? ¿Cuándo la viste por última vez? ¿Cómo estaba?*

Tablones de anuncios de la biblioteca, el centro social, la oficina

de correos. No tenía más remedio que reírme al ver a *Marguerite Fulmer* al lado de *Los más buscados por el FBI*.

Era raro ver el rostro de M. en Aurora por todas partes y debajo el texto: DESAPARECIDA: MARGUERITE FULMER.

Parecía cruel, M. estaba sonriendo en la fotografía. Se veía feliz, confiada. Sin tener ni idea de lo que le iba a pasar.

Una buenísima razón para no sonreír nunca cuando te toman una foto, ¿verdad?

La brillante cicatriz en forma de flechita en la mejilla izquierda justo debajo del ojo no se veía en la fotografía. Aunque me fijé y me fijé, y llevé el cartel a la luz donde pudiera ver mejor, no pude detectarla.

10

Heredera. Los primeros titulares en los medios (locales) fueron «Mujer de Aurora desaparecida», al día siguiente cambiados a «Heredera de Aurora desaparecida» para divulgarlo por el estado de Nueva York, distribuido por la Associated Press, y el 17 de abril de 1991 llegó al prestigioso *New York Times*.

Y una vez que M. fue identificada como *heredera desaparecida*, nunca volvería a ser identificada como simplemente *mujer desaparecida*; tampoco se diría mucho de su carrera de escultora excepto que, fiel a la tradición del periodismo superficial, M. podría ser identificada como *antigua becaria de la fundación Guggenheim*.

La verdad es que poco caso podrían hacer al arte de M., que era «abstracto», «no figurativo», como los elegantes Kandinsky, Brancusi, Moore, y no como las feministas más populares: Marisol, Bourgeois, Kahlo; no había imágenes escandalosas que los medios pudieran presentar para sugerir que podría haber alguna conexión entre la *escultora* y su destino de *desaparecida*.

Sí, ¡era una vergüenza! Un insulto.

Reducir a una artista a *heredera*. Cuando a M. nada en la vida le había interesado menos que su identidad como *heredera*. Y nada en la vida le había interesado más que su identidad como *artista*.

Pero esto me lo recuerda, es como un codazo en las costillas: *tú también eres heredera*.

El patrimonio de Padre recaerá en mí, algún día. También esta

casa y esta finca. A menos que Marguerite regrese, en cuyo caso lo dividiremos en partes iguales.

11

La artista M. ¿Pistas en las esculturas de M.? Naturalmente, la gente se lo preguntaba.

Como si una pista de lo que le había pasado a M., dónde estaba M., pudiera hallarse en su arte: media docena de esculturas inacabadas en su estudio de la escuela.

Como artista profesional, M. exhibía su obra tímidamente con el nombre andrógino de «M. Fulmer». Las esculturas de M. eran lo que se llama «abstractas». Blanco intenso, blanco grisáceo, blanco azulado, blanco azufrado. La mayoría estaban hechas de algún tipo de piedra o roca natural, cinceladas, desconchadas, lijadas, pulidas a mano, requerían cientos de horas de trabajo de la escultora; aun así, a mis ojos, desconcertantes, molestas.

Yo no admiraba el arte de M. No admiraba a M. como artista. No porque el arte de M. la alejara de Aurora, la conectara con otro mundo, centrado (por ejemplo) en Nueva York, la halagara con premios, becas (la «prestigiosa». Guggenheim, seguramente inmerecida por la inexperta juventud de M.), sino porque el arte de M. era remilgado, autocensurado, impersonal. *Demasiado perfecto*.

Ovoides, rectangulares, geométricas en su forma, sugiriendo solo indirectamente figuras humanas y rasgos humanos… Podías caminar alrededor de estas esculturas de metro y medio de altura más o menos, colocadas en pedestales o en el suelo, mirar y mirar y jamás verles sentido, como tratar de ver rostros humanos en las nubes o en un charco con barro. Piensas: pero ¿por qué estoy mirando esto?, ¿qué es lo que se espera que vea?, y nunca hay

respuesta.

Bonitas pero sosas. «Sorprendentes» pero poco memorables. Enigmáticas pero pretenciosas.

¡Exasperante! Te hace querer destrozar la supuesta *obra de arte*.

(No es que yo lo haya hecho. Aunque tuve la oportunidad. Solo llegué a hacer algunas raspaduras con mi navaja suiza en una de las esculturas de M. expuesta en la Universidad de Aurora, en la parte de abajo, donde, creo, M. nunca lo vio; o, si lo vio, jamás dijo ni una palabra que yo sepa. Y una o dos veces cuando era mucho más joven, cuando M. trabajaba en casa, puede que hubiera manchado deliberadamente con las manos sucias un óvalo blanquísimo parecido a una cabeza).

Se tomaron fotografías de las esculturas de la Escuela de Bellas Artes para los archivos policiales, para ser examinadas, se nos dijo con gravedad, por «forenses especialistas en arte». (¡Vaya chiste!). Algunas de estas fotografías acabaron publicándose en la prensa sin nuestro permiso. Y luego en la televisión.

A M. la habría mortificado. Jamás habría permitido que se fotografiara su obra antes de terminarla. (Pero¿cómo podrías saber si la obra de M. estaba terminada? A mí la mayoría me parecían iguales).

Además, la obra anterior de M. (incluidas varias piezas que habían ganado premios) no me parecía muy distinta de la obra más reciente. A M. le gustaba describirse como «formalista», «clasicista», «minimalista». La clase de esculturas que anima al ignorante a decir con una sonrisita «¡Eso lo podría hacer yo!».

(Bueno, ¿acaso no es verdad? Yo he pensado a menudo, viendo la obra tan elogiada de mi hermana, que por supuesto yo podría haberla hecho… si se me hubiera ocurrido).

(Había tenido exactamente esa idea de los supuestos expresionistas abstractos, a quienes M. decía admirar. Pollock, Rothko, de Kooning… yo podría haber pintado sus facilonas pinturas si se me hubiera ocurrido; para eso no necesitarías el talento para dibujar de Leonardo da Vinci o, cómo se llama este de Maine… Andrew Wyeth).

Ovoide 90 llegaría a ser la escultura más conocida de M., reproducida con frecuencia después de su muerte. Una piedra lisa de color blanco grisáceo como un huevo gigante, o una lápida fúnebre de forma rara con extrañas hendiduras como jeroglíficos y diminutas protuberancias parecidas a zarcillos de vid abortados, de un tamaño y peso que la hacen difícil de manejar: un metro y veinte centímetros de altura, metro y medio de circunferencia, pero irregular, perceptiblemente más ancha por la base que por la parte superior. Y demasiado pesada para desplazarla con facilidad.

Se afirmó que la escultora había trabajado al menos mil horas en *Ovoide 90*. Una observadora nada impresionada (como G.) podría preguntar escépticamente *¿Por qué?*

Aun así, M. no había terminado del todo *Ovoide 90* cuando desapareció.

(¡No es que se notara que la cosa esférica estaba sin terminar! Pero yo eso me lo callé).

De hecho, Padre y yo habíamos donado *Ovoide 90* a la Universidad de Aurora, donde, después de la ceremonia, en la que participaron el rector de la universidad, el decano de la Escuela de Bellas Artes y Padre con canas y muy guapo —como una estatua heroica, aunque encorvado por la pena—, la escultura iba a presidir para siempre desde lo alto de una colina con vistas, cerca de la biblioteca.

Ovoide insípido, es como la llamo yo. (¡En secreto!).

(Porque cuando nos hacíamos mayores los entrometidos de la familia especulaban: *¡Pobre Georgene! Debe de tener mucha envidia de Marguerite*, pero yo les rebatía totalmente negándome a tener envidia de nadie, jamás).

Lo que llamaban «obras en curso» —así como hojas de ejercicios, bocetos, cuadernos, etc., del estudio de M.— nos lo devolvieron a Padre y a mí al final del semestre de primavera de 1991 en la Universidad de Aurora; para entonces los investigadores de la policía, incluidos los supuestos expertos forenses, habían terminado de examinarlas, sin obtener «nada concluyente» de ellas igual que no obtenían «nada concluyente» de nada.

En especial, esos bobos ignoraban lo que faltaba. Porque ¿cómo iban ellos a saber lo que faltaba?

Por ejemplo: si había habido un diario de la artista entre las cosas de M., algo como un diario personal o una agenda; naturalmente yo me lo había llevado en cuanto le puse los ojos encima, la tarde del 12 de abril de 1991: no era para vulgares extraños el examen de los secretos de mi hermana.

12

Señorita Fulmer, ¿puede pensar en alguien que pudiera desear hacerle daño a su hermana? ¿Algún enemigo de su hermana? ¿Hombres relacionados con su hermana?

No, no y no.

Con vehemencia, desafiante: no.

13

(Es obvio que la hermana no está tratando de alejar de ella misma la investigación. No nos dio ni un solo nombre).

14

Celos. No hay venganza sin celos, la cerilla que arde.

La más misteriosa de las emociones. La más *vergonzante* de las emociones.

Si hay una cosa clara en mi naturaleza es que soy inmune a esas emociones adolescentes como los celos, la envidia, el resentimiento, la venganza. Desprecio la debilidad en todo, pero sobre todo en mí misma.

De los hombres que habían amado a M., todos habían esperado «poseerla».

(He puesto esta palabra entre comillas para indicar que sí, que creo que es una palabra estúpida. Creo que es un deseo estúpido. Pero comprendo que el deseo de «poseer» es un deseo de muchos hombres desconcertados por una mujer que los evita).

No es que M. me contara mucho sobre su vida privada. Su vida era muy valiosa para ella; no era para compartirla con una inmadura hermana pequeña.

Pero yo sabía de «W.», que hasta vino a casa buscándola. Y había otros: «D.», «Y.», «T.», a quienes nunca vi pero sabía de su existencia, de alguna manera. Y resultaría que había otros.

Cada uno de ellos, hombres con los que M. había (posiblemente) tenido una relación. (Posiblemente) relación sexual. En Ithaca, en Nueva York, incluso en Aurora durante años.

Yo no nombraría estos nombres. Yo no me rebajaría repitiendo chismes groseros y lascivos.

De hecho, con una excepción, yo no sabía cómo se llamaban, no

conocía sus nombres completos. Otros de la familia, nuestros primos, algunos amigos y antiguos compañeros del instituto de M., capaces hasta de repetir chismorreos con el pretexto de ayudar a la policía en su investigación, nombraban a «hombres en la vida de M.» que serían luego debidamente interrogados como *personas de interés*.

Placer malintencionado, *dar nombres*. Qué fácil es complicar, tal vez incluso arruinar, la vida de otro «dando su nombre» cuando se está investigando la desaparición de una mujer joven.

Venganza contra M. por haber provocado el interés y el deseo masculino; y venganza contra las *personas de interés* por haber tenido ese deseo.

Con el tiempo, la investigación policial se ampliaría añadiendo muchos más nombres. No en profundidad, sino en amplitud, la (fútil) investigación se expandía. Porque una investigación policial sobre un delito «sin resolver» no tendrá límites ni, en teoría, final.

Como esas sendas de los bosques que se entrecruzan irremediablemente con las pisadas de extraños e incluso de ciervos, una maraña de «pistas» que no conducen a ninguna parte.

Una investigación policial «todavía abierta», «pendiente», significa que no hay clemencia para nadie que esté involucrado.

Que no haya final en una investigación policial significa pasar del dolor a la rabia, y de la rabia al dolor.

¿Cómo pasa una *persona de interés* a ser *sospechosa*?

Aquí es donde falló la policía. No habría un *sospechoso* en singular.

Una historia colectiva surgió como de la niebla: la recogió en Drumlin Road. Quienquiera que fuese, se llevó a M.

La obligó a entrar en su vehículo, posiblemente en el maletero. La ató, la amordazó, la arrastró todavía viva, a un destino incierto.

A menos que ella hubiera subido al vehículo en Drumlin Road siguiendo un plan. Sin aliento y con deseo, y sin llevar con ella prácticamente ninguna posesión personal y (probablemente) menos de cien dólares en efectivo en la cartera, a juzgar por el reintegro más reciente de su cuenta de ahorros en el Banco de Cayuga, que

había sido inferior a quinientos dólares y de hecho no había sido reciente.

En cuyo caso, ¿quién conducía el vehículo? ¿Y adónde se dirigió después de Drumlin Road?

¡Celos! Yo no sentía celos de los (supuestos) hombres en la vida de M. porque no estaba celosa de M. No tiene lógica que una hermana menor pueda estar celosa de una hermana mayor guapa y con talento, solo puede sentir admiración por una hermana así, estar agradecida por la atención de la Princesa, las breves sonrisas, las palabras de aprobación que se lanzan como monedas de vez en cuando.

¿Estaban unidas usted y su hermana? ¿Se unieron más después de la muerte de su madre?

¿Su hermana le hacía confidencias?

No, no, y jamás.

15

Rapto. Al final acabaría pareciendo que el rapto era la (probable) explicación más convincente de la desaparición de M.

Es decir, era, de hecho, el consenso de la policía, los periodistas, las autoridades locales, la familia, los parientes, los residentes de Aurora y, con el tiempo, diversos aficionados a los misterios (sin resolver), algunos de ellos personas muy ignorantes, irritantes y ofensivas.

En los enloquecidos días inmediatamente posteriores a la desaparición de M., cuando se informaba de «avistamientos» de mi hermana en la región de los lagos Finger, en el estado de Nueva York y más allá, y los funcionarios de la policía de Aurora estaban apostados día y noche ante el 188 de Cayuga Avenue para proteger nuestra sitiada casa de visitantes indeseados (periodistas sin acreditación, equipos de televisión, voluntarios y vigilantes de todo tipo), el *secuestro* había sido (también) una posibilidad.

Por supuesto, teniendo en cuenta la relevancia social de la *mujer/heredera desaparecida*, el secuestro habría sido verosímil.

En todo el condado de Cayuga, el apellido «Fulmer» evocaba riqueza, estatus, privilegio.

(¡Exagerado, naturalmente! Como todo se exagera en una ciudad pequeña de Estados Unidos donde ser «rico» es solo tener un poco más de dinero que la mayoría de los demás residentes).

Los detectives habían aconsejado a Padre que los avisara inmediatamente si los secuestradores se ponían en contacto con él, que no intentara negociar con nadie y, desde luego, que no pagara a

nadie ningún rescate, con lo que Padre estuvo de acuerdo, porque Padre, como le gustaba dejar claro, «no era tonto»; de todos modos, estoy segura de que si los secuestradores le hubieran llamado, si M. hubiera hablado con Padre por teléfono suplicándole para que salvara su vida, Padre se habría rendido al instante.

Pero ningún secuestrador se puso en contacto con Padre. (Jamás) se exigió ningún rescate.

El teléfono sonaba con frecuencia hasta la exasperación en aquellos días, porque los detectives nos habían dicho que debíamos tenerlo colgado y responder; sin embargo, nunca era *la llamada*.

Cada timbrazo del teléfono, un vuelco del corazón; cada llamada que nos decepcionaba, el corazón se venía abajo.

Así que, descartado el secuestro, cada vez parecía más como si a M. la hubieran raptado.

En este caso, jamás habría una llamada, sino (cruelmente) una interminable serie de días de espera de la llamada que nunca llegaba porque, si era un rapto, como nos informó la policía, era probable que M. ya no siguiera viva y era probable que nunca se conociera su paradero; la mayoría de los raptos de mujeres jóvenes, chicas y niñas, terminaba en muerte, mutilación sexual, una muerte espantosa; muchos/la mayoría de los cadáveres de esas víctimas nunca se encuentran, si bien existe la (rara) posibilidad de que el asesino acabe confesando un día a un compañero de celda (por ejemplo) o que en los últimos días de su vida de repente ruegue para obtener la misericordia de Dios.

Al contemplar estas posibilidades Padre bebió con solemnidad *whisky* escocés moviendo la cabeza.

—No, en absoluto. No. Volveremos a ver a Marguerite. *Tengo una corazonada*.

16

Procedimientos y regulaciones legales para considerar desaparecidas apersonas (estado de Nueva York).

23.0 Se considera persona desaparecida a aquella persona de cuya «desaparición» de su residencia se ha informado y:

a. es menor de 18 años, o

b. tiene 18 o más años, y:

1. está mental o físicamente afectada hasta el punto de requerir hospitalización, o
2. es una posible víctima de amnesia, ahogamiento o percance similar, o
3. ha indicado intención de suicidarse, o
4. está ausente sin alguna razón evidente en circunstancias que indican una desaparición involuntaria.

23.1 La expresión «persona desaparecida» no incluye a la

persona:

a. para la que se ha emitido una citación judicial

b. buscada por la comisión de un delito

c. de 18 o más años, que deja voluntariamente su hogar por razones domésticas, financieras u otras similares

d. que corresponde a la denominación de «ausente por voluntad propia».

17

La cartera. Aunque empapada por la lluvia, deformada y cubierta de barro, la cartera de piel negra no estaba vieja ni gastada. No quedaba dinero dentro ni tarjetas ni identificación, la cartera vacía, tristemente intrascendente salvo por la brillante etiqueta metálica del diseñador: Prada.

Encontrada en un lateral de una carretera comarcal (trece kilómetros al este de Aurora, a cuatrocientos metros de la entrada a la autopista de peaje New York Thruway), casi un mes después de la desaparición de M., por un ciclista adolescente que la había visto en el suelo «a plena vista» como si la hubieran tirado desde un vehículo que pasara por allí.

Para entonces habían pasado ya semanas, no había habido actividad en las tarjetas de crédito de M. Padre había dispuesto que se cerraran todas sus cuentas.

¿La cartera deformada era la de M.? Era verdad, M. había tenido una cartera de Prada adquirida en Nueva York hacía años. Al igual que había tenido otros artículos de diseñador, entre ellos el vestido de seda blanca de Dior, comprado en Nueva York en algún momento de aquellos (tres) años en que vivió allí.

Obsérvese que mucho es hipotético aquí. Aunque G. puede saber *exactamente lo que le ha pasado a* M., G. tiene cuidado en presentar las «pistas» tal y como aparecen por orden cronológico.

Los parientes Fulmer estaban convencidos de que la cartera deformada era de M. Padre tenía que suponer que sí, que lo era. Incluso quienes nunca habían visto la cartera de M. o no tenían la

menor idea de cómo sería una cartera de M. estaban convencidos: *¡Esta tiene que ser su cartera!*

Y si era la cartera de M. era prueba de que M. había sido llevada a la fuerza de Aurora y no se había ido por propia voluntad. Clasificada como «persona desaparecida, sospecha de acto delictivo» y no «ausente por voluntad propia».

Pero G., la hermana menor, no era una de estas personas (crédulas).

Siempre escéptica, se resistía a «creer» lo que otros creían ciegamente.

Convencida con solo echar un vistazo de que la cartera encontrada tan oportunamente junto a la carretera no era la cartera de mi hermana.

Pero ¿no es esto una «evidencia»? ¿Una «pista»?

Una «evidencia» demasiado obvia; una «pista». Demasiado obvio para ser cierto.

Exasperados me preguntaron por qué decía algo así, pues claro que era la cartera de M., ¡por el amor de Dios, cuántas carteras de Prada podría haber en el condado de Cayuga! Especialmente, carteras tiradas junto a la carretera poco después de que M. desapareciera.

Porque tenía mis razones. Porque no soy tan boba, no me lo voy a creer a pies juntillas porque la cartera ha sido, o podría haber sido, *colocada adrede*.

Tirada en la carretera, en un sitio visible. No tirada donde no se viera, entre hierbas altas, o al interior de un pozo, o al lago Cayuga.

Tirada junto a la carretera por la propia M., como si fuera basura. Posiblemente.

Igual que estaba tirando su vida en Aurora como si fuera basura, sin más consideración por quienes la querían (nosotros) que por quienes la censuraban (nosotros).

—Georgene, estás siendo ridícula. ¿No quieres que la policía encuentre a Marguerite?

Nuestra prima Denise, de la edad de M., cercana a M. en los tiempos del instituto, ahora metida en su petulante vida de esposa y

madre, atreviéndose a burlarse de mí.

Miro el rostro pastoso de maquillaje de Denise, muriéndome de ganas de darle una bofetada.

Sintiendo el rubor en mi rostro, el calor. Lágrimas de furia en mis ojos.

Y entonces —con gran dignidad— sin abofetear a Denise pero dándome la vuelta, me alejo indignada y con la espalda estirada. Simplemente me voy y dejo a Denise con la mirada fija en mí.

Jamás. Jamás lo haré. Jamás cambiaré de opinión, yo sé lo que sé, lo que ninguno de vosotros sabrá jamás.

La cartera de Prada deformada, que había sido identificada «provisionalmente» como perteneciente a Marguerite Fulmer, se guardó en los archivos de la policía donde permanece, supongo yo, hasta hoy mismo.

18

Caos/pistas. En nuestro clima frío las nevadas son comunes en abril.

Los copos de nieve se arremolinan en un caos como las pistas a rebufo de un misterio.

Es terrible ver, entender, que el mundo es un *caos de pistas*.

Donde no hay cuerpo, solamente un *cuerpo desaparecido*. Donde no hay certeza de que el *cuerpo desaparecido* esté siquiera vivo.

¿Por qué era yo la única persona que reconocía que la cartera de Prada no era una pista, sino una *antipista*? Es decir, un objeto que pretende ser una «pista» en el rompecabezas del misterio de la desaparición de M., pero que en realidad era una «antipista», una estratagema para confundir, no para informar.

Una trampa para llevar a los detectives a pensar que M. había sido raptada y que su cartera se había tirado por la ventanilla de un vehículo que se dirigía a la entrada de la Thruway. Probablemente.

La escéptica G. lo sabe mejor: no tendría lógica tirar la cartera de una mujer raptada por la ventanilla de un coche que se dirige veloz a la entrada de la autopista. Porque ¿para qué?

Obviamente, un montaje. ¿Y *por qué un montaje*? Para despistar.

Para hacer que los detectives piensen que la *persona desaparecida* está en alguna otra parte y no en Aurora. Para hacer que los detectives piensen que se ha cometido un delito y no una ausencia «voluntaria» de la persona aparentemente desaparecida.

Otras pistas que a los detectives se les podrían haber pasado. Pero que G., examinando la agenda de M. desde el inicio de 1991, observó.

Frecuentes anotaciones a lápiz en el calendario. Como en el calendario de cualquiera.

Entre un maremágnum de anotaciones sin interés, esta del 8 de abril me llamó la atención: «MAM 9:00».

Y el 29 de marzo: «MAM 11:00».

Por supuesto, yo no le mencioné esto a nadie. Mis interacciones con los detectives eran tan infrecuentes como podía sin despertar sospecha.

Otra antipista. La carta astral de M.

Nacida el 23 de marzo de 1961, M. era lo que se llama una «Aries».

(Nacida el 18 de agosto de 1967, G. es lo que se llama una «Leo»).

Aunque nunca terminé la universidad soy demasiado escéptica para apuntarme a la astrología, desde luego.

Por absurdo que sea «Dios», Él tiene mucho más sentido que «las estrellas».

El cerebro humano, abrumado por un caos de pistas, se esfuerza para comprender lo que es incomprensible. Incluso Einstein gritó desafiante: «¡Dios no juega a los dados con el universo!».

Aunque probablemente sí, Dios sí que juega a los dados con el universo.

Si te preocupa e inquieta lo suficiente, y estás dispuesto a dedicar tanto tiempo en tu «carta natal» como podrías dedicar a aprender algo útil como cálculo en el instituto, puedes extraer una conclusión o dos o tres del hecho insípido de que M. naciera el 23 de marzo o de que yo naciera el 18 de agosto, y de que Aries y Leo interactúan en determinadas formas establecidas que aseguran *conflictos, rivalidad, lucha, conquista*. Te puedes enterar de que las personalidades de Aries son «creativas», «imaginativas», «consideradas», «amables», «disciplinadas, organizadas», pero también «insensibles para con los demás», «impacientes», «tercas». Te puedes enterar de que las personalidades de Leo son «leales»,

«amantes de la verdad», «de mente independiente», pero también de que «exigen una profunda lealtad» y «tienden a ser celosas y posesivas».

¡Ridículo! Totalmente infundado.

La genética, el cuidado prenatal y las circunstancias del entorno, no las estrellas, son las que determinan la naturaleza esencial de la personalidad humana. La astrología es una pseudociencia sin ningún valor y desacreditada desde hace mucho tiempo.

A pesar de esto, para nuestra consternación y disgusto, una residente en Aurora llamada Mildred Pfeiffer que no sabía nada de la familia Fulmer, y sin duda nada de Marguerite, que se atrevía a llamarse a sí misma *viajera vidente astrológica*, se creyó con derecho a dibujar una amplia carta astral basada en la fecha de nacimiento de mi hermana y en la fecha de su desaparición, alardeando de que sus cálculos podían «resolver el misterio».

Primero, esta desvergonzada buscadora de publicidad intentó reunirse con Padre, y fue rechazada de forma rotunda por nuestra ama de llaves; intentó reunirse conmigo, y fue rechazada de forma rotunda por mí.

A continuación, con todo descaro, Mildred Pfeiffer fue a la comisaría de policía y exigió hablar con los detectives que investigaban el caso, y fue rechazada por tercera vez.

Pero luego, sin amilanarse, Pfeiffer se atrevió a llamar a la puerta de los parientes Fulmer que vivían en Lakeview Avenue y eran lo bastante ingenuos, o bastante malintencionados, para invitar a entrar a la autoproclamada *viajera vidente astrológica* con el fin de escuchar su cháchara demente.

A la mañana siguiente la prima Denise me llamó para darme el informe.

Pero la interrumpí rápidamente.

—Oye, para, Denise. Voy a colgar.

—¡Georgene, espera! Esa mujer tenía algunas aportaciones interesantes…

—Ella no tenía, ella no podía tener «aportaciones interesantes». La astrología es pura superstición. Los «videntes» son charlatanes.

Voy a colgar ya.

Me temblaba la voz. Me venía en oleadas el recuerdo de cómo había *odiado* a esta prima mía; de todas las primas, la amiga más cercana a M. cuando estaban en el instituto.

Denise protestó:

—¡No, Georgene, espera! Esta persona dice que puede «ver»…

—No puede ver. Se ha inventado una estupidez para que se la crean los tontos, y acabará en la prensa a menos que la paremos ahora. —Y añadí con furia—: Marguerite no creía en «señales». Padre y yo no creemos en «señales». Esto es ofensivo.

—¡Georgene, por favor, no grites! Te puedo oír con claridad. Lo que Mildred Pfeiffer dice es que según sus cálculos Marguerite sigue aquí, en Aurora. Ella puede «ver», dice, a través de los ojos de Marguerite (que es también medio vidente), pero la visión es «oscura, nublada». Ha intentado entrar en contacto con Marguerite pero dice que Marguerite está «muda», que no responde…

—Denise, esto es completamente ridículo. Parece que estás tratando de alterarme. Por favor, ni se te ocurra ponerte en contacto con mi padre, *no lo hagas*. Esta mujer es una charlatana sinvergüenza, querrá que le demos dinero. ¡Quiere esos cincuenta mil dólares de Padre! Si estás en contacto con ella dile que *no puede tener el atrevimiento de inmiscuirse en la vida de Marguerite*. Si persiste, dile que la mataré.

—Georgene, ¿qué estás diciendo? ¿La *matarás*…?

—La demandaré. He dicho *demandaré*. Y cuelgo ya, esta conversación ridícula ha durado demasiado.

Colgué el auricular con tal fuerza que cayó estrepitosamente al suelo.

19

«*Viajera vidente*». Fue error mío, ahora lo veo. No tomar en serio a Mildred Pfeiffer.

Asumiendo que, puesto que no vivíamos en el siglo XII, sino en el siglo XX, nadie podía realmente *tomarse en serio* la jerga sin sentido de la astrología; y mucho menos la jerga sin sentido de una «vidente».

Y, por lo tanto, después de seguir escuchando informes perturbadores de parientes, y después de que Pfeiffer intentara ponerse en contacto con Padre, y conmigo, en otra ocasión, respondí de esta manera:

8 de mayo de 1991

Estimada Mildred Pfeiffer:

Gracias por su preocupación por mi hermana Marguerite.

Me temo que, como fervientes cristianos, de creencia anglicana, mi padre y yo estamos obligados, en libre conformidad con los principios de nuestra Iglesia, a no creer en la astrología.

La intención no es criticar ni denigrar su vocación.

Solo intentar explicarle nuestro deseo de no formar parte de sus «hallazgos»; y pedirle sinceramente que cese y desista de involucrar a mi hermana, que no puede hablar por sí misma en este asunto, suponiendo que usted tenga «acceso» al espíritu de Marguerite y pudiera hablar con ella de algún modo.

Agradecida por adelantado, asquerosa farsante…

GEORGENE FULMER

(No: en realidad no puse «asquerosa farsante». ¡Es una broma!).

Pero el resto de la carta se envió por correo a la señora Pfeiffer tal cual. Como era de esperar, no recibí respuesta.

20

El fin del principio. Una de las *personas de interés* cuyo nombre se les pasó a los detectives era «W.»: «Walter Lang».

De los hombres cuya mala suerte fue haber estado relacionados con M., Walter Lang era el único al que yo le había puesto los ojos encima, varios años antes del 11 de abril de 1991.

No: yo no le di a la policía el nombre de Walter Lang. A pesar de estar amargamente resentida por la forma en que Walter Lang me había tratado, yo no le deseaba mal a ese hombre desventurado; yo no le deseé que se enredara en la descuidada investigación de la policía.

El pobre Walter había aparecido un día en nuestra casa (sin ser invitado). Sin afeitar, despeinado, inquieto y contrito esperando hablar con Milton Fulmer, a quien no conocía, sobre por qué M. había dejado de verle de forma tan abrupta y misteriosa, y había partido hacia Nueva York con solo un mensaje de despedida por teléfono… ¡como si Padre tuviera alguna idea de cuáles eran los motivos de M.! O paciencia para hablar de ello.

Pero Padre se compadeció del tal Walter, inesperadamente. Invitó al angustiado Walter a entrar en casa en vez de despacharlo como yo habría augurado. Lo escuchó con comprensión durante un buen rato. Avergonzado porque al parecer su hija se había comportado caprichosamente con un hombre que (eso parecía) la amaba tanto.

A este Walter, yo no lo conocía. No personalmente. Más adelante resultó que era un biólogo investigador en Cornell, a quien

M. había conocido a través de otras amistades; un estudiante de posdoctorado «muy prometedor» de Harvard que se había estado viendo con M. durante varios meses, pero a quien M. jamás trajo a casa para presentarlo a su familia.

Me atrevo a escuchar a escondidas fuera del despacho de Padre. El corazón me late con mucha fuerza.

¿Me sentía mal por «Walter»? No, en absoluto.

Aspirante a enamorado de mi hermana. Aspirante a marido. Sin voluntad, candidato a caer bajo el (manido, predecible) embrujo sexual de la Princesa.

A través de la puerta cerrada del despacho de Padre, la voz joven y desesperada de Walter sonaba suplicante, implorante.

Le preguntaba a Padre si sabía, si tenía alguna idea, ¿por qué M. había dejado de verle?, ¿por qué no contestaba sus llamadas?

¿Por qué nunca nos había hablado a nosotros de Walter? ¿Por qué nunca lo había invitado a casa?

Qué impactado debía de haber quedado Padre al conocer a Walter Lang, de quien no sabía nada.

(Pero siempre era así con M.: hermética. No hacía confidencias).

Durante cuarenta minutos estuvieron hablando, en tono grave, en el despacho de Padre. Esto fue asombroso para mí por dos razones: la primera, que Padre parecía estar tolerando al apenado joven, en vez de ridiculizarlo; la segunda, que Padre estuviera hablando con un extraño durante tanto tiempo sobre cualquier tema cuando, estaba segura, jamás había hablado conmigo tantos minutos seguidos sobre nada; apenas, de hecho, durante más de cuatro minutos seguidos.

Porque ¿qué hay que *decir*, cuando hay tanto que debe dejarse *sin decir*?

Y qué amargo era para mí que dos hombres hablaran durante cuarenta minutos, o cuatro, con tanta seriedad de los caprichos del corazón de mi hermana; me enfermaba, sentía furia de saber que nunca, pero nunca, dos hombres hablarían de mí.

Quería soltar una fuerte carcajada para que este soso de Walter me oyera. Para que los dos hombres me oyeran.

Bobo bobo bobo, ¿qué esperabas?

Hasta que por fin terminó la conversación. La puerta del despacho de Padre se abrió, Padre acompañó al infeliz joven hasta la puerta principal.

Desde el rellano de la escalera yo los observaba en el vestíbulo. No le pegaba a Padre, en mi experiencia con él, ser tan amable con un tonto, fuera un científico investigador «muy prometedor» o cualquier otra cosa; no le pegaba a Padre ser tan amigable hacia un extraño con un interés sexual en su hija.

Algunas palabras balbuceantes llegaron hasta mí en el rellano:

—Espero poder verle de nuevo, señor Fulmer…

Y la respuesta lacónica de Padre:

—Bueno. Ya veremos, hijo.

¡Hijo! Esa palabra extraña e inesperada, como un codazo en las (mis) costillas.

Padre extendió la mano para estrecharla con brusquedad. La visita había terminado.

En el camino delante de la casa, Walter Lang se detuvo como pensando hacia dónde ir. Desorientado, dudando como quien ha olvidado dónde está, o por qué.

Echó un vistazo hacia la casa, a las ventanas del primer piso, con una mirada tan apenada, tan anhelante, que habría sido claro para cualquier observador que el pobre tonto medio esperaba que M. estuviera mirándole desde una de las ventanas.

Pero no: no había nadie mirando desde las ventanas del primer piso.

Nadie iba a saludar con la mano al pretendiente rechazado desde aquellas ventanas.

El coche de Walter Lang, un Ford de aspecto maltratado, estaba aparcado junto al bordillo al final de nuestro largo camino empedrado. Y qué vehículo tan adecuado para Walter, un joven fornido, de hombros caídos, con la cabeza grande, ojos amables aunque inseguros, no guapo, pero tampoco mal parecido. *No era Cary Grant ni Clark Gable, sino Fred MacMurray: impasible, fácilmente desconcertado*.

Y de repente me materialicé junto al bordillo. En la película podría ser una joven Katharine Hepburn, no tan glamurosa como la original pero más directa, pelo corto, pantalones. Jadeaba un poco por haber corrido (desde la puerta lateral de la casa) por el camino de coches, bajo los altos robles y tejos, hasta la franja de hierba verde junto al bordillo.

La mitad de mi rostro, sonrisa; la mitad de mi rostro, desdén.

—¿Quieres mi consejo, Walter? Olvídala.

Walter. El tuteo, pronunciado por una extraña, tuvo que haberle sorprendido.

—Punto primero: ella no te merece.

Yo soy la que te merece.

—Punto segundo: ella trata a todo el mundo así. De manera que no sientas que la cosa va contigo.

Yo, también, he sido rechazada por ella.

Yo, también, me vengaré.

Walter empezó a ruborizarse. Le pilló por sorpresa este *encuentro fortuito*.

Durante un delirante momento me pareció —ahí, de pie, con una sonrisa forzada y sin atreverme a respirar— que Walter se relajaría de repente y se reiría de mis palabras, se reiría de mí. Porque era una escena de una comedia romántica del tipo que yo (generalmente) despreciaba, y que de hecho era raro que viera en la televisión al final del día.

Podríamos empezar a hablar juntos, reírnos juntos, como viejos amigos, o al menos viejos conocidos que se saben unidos por una herida común.

—¿Eres la hermana de Marguerite?

—Soy numerosas cosas, de las cuales «hermana de Marguerite» no es más que una, y no la más crucial.

De verdad, ¡Walter parecía extasiado por mí! No hacía más que mirarme fijamente.

—¿Eres… Georgia? ¿Georgene?

—«G.» es suficiente.

—Bueno, hola… «G».

Pero era un adiós, no un hola. Cuando los diálogos ingeniosos no terminan en fuegos artificiales se vuelven tan patéticos como el confeti usado.

Lo que yo había deseado era que el principio de un romance (totalmente inesperado, precioso) resultara ser el final. El final del principio, para ser exacta.

Porque yo no me parecía —*no me parezco*— a la joven Katharine Hepburn. No más de lo que W. se parecía a Fred MacMurray.

Ya estaba abriendo la puerta del coche, agachándose para entrar. Abochornado al verse abordado por mí sabiendo que yo sabía lo que él habría preferido que nadie supiera, la humillación, la sorpresa, la vergüenza de ser rechazado por una mujer a la que él creía que amaba; y no, esta no era una unión entre nosotros que nos definiera, o incluso fuera a sobrevivir a estos breves minutos, mientras W. trataba a tientas de poner en marcha el coche, evitando mis fulgurantes ojos a la vez que intentaba ser educado, asintiendo, sonriendo, ansioso por escapar.

De esta forma se rompe el *encuentro fortuito* que en una comedia romántica de un canal de televisión de cine clásico habría tenido un final muy diferente.

Alejándose por Cayuga Avenue, volviendo por donde había venido. En su camino de regreso, rodeando el lago hacia Ithaca, ni una mirada atrás.

Y la hermana pequeña G. queda abandonada junto al bordillo con la mirada enojada clavada en el vehículo que partía.

Diciéndose a sí misma que no está sorprendida. ¿No?

Aun así, está furiosa. Con la mandíbula caída, el rostro imperturbable como una rudimentaria talla inuit de esteatita.

Yo soy la que te merece. ¡Idiota! Te vas a enterar.

21

El sótano. En el interior de los muros (antiguos, de piedra) del sótano empezaron a oírse voces burlonas. Durante todo el largo invierno y el lento goteo de la primavera de 1991.

Acumulándose lentamente durante años. Igual que la presión aumenta en el interior de un volcán hasta que la colérica lava caliente explota. Golpeo la cabeza contra el muro hasta que duele. La oreja contra el muro, murmullo de voces en el interior, carcajadas mofándose.

Donde me he escondido de ellas abrazando mis gruesas rodillas contra el pecho.

¡Georgene! ¡Georgene! ¿Dónde te escondes?

No en el sótano «nuevo» con el suelo de baldosas, caldera nueva brillante y calentador de agua, tuberías exteriores, ventanas que dejan pasar una luz verdosa, sino en el sótano «viejo», lo que fueron los cimientos originales de la casa. Ni una baldosa, sino un suelo de tierra apisonada, techos bajos decorados con telarañas, olor a podrido, a descomposición. Sin ventanas, por supuesto. Y aquí, un «espacio para gatear» que penetra en la propia tierra, donde un desafortunado obrero habría tenido que arrastrarse si el sótano se inundara en una tormenta fuerte y una de las bombas del sumidero se rompiera.

Ahí necesitarías una linterna. No hay luces en el techo que encender.

Necesitas encorvarte, no puedes ponerte de pie recta.

Cisterna antigua de piedra sin usar desde hace décadas. El olor

húmedo de las muertes de seres diminutos y sus esqueletos desarticulados y perdidos en la tierra.

Voces burlonas, carcajadas. Alcanzando un *crescendo* en el deshielo de abril cuando empieza a gotear en la parte exterior de mi ventana.

Las ventanas de ella, que dan al lago. Tan solo uno o dos grados más frío en ese lado de la casa, suficiente para que los carámbanos de mi ventana siempre empiecen a derretirse antes. Un goteo goteo goteo, cada vez más rápido, que me hace rechinar los dientes por la noche en la cama.

Primero, el goteo. Luego, las voces burlonas desde abajo.

¡La fea! ¡La abandonada! Georgene…

Casi inaudibles al principio como una emisora de radio apenas perceptible y luego cada vez más fuertes hasta que en mi habitación, dos plantas más arriba, yo permanecía despierta noches interminables incapaz de dejar de oír: a través de las paredes, oía; a través del conducto de ventilación de la puta caldera, oía. Descalza sobre el suelo de madera noble sentía vibraciones y temblores que hacían que el corazón me latiera con más fuerza.

Inmediatamente después, gritos agudos a través de las tablas del suelo que me rasgaban los nervios, gritos como alambres tensados hasta un punto insoportable.

Casi podía ver los ojos de la cosa en la penumbra perpetua de mi habitación con una sola lámpara encendida (porque incluso a mi edad yo conservaba un miedo infantil a la oscuridad; hasta hoy mismo necesito una luz nocturna en mi habitación), oler la hediondez del terror de ese ser, que era como el olor a sangre fresca en las ventanas de la nariz, y no me dejaban dormir. ¡Si me hubieran dejado dormir! Y por eso al final bajé de noche por las escaleras de atrás descalza y temblando y recorrí (a oscuras) el pasillo y fui por delante de la puerta cerrada de la habitación del ama de llaves hasta la puerta del sótano detrás de la vieja casa en silencio, infalible como una sonámbula y con la audacia y temeridad de la sonámbula que entiende que, mientras le dure el trance del sueño, nada le puede hacer daño, está impregnada de grandes y terribles poderes, y qué

buena fortuna, la puerta de la habitación de Lena estaba cerrada, en su cama Lena dormía ajena al ángel de la muerte que pasaba tan cerca de ella, porque si el ama de llaves me hubiera sorprendido, si la insensata anciana hubiera intentado disuadirme, qué podría haberle sucedido a Lena, qué podría haberle caído sobre la cabeza a Lena con gran estrépito aplastándole el cráneo sin que yo hubiera podido impedirlo, susurrando *Gracias Dios, gracias Dios por proteger a Lena* mientras, bajando las escaleras del sótano, sin necesidad de encender la luz, porque *la abominable cosa del muro*, ese ser, sus garras resbaladizas, sus agudas carcajadas burlonas, me arrastraban hacia él infaliblemente.

A los pies de la escalera, encorvada y en cuclillas. Así que *ella* me descubrió en un repentino destello de luz.

¿Gigi, qué diablos? ¿Eres tú?

Gigi eres tan… tonta…

Riéndose, eso fue un error. Siempre era un error reírse de G.

Trato de explicarle a ella, a las voces, a las carcajadas, al viejo sótano, al espacio donde tenía que gatear, a la cosa que estaba acuclillada allí. Olor de los excrementos de aquel ser en el suelo de tierra. *Cosa repugnante*, no podías verle la cara. Y ella diciendo *tonta, aquí no hay nada. Te mostraré que aquí no hay nada*.

Con la pala en las manos, una de esas palas pesadas de hierro con mango de madera lisa por el desgaste de décadas, para defenderme golpeo, golpeo y golpeo con los ojos cerrados a la cara aterrorizada de aquel ser, dándole con fuerza por el lado plano de la pala contra la cabeza una y otra vez, hasta que la sangre se le coaguló en el pelo y los gritos pasaron a ser gimoteos y, finalmente, cesaron.

Una convulsión final. Me atreví a abrir los ojos, pero la cosa estaba irreconocible e inmóvil.

De rodillas en el suelo de tierra. No había llorado así en años, qué alivio.

¡Qué peso levantado! La presión de la lava caliente en erupción en el volcán, por fin.

Gracias Dios. Librada de mis enemigos. Amén.

Jadeando la arrastraría hasta el sótano viejo. Y a la parte donde

hay que gatear. Hacen falta horas. Horas, días. Semanas y años. Con la pala con pelos ensangrentados cavando una tumba poco profunda porque era todo lo que podía hacer en este espacio tan estrecho. Y teniendo que estar encorvada porque no podía ponerme de pie. Pena, que es el lado oscuro de la alegría. Tanta tumba como sea necesario para ocultar la *cosa* rota sangrante.

22

Deshielo. Despierto con una sacudida. Goteo rápido en la parte exterior de la ventana.

En la confusión del despertar, el malestar de no estar totalmente despierta y no saber al principio dónde estoy.

Me duelen las palmas de las manos, tienen tierra. Sudor seco en la frente, en la nuca donde tengo el pelo con pegotes, enmarañado. Gotas de sudor me escurren a los lados mientras estoy tumbada de espaldas luchando por respirar, como un cerdo que se ha caído sobre el lomo y no es capaz de ponerse derecho por el entumecimiento de sus gruesas extremidades.

Y qué tranquila está la casa. Salvo por el goteo de los carámbanos. Porque es la penumbra que precede al alba. Porque los demás duermen. Seguramente, ella está durmiendo. Porque *no ha sucedido todavía*.

(¿Ha sucedido?).

23

La historia de la cicatriz. Nunca me contaron esa historia y aun así la sabía de memoria. La sabía como si hubiera sido mi propia historia. La sabía por el silencio de M., que era un silencio malhumorado. La sabía por la pequeña y brillante cicatriz en el rostro de M. que hacía guiños y se entrecerraba como un ojo furtivo si la mirabas mucho rato. La sabía porque *no me había* pasado a mí. La sabía porque ningún hombre me había seguido nunca cuando empezaba a oscurecer después del instituto y tenía diecisiete años e iba de camino a las clases de piano y ningún hombre apareció de pronto detrás de mí y me pegó tan fuerte con el puño detrás de la cabeza que caí sin gritar, solo un débil quejido de algo como sorpresa: *Oh, qué…* Y ningún hombre me había arrastrado nunca por el suelo por los tobillos, boca abajo, la cara en carne viva raspando contra el cemento mugriento e incapaz de gritar, aunque no muy lejos había una calle de mucho movimiento, con el tráfico a toda velocidad; y ningún hombre me había maldecido nunca ni me había puesto las manos encima con furia ni me había rasgado la ropa ni luego tenía hojas y ramitas en el pelo y tierra metida en la boca para amordazarme y el rostro sangrando como en una careta de Halloween. *Nada de esto me había pasado jamás a mí y, sin embargo, lo sabía. Yo no era una chica guapa de diecisiete años y nunca sería una chica guapa de diecisiete años y aun así lo sabía, yo me regocijaba de lo que sabía porque la belleza merece ser castigada porque la belleza es egoísta. Porque la belleza debería ser arrastrada por los tobillos y su cara quedar descarnada. Porque la belleza no es una niña con una «mordida»*

de tamaño erróneo que debe corregirse con cirugía y la belleza no es una boca demasiado llena de dientes para poder cerrar los labios o una frente estrecha como la de un orangután o un pelo rizado áspero y una nariz brillante como una corneta u ojos que parecen desalineados o bizcos aunque te miren de frente cargados de desprecio.

24

No en realidad, no agredida en serio. Eso había sido tiempo antes de que muriera Madre. Tiempo ya tan lejano que G. no era más que una niña de diez años.

Este tiempo ya tan lejano cuando mi hermana volvió a casa después de que oscureciera, llorando, despeinada y con el rostro sangrando; y para entonces Madre estaba inquieta porque Marguerite no había ido a la casa de su profesora de piano, y la profesora había llamado a nuestra casa para preguntar dónde estaba, si iba de camino, que las clases tenían que cancelarse con cuarenta y ocho horas de antelación o tenía que pagarse la tarifa habitual, y por eso Madre estaba molesta pero también asustada y su primer impulso fue regañarla; impactada al ver la imagen de M. con la ropa rasgada y sucia, el pelo enmarañado y la cara sangrando, rápidamente Madre tiró de M. y la apartó de mi vista; yo estaba boquiabierta y pasmada porque (por supuesto) había estado esperando que llegara Marguerite a casa mirando por la ventana en la oscuridad y la lluvia; Madre llevó a Marguerite a un cuarto de baño de la planta baja y cerró la puerta por dentro, dejó correr el agua fría para enjuagar el rostro sangrante de M., diciéndole a M. que por favor dejara de llorar, que no se pusiera histérica, que no molestara a Padre (que estaba en casa, en su despacho de la parte de atrás de la casa) y que no llamara la atención sobre sí misma, qué diablos se había hecho exigía saber Madre; y M. dijo que un hombre le había hecho «daño»… un hombre le había «puesto las manos encima» y la «había arrastrado» por la tierra… y le había dicho que

le haría «peor daño» si se lo contaba a alguien; y le haría daño a su familia también. No le había visto bien la cara pero era un «hombre adulto», «un hombre grande», «un hombre blanco», parecía enfadado con ella como si la conociera o (quizá) conociera a Padre; (quizá) la había estado vigilando, esperando a que cruzara el parque para ir a la casa de la profesora de piano; y Madre gritó: ¡qué tontería!… claro que esta persona no conocía a Padre, eso era ridículo, cómo iba Padre a conocer a tal gentuza, M. nunca debería hacer una acusación como esa jamás. Y Madre lavó la cara de M. con ternura. Y Madre le dio a M. una de sus pastillas de color rosa pálido para «calmar los nervios»; y Madre preparó un baño caliente para M., en su propio cuarto de baño de la primera planta, el de la bañera de patas con forma de garra, y examinó a M. sin ropa hasta donde M. le permitiría porque M. lloraba, se estremecía, apartaba las manos de Madre, todavía inquieta y alterada a pesar de la pastilla.

Después de que M. pasara media hora en el agua caliente empezó a estar somnolienta y dejó de lloriquear, y Madre la ayudó a salir de la profunda bañera de las patas de garra, la secó con ternura con una de las enormes y gruesas toallas de baño de Madre, y cubrió con un apósito la herida sangrante del rostro de M., dedicó un tiempo a quitarle ramitas y suciedad del pelo húmedo con un cepillo; la acompañó como a una niña para que se acostara en la cama de Madre cubriéndola con un edredón y diciéndole con firmeza que *intentara dormir*.

Todo esto, o mucho de esto, Madre se lo transmitió a Padre. ¡Qué alboroto! Esta *cosa mala* que le había sucedido a su bella hija.

Todo esto lo sabía yo, no preguntes cómo. Nada pasaba o pasa en nuestra casa *que yo no sepa. Porque lo sé*.

¿Deberían llevar a M. a un médico? ¿Deberían llamar a la policía?

O… ¿deberían ahorrarle a M. más disgustos, *manteniéndolo en secreto*?

Por entonces Padre tenía un despacho en Aurora, en una planta de uno de sus edificios de Main Street. Los días laborables, a veces

hasta el mediodía del sábado, Padre estaba trabajando. Cuál era el tipo exacto de trabajo de Padre, no lo sabíamos, porque Padre se ponía misterioso y apoyaba el dedo índice en la nariz diciendo: *El dinero engendra dinero, en las manos adecuadas*. Convocó a uno de sus abogados más fiables, un amigo cercano de los días de universidad en Cornell; él y el abogado y Madre hablaron extensamente de la situación ya que «no era fácil decidir qué hacer»… Como dijo Padre: porque, como dijo Madre, M. no había sido *en realidad agredida en serio* (lo cual significaba: M. no había sido *violada*)… hasta donde Madre podía ver; y según lo que había contado M., el hombre fue interrumpido por alguien o algo, o cambió de parecer, la soltó y se fue corriendo, dejándola en el sendero pasiva y débil, boca arriba, parcialmente desnuda, sin poder mover brazos y piernas, y con la respiración tan ahogada que no podía llamar a nadie para pedir ayuda.

De este modo se decidió *mantener el asunto en secreto*.

Para ahorrarle disgustos a M. Para proteger a M. ¡Nada en la prensa!… Padre estaba decidido.

Protegiendo a su (bella) (estudiante destacada) hija. Protegiendo el nombre de la familia.

En primer lugar, «lo principal», como explicó el abogado: M. había «recibido una paliza» pero no la habían «violado».

«Violación» tiene un significado jurídico y, al parecer, el hombre no había «violado» a M… ni siquiera había «abusado sexualmente» de M. con los dedos, o eso afirmó Madre.

Sí, le había «hecho cosas», eso estaba claro. Le había dicho «cosas terribles»… y la había «amenazado».

Pero al no haber testigos sería difícil probar (con exactitud) qué había hecho.

Y M. no quiso que la viera un médico. Nerviosa, y disgustada, tartamudeaba: *No no no*.

Admitió que no había visto la cara del atacante. Sería imposible identificarlo. Y la humillación, y la vergüenza, y la «gente hablando» en el instituto, eso sería como una mancha en la ropa, una mancha permanente, peor que una cicatriz real.

Porque M. era una de las chicas populares del instituto de Aurora. Guapa, admirada, una de las representantes decurso, activa en muchos clubes, seguramente sería admitida en una universidad excelente. No en la Universidad de Aurora donde había ido su madre, y varias de sus parientes, sino tal vez en Cornell, Vassar o Amherst.

M. admitió que no había sufrido daños graves. M. admitió que no había sufrido *heridas realmente graves…* con lo que M. quería expresar, sin decir la palabra real y fea, que no la habían *violado*.

Solamente golpeada, arrastrada por el suelo, y la cara descarnada al rasparse, y los dientes ensangrentados. Por las cosas asquerosas que él le dijo, ella desearía matarlo, asesinarlo. Si hubiera tenido un cuchillo. Si hubiera tenido un cuchillo y el valor para usarlo.

Pero… *no había sido lo peor de todo. No*.

En el transcurso de varios días, el tema se decidió. Le hablaron a M. con serenidad.

A la hermana menor G. no se lo contaron. ¡Ni una palabra!

Sin embargo, la hermana menor G. lo sabía. Todo.

Ser una hermana menor (ávida, voraz) es saberlo todo.

No se llamó a la policía de Aurora. No se pidió una cita para llevar a M. a nuestro médico de familia. Nunca se hizo un informe sobre una «agresión». No hay registros, lo último que quieres en una ciudad pequeña es un historial, una reputación. El abogado de Padre no tenía que explicarle a Padre y Madre ni a la propia M., M. era una chica inteligente, ella lo entendía.

Peores cicatrices que una cicatriz brillante casi invisible en el rostro que parecía, vista muy de cerca, con una luz determinada, una lágrima.

25

Juramento. En Cornell hizo el juramento de ingreso a Kappa Kappa Gamma, una de las hermandades de estudiantes más destacadas del campus.

¿Por qué? Se había reído diciendo que era solo para ver si era capaz de hacerlo. Si podía dar el pego como Kappa.

Una cicatriz como una lágrima es fácil de ocultar con maquillaje, todas las chicas de la hermandad llevan maquillaje, la forma más común y popular de ocultarlo todo.

26

Al piano. Después de la agresión en el parque que (oficialmente) no había sucedido cuando M. era estudiante en el penúltimo año del instituto, M. se negó a volver a tomar clases de piano. Se negó a volver a la casa de piedra rojiza que daba al parque donde, en la planta baja, al nivel del jardín, su profesora de piano la recibía cada jueves después del instituto.

(Debe de haber sido cuando M. empezó a llamarse a sí misma «M.», no «Marguerite». Como si ella se fabricara un fetiche, como artista, para anular toda referencia al sexo, género, en su obra, y se enfurecía si, en las reseñas de sus esculturas, citaban su nombre como «Marguerite Fulmer» y no como «M. Fulmer»).

Irracionalmente, para consternación de nuestros padres, M. se negó a tomar clases de piano con otro profesor diciendo que había llegado a odiar el propio sonido de un piano, el característico olor penetrante de un piano. ¡La misma palabra piano le daba náuseas!, decía. Tiró sus libros de las clases, pero Madre los recuperó de la basura, los limpió y me los dio y durante unos meses cuando tenía diez años tomé clases de piano, no con la profesora de M. (que era la mejor profesora de piano de la ciudad), sino con un maestro mediocre en mi colegio, y practicaba mis lecciones cuando M. no estaba en casa porque M. no podía soportar oír mis torpes esfuerzos con el teclado; pero pronto quedó claro que G., la hermana pequeña de M., no tenía talento para el piano, no tenía talento para la música, no podía «seguir la pulsación»… no podía detectar que tocaba una nota equivocada… bemol, sostenida; y por eso a menudo

yo aporreaba las teclas del piano con los puños; en la espineta Steinway que originalmente había pertenecido a los tatarabuelos de M. y míos, que tenía un revestimiento de madera de cerezo y olía a cierta clase de cera para muebles que despertaba en mí la furia para aporrear con los puños las teclas negras, en particular, que me sacaban de quicio, hasta que algunas se atascaron y no sonaban como lo habían hecho para mi hermana M., y por eso un día Madre se acercó en silencio y me agarró los puños para que dejara de golpear, cerró el teclado, y puso fin bruscamente a mis clases de piano con una sola palabra cargada de indignación: *Basta*.

Y poco después, la espineta Steinway se cerró con llave. Y ya para siempre la espineta Steinway se obviaba, en un rincón del salón. En la actualidad, sin duda muy desafinada, la que fue una bonita madera de cerezo está reseca y combada, los ratones anidan en sus cuerdas peladas y una pátina de polvo cubre su superficie, el piano ha permanecido cerrado y callado y protegido de los brutales ataques de los puños de una niña malévola.

27

Apariciones. Empezó a suceder poco después de que M. nos dejara. Cuando yo estaba sola. En una calle de la ciudad. Cuando iba a una tienda de comestibles. La parafarmacia. La oficina de correos de Mili Street.

Levanto la vista con los ojos entornados y la veo… a ella.

M., dando la vuelta a una esquina. M., pasando por un cruce, detrás de mí. M. reflejada en el escaparate de una tienda mirándome fijamente con desprecio.

Lo extraño es que nunca vi a M. con otra persona: siempre, M. estaba sola.

Tampoco vi a M. en un vehículo, ni como conductora ni como pasajera.

Por supuesto, estos avistamientos de M. no eran realmente de M. Más bien, eran extrañas que se parecían a mi hermana; o, en algunos casos, en realidad no se parecían en absoluto a M. cuando me recuperaba del sobresalto lo suficiente para fijarme.

También a menudo, en los meses siguientes, cuando empecé a pasear (sola) por Drumlin Road y por el empinado campus de la universidad y por el viejo cementerio de Aurora (donde los primeros Fulmer estaban sepultados bajo erosionadas lápidas ladeadas en la tierra, delgadas como naipes) en días de viento en particular veía, o imaginaba que veía, a M. a corta distancia, pero generalmente de espaldas o de perfil; lo más frecuente era dentro de la oficina de correos, donde yo estaba atrapada detrás del mostrador como un cerdo llevado al matadero; a media tarde, justo antes de cerrar,

sucedía que la puerta se abría empujada con una fuerza inusual como si lo hiciera el viento, una presencia borrosa entraba, el impacto visceral de ver, más allá de la insulsa cara de pan de un cliente en el mostrador, *el rostro de ella*…

—Señora, ¿se encuentra bien?

La cara de pan me habló alarmada al ver que parecía que me desmayaba, no pude permanecer de pie y me estaba cayendo intentando agarrarme a algo para impedirlo y mantenerme de pie, gemí de miedo y me desplomé al suelo de linóleo, no muy limpio, detrás del mostrador, aferrándome a las hojas de sellos que arrugué con el puño sudoroso.

28

«*Nota de despedida*».

Querido Padre:
Por favor, perdóname.
Algún día explicaré mi comportamiento egoísta.

Tu hija,
MARGUERITE

(*Egoísta* no se eligió a la ligera, sino con mucho cuidado y precisión. Porque prácticamente todo en la vida de M. era, desde luego, examinado desde una perspectiva objetiva, *egoísta*).

Esta nota lacónica, escrita a mano con letras mayúsculas y tinta azul, me tomé la libertad de componerla en una hoja de cartulina blanca de M., al día siguiente de la tarde en que me desmayé y caí detrás del mostrador en la oficina de correos y fui reanimada solo por un compañero (entrometido) arrodillado junto a mí presionando toallas de papel empapadas en agua tibia contra mi cara ardiendo; y me apresuré a salir en cuanto pude caminar sin ayuda, aunque todavía me quedaban veinticinco minutos de jornada laboral.

Imaginada como una tarea terapéutica, para aliviar la ansiedad de Padre, que estaba exacerbando la mía: sugerir que M. era no una víctima de un rapto brutal, sino una «ausente por voluntad propia».

(Porque Padre también había empezado a hablar de «ver» a M. de lejos en la ciudad; siempre con una sensación de sorpresa e

incredulidad que le duraba horas).

Había otra razón para esta estratagema: tras un breve periodo de gracia durante el cual ya había cesado de pensar en ella por completo, la descarada *viajera vidente astrológica* Mildred Pfeiffer se había reafirmado: se atrevió a dejarme una nota con Lena en la que indicaba que tenía información «valiosa, inestimable» sobre M. para darme.

(De esto, más adelante).

Fueron necesarias horas de práctica solo para dominar la firma de M., la única parte de la nota que me atreví a escribir con su letra.

Escribir con letras mayúsculas era algo que M. podría haber hecho, en realidad. Imitando una tipografía «artística».

Más tarde, después de releer la nota un montón de veces, decidí añadir una fecha debajo de la firma:

11 abril 1991

usando la forma francesa de escribir la fecha, que era como lo hacía M., uno de sus esnobismos.

De esta manera esperaba aquietar los temores de Padre: que Padre cesara de llorar por M., de obsesionarse por M., que aceptara el hecho de que M. se había ido (voluntariamente) de Aurora, *y que él siguiera con su vida*.

Sí, y que me dedicara sus atenciones paternales a mí, su (otra) hija.

Y que la *viajera vidente astrológica me dejara en paz*.

«No. Mejor no».

A esa conclusión llegué, de mala gana.

Aunque la nota era, en mi opinión, una obra maestra de brevedad, y aunque estuve días enteros dándole vueltas a si la «descubría» o no entre los papeles de M. de su habitación, finalmente decidí no dársela a Padre.

No porque fuera un documento falsificado, sino más bien porque podía ser desenmascarado como *documento falsificado* por los detectives que sospecharan de que lo hubiera encontrado entre las cosas de M. tantas semanas después de su desaparición.

Además, si la carta iba dirigida a Padre, ¿por qué no la había dejado donde la pudiera encontrar Padre?, eso preguntarían probablemente los detectives. Y tal vez me delataría el hecho de que solo firmara el nombre de M., y que no intentara imitar su letra en el resto de la nota.

«¡Absolutamente, no! No».

Padre podría haberse sentido aliviado al pensar que M. no había sido raptada ni asesinada, pero aun así Padre se habría sentido disgustado, y lo habría notificado ala policía de Aurora; a su vez, la policía de Aurora habría consultado a la policía estatal para que les proporcionaran un forense experto en caligrafía que determinara si esta nota había sido escrita de verdad por M. Aunque yo tenía bastante confianza en mi habilidad para engañar a los expertos, no tenía confianza al cien por cien, y no podía arriesgarme a que me pillaran. Y, por lo tanto, rompí la nota en la que había trabajado durante horas razonando, como Falstaff, que la discreción es la mejor parte del valor.

No me atreví a arriesgarme. Riesgo estúpido. Riesgo innecesario.

«Falsificar una nota»… naturalmente esos bobos sospecharían que yo tenía algo que ver con la desaparición de M.

29

«*Viajera*». ¿Cómo podría explicarse, a principios de julio de 1991, aproximadamente tres meses después de la (presunta) desaparición de mi hermana Marguerite, que la propia «viajera vidente». Mildred Pfeiffer desapareciera?

Eso se decía. Se afirmaba. Yo no sabía nada de Pfeiffer de primera mano, yo nunca le puse los ojos encima a esa mujer.

Después de haberle escrito mi educada carta, y no haber obtenido respuesta, yo asumí, ingenuamente, que esa mujer había decidido no continuar con el asunto; que, si había esperado algún tipo de recompensa económica de Padre o publicidad sensacionalista para sí misma en los medios menos perspicaces, se había dado cuenta de su error; pero en esto, en confiar en la buena voluntad del otro, yo estaba equivocada.

Porque empezaron a informarme, parientes, amigos de Padre e incluso colegas de M. de la escuela a quienes la grotesca mujer perseguía, que Mildred Pfeiffer no se rendía tan fácilmente; y que yo había subestimado su malévola energía, porque ahora «exigía» no solo hablar con Padre y conmigo, sino implicarse en la investigación policial.

Porque, parecía, Pfeiffer se estaba impacientando con la investigación, que entonces estaba en manos de los detectives del estado de Nueva York, con las oficinas en Albany, a quienes no podía abordar con la misma facilidad con la que podía abordar a la policía de Aurora.

Fue una exigencia de Pfeiffer que la familia de M. —es decir,

Padre y yo— le proporcionara «ropa íntima» de M. para permitirle «ver» más claramente dónde estaba M.

No es necesario decir que nos negamos a ceder a sus demandas. ¡Qué indignidad!

Con demasiada frecuencia, Denise me llamaba:

—Georgene, ¿lo has oído?

El regocijo en la voz de mi prima, su fingido tono solícito, me ponía los pelos de punta; pero no quería darle a Denise la satisfacción de que supiera lo perturbadoras que me resultaban sus llamadas.

A primeros de julio, para informarme de que estaba programada una entrevista a Pfeiffer en WYIT, una cadena de televisión de Ithaca.

—¿A que es horrible, Georgene? ¿Te lo puedes imaginar? ¿Cómo puede una cadena de televisión seria invitar a alguien así? Que afirma que Marguerite no está «desaparecida», sino de alguna forma, no sé cómo, aquí en Aurora, escondida…

Tratando de no exclamar irritada, con furia. Tratando de mantener el nivel de mi voz.

—¿Eso es lo que afirma ahora, que Marguerite está «escondida»?

—No estamos seguros. Parece cada vez más loca. No para de insinuar que sabe más de lo que puede decir. Nos contaba que… «Marguerite Fulmer está "desaparecida" cerca de su casa…».

—¿Qué quieres decir, Denise, con «nos» contaba? ¿Estáis escuchando a esta persona? No habréis invitado a Pfeiffer a vuestra casa otra vez, ¿verdad?

—No exactamente, Georgene. Yo no diría «invitado». Ella simplemente… se presenta. Está acumulando un pequeño séquito de residentes en Aurora que parece que la creen, o les intriga. La tía Faye, ya sabes, siempre ha sido un poco chiflada, está pensando ahora en contratar a Pfeiffer para tomar contacto con el tío Dave; la tía Faye está convencida de que el tío Dave murió con cuentas bancarias de las que nadie sabía nada, siempre está diciendo que parecía que faltaba mucho dinero cuando él…

Me muerdo el labio inferior para evitar gritar en el oído de

Denise. Sabiendo que, aunque hable con calma, Denise exageraría mi respuesta y la repetiría incesantemente, para entretener.

—Denise, creo que voy a tener que colgar ya. Padre me está llamando…

—¡Bueno! Vale, Georgene. Solo pensaba que te gustaría saberlo.

—¡Gracias, Denise! ¿Cuándo ponen esa entrevista?, ¿lo sabes?

—Creo que un día de la semana que viene. A mediados de semana. Es *La Hora de Chrissy Sheldon*, ya sabes, un cóctel de entrevistas, justo después de las noticias de la noche.

—Bien, me aseguraré de que Padre y yo no lo veamos.

Me las arreglo para reír discretamente, con ironía. Para convencer a Denise de que nada de esto me preocupaba de verdad, aunque era lamentable.

—… solo siento que el nombre de la pobre Marguerite se esté utilizando así —dijo Denise, como si fuera reacia a dejar de atormentarme—. Pienso de verdad que si tú o Padre intervinierais, Pfeiffer se echaría atrás, si, bueno, le ofrecierais un incentivo…

—¿Quieres decir hacerle chantaje, Denise?

—Bueno, supongo… sí. Va en serio en cuanto a la astrología pero también espera alguna recompensa económica, creo. Tu padre ofreció cincuenta mil dólares que nadie ha cobrado hasta ahora.

—Cincuenta mil dólares es un incentivo, sí. Espero que no estés proponiendo que Padre y yo capitulemos ante el chantaje, Denise.

—¡Ay, no! En absoluto. Estoy segura de que Pfeiffer llegaría a un acuerdo por mucho menos de cincuenta mil dólares. Probablemente bastaría con mil.

—¿Ella te dijo eso, Denise?

—¿Qué? ¿Me dijo eso? ¡Claro que no! Casi ni hablo con esta mujer, te lo aseguro.

—Pero parece que sabes mucho sobre ella. Mucho más de lo que saben los demás.

—Bueno, es una «excéntrica» pintoresca, supongo. No vive tan lejos de nosotros, en realidad… más abajo. En esa antigua casa Tudor destartalada con musgo en el tejado de pizarra. ¿Sabes cuál digo? Por Niagara Street.

—¡Pero, bueno, Denise! ¿La has visitado allí? (¡Cómo me estaba controlando! Incluso sonreía, en serio, apretando los dientes).

—Por supuesto que no, Georgene. ¿Por qué diablos la visitaría yo? Una persona mentalmente enferma…

—Pues claro, Denise: tú no lo harías. Ninguno de nosotros lo haría. Y ahora, tengo que dejarte. ¿Padre? Voy enseguida.

Levanto la voz, como si Padre me estuviera llamando.

Cuelgo despacio el teléfono. Y orgullosísima de mí misma, ni Denise ni Mildred Pfeiffer habían quebrado mi espíritu, aunque las dos lo estaban intentando.

30

Los desaparecidos. En la historia de Estados Unidos han desaparecido un número incalculable de personas: en las primeras décadas del siglo XXI, aproximadamente seiscientas mil cada año.

¡Una estadística asombrosa! Nunca me lo habría creído, pero lo comprobé dos veces, tres veces incluso, en la biblioteca del condado de Cayuga.

De estas seiscientas mil, unas noventa mil nunca se han encontrado.

De las quinientas diez mil restantes, la mitad volvió voluntariamente, y la otra mitad la devolvieron las autoridades.

De los que desaparecieron voluntariamente, que luego regresaron, un número considerable son mentalmente inestables. «Solo quería ver si alguien preguntaría si estaba bien cuando volviera», le dijo a la policía una mujer que había estado desaparecida varias semanas.

(Pero ¿al final alguien preguntó si esta desventurada estaba bien? Esa información no se da).

Un número considerable de las desaparecidas más jóvenes han sido agredidas sexualmente, a menudo por personas que vivían en la misma casa; de estas, una categoría completa está etiquetada como *escapadas*, y es probable que sean tratadas en instalaciones juveniles del condado en lugar de volver a sus casas.

Un hecho me llamó la atención: de las que vuelven voluntariamente, el 97% lo hace dentro de las dos semanas siguientes.

Con cada semana que pasa, es menos probable que la persona desaparecida regrese.

Hace veintidós años, en 1991, más de quinientas cuarenta mil personas desaparecieron en Estados Unidos, y de ellas (solo) una era mi hermana, Marguerite Fulmer.

Ese año, se encontraron más de tres mil cadáveres sin identificación.

De ellos, una cuarta parte eran mujeres, y de estas, al menos dos tercios parecían haber sido víctimas de violencia sexual, cuyos cuerpos presentaban signos de esta violencia.

Cada año, el número de personas desaparecidas de menos de veintiún años es mucho mayor que el de las de más de veintiún años; y cada año, el número de hombres desaparecidos de cualquier edad sobrepasa el número de mujeres desaparecidas de cualquier edad.

Como M., salen de su casa —para ir a trabajar, al colegio— en una mañana aparentemente normal y ya no se las vuelve a ver. Salen para poco tiempo pero nunca llegan a su destino.

Se van en sus propios vehículos, o toman autobuses, trenes, aviones. Caminan. Van en bicicleta. Hacen senderismo en lugares remotos. (Si lo hacen con otros puede que simplemente «desaparezcan» en el sendero). Salen para encontrarse con un amigo y nunca llegan. Salen de sus residencias para respirar el aire de la noche, o fumar un cigarrillo, y nunca regresan. Le dicen a su cónyuge que van a la tienda y vuelven enseguida, pero nunca vuelven enseguida.

Con frecuencia, no se llevan nada, nada que haya notado alguien. Desaparecen «de la faz de la tierra».

Si retiran dinero de un banco está claro que son *ausentes voluntarios*, y la policía no los busca. Pero muchos no retiran dinero, al igual que no hacen las maletas ni se preparan para un viaje. No se llevan una muda de ropa ni un cepillo de dientes. Como M., no dejan una nota de despedida, no dan una «señal».

Antes de la desaparición de M. yo no tenía prácticamente

interés en las «noticias» —y raramente me sometía a los programas de noticias de la televisión, ya que tenía cosas mejores que hacer con mi tiempo que mirar boquiabierta una pantalla fabricada para vender a consumidores crédulos productos y servicios inútiles—, después de la desaparición de M. caí en el hábito generador de ansiedad de ver las noticias de la noche, con Padre cerca sentado en su sillón regulable de cuero como un Rey Lear letárgico, sorbiendo *whisky* escocés.

En la misma semana en la que desapareció M., también desaparecieron residentes de Cheektowaga, White Plains y Lake George (todos en el estado de Nueva York) en circunstancias misteriosas: ¿un mismo patrón?, ¿pura coincidencia?

La *viajera vidente* diría probablemente «patrón». La escéptica diría probablemente «coincidencia».

Ciertamente, tenía que haber una coincidencia en que la residente de Cheektowaga, esposa y madre en la treintena, con un aspecto parecido superficial (rubia) a M., desapareció en su Ford familiar a primeras horas de la tarde del 11 de abril, después de decir que iba a comprar a la tienda de comestibles; pasadas veinticuatro horas no había rastro de la madre de dos niños pequeños ni de su coche. (Cheektowaga es una zona de las afueras de Búfalo moderadamente próspera, a doscientos cuarenta kilómetros al oeste de Aurora).

En White Plains, a cuatrocientos kilómetros al sureste de Aurora, una estudiante universitaria de diecinueve años desapareció en alguna parte, a pie, entre el campus de Vassar y la casa que alquilaba con otras jóvenes a ochocientos metros de distancia; después de treinta y seis horas, ella también seguía desaparecida.

En Lake George, un esposo y padre de cuarenta y seis años, residente todo el año en el lago, sacó una pequeña lancha con motor fuera borda para pescar solo al amanecer, en una mañana algo ventosa; horas después se vio la lancha vacía a la deriva… El equipo de pesca, la botella de agua y otros objetos seguían allí. (La patrulla marítima de Lake George buscó por el lago cerca de la lancha a la deriva, hasta una profundidad de cincuenta metros, pero no se

encontró ningún cuerpo).

Hasta donde sé, ninguna de estas personas desaparecidas se encontró jamás. Y entonces, extrañamente, podría decirse que *irónicamente*: el 7 de julio de 1991, justo la víspera de la entrevista programada con la anfitriona de televisión Chrissy Sheldon, la desvergonzada *viajera vidente* Mildred Pfeiffer «desapareció», se «esfumó de la faz de la tierra».

Esta desaparición de una residente local, a diferencia de la desaparición de Marguerite, garantizó una columna más pequeña en la primera página en la edición del *Aurora Journal*: «Desaparecida "vidente" de Aurora». La fotografía que la acompañaba era de una mujer bizca con cara de gata de unos cincuenta años identificada como residente desde hacía mucho tiempo en Lakeview Avenue, que vivía con su hermana maestra y su madre anciana; según la madre, Mildred Pfeiffer había recibido una llamada telefónica a media tarde del 7 de julio, y había salido de casa inmediatamente. «Parecía como si estuviera entusiasmada por a quién iba a ver».

Lamentablemente, si Mildred Pfeiffer le había dicho a su madre adonde iba, con quién se iba a encontrar, la anciana estaba demasiado nerviosa para recordarlo, y el registro de las cosas de Mildred no aportó ninguna pista.

Y así, Mildred Pfeiffer, como Marguerite Fulmer, ocupó su lugar en esa categoría misteriosa de *personas desaparecidas* que no regresan, no las recuperan las autoridades, sino que permanecen *desaparecidas* para siempre.

—¡Georgene! ¿Lo has visto…? ¿En el *Journal*…?

Emocionada, con la voz temblando, Denise me llamó, como ya sabía yo que haría, con noticias de la *viajera vidente*; y por eso estaba yo preparada para decirle fríamente «no».

—Sabes que no leo el *Journal*, Denise, si puedo evitarlo. Sobre todo cuando publican tales estupideces sobre Marguerite y nuestra familia. Voy a colgar ya.

—Pero, Georgene…

—Adiós, Denise. Por favor, no vuelvas a llamar.

Así fue como vi que mi (bella) (sentenciada) hermana no era más que una cifra en un patrón, no singular ni única, como nosotros (los que la queríamos) creíamos que era.

Pues cada año un cierto número de estadounidenses *tenía que desaparecer*, para componer las estadísticas, que no variaban mucho.

¡Y qué extraño es eso! ¿Podía haber un año en el que *nadie desapareciera*? ¿Por qué esto no era probable?

¿Improbable? ¿Pero no imposible?

En el otoño de 1991, cuando hacía cinco meses de que M. se había ido, los «avistamientos» de ella habían disminuido radicalmente. Oíamos con menos frecuencia de los (entrometidos) detectives de Albany, y nada en absoluto de los (incompetentes) detectives de Aurora. Yo le pagué a un primo más joven para que me llevara en coche a Ithaca a la parte más lejana del lago, a la Biblioteca Pública del Condado de Cayuga, donde pasé horas fascinada investigando *personas desaparecidas*, entre ellas el infame juez Joseph Crater que se esfumó, supuestamente, después de tomar un taxi en la calle Cuarenta y cinco Oeste de Manhattan, el 6 de agosto de 1930. (Las circunstancias de la desaparición del juez Crater eran muy diferentes de las de la desaparición de mi hermana porque, como se supo, Crater había estado involucrado en diversas tramas políticas, y pronto iba a quedar expuesto como corrupto en la prensa; y había dejado una nota conmovedora para su esposa: *Estoy muy cansado. Te quiero, Joe*).

Como sabemos, nunca se encontró al juez Crater. Tampoco nadie sacó a la luz una sola pista sobre su desaparición, al menos no oficialmente.

De forma parecida, Jimmy Hoffa. Como Crater, un hombre relacionado con delincuentes, sin duda ejecutado y sus restos escondidos; una clase diferente de misterio, ya que seguro que hay gente que sabe dónde está la *persona desaparecida*.

La más famosa de las *personas desaparecidas* estadounidenses

sigue siendo Amelia Earhart que desapareció cuando su aeroplano se estrelló en el océano Pacífico en 1937, cuando Earhart tenía treinta y nueve años: en realidad, no es un misterio la causa de su desaparición, sino dónde desapareció.

Es la otra categoría de *desaparecidos* la que fascina, porque es inexplicable: un hombre de cincuenta años en Seabury (Oregón) desaparece cuando se dirige a trabajar; encuentran su coche en el arcén de una interestatal, abandonado: las puertas cerradas con llave y las llaves en el asiento del conductor. Una mujer de treinta y seis años en Larchmont (Nueva York) desaparece cuando vuelve a casa de una reunión de tutores del instituto; un agente de seguros de cuarenta y nueve años desaparece en Evanston (Illinois) después de haber depositado una gran cantidad de dinero en su cuenta corriente, una cuenta que nunca se ha activado… A veces hay una desaparición doble: una pareja en luna de miel haciendo senderismo por Yosemite, una madre y su hija pequeña en Rome (Nueva York) a las que nunca más se volvió a ver después de ir a un centro comercial de la zona a comprar la ropa para la vuelta al cole…

De esos casos, a menos que la *persona desaparecida* sea famosa, se informa con gran revuelo en los medios locales, hay una oleada de interés, puede que se ofrezcan recompensas, podría interrogarse a uno o dos «sospechosos», y luego: nada… Abandonar los titulares es como abandonar la existencia.

Algunas veces, por supuesto, se encuentra a los desaparecidos: como cadáveres.

O, con menos probabilidad, vivos, a cientos o miles de kilómetros de distancia, viviendo con nombres diferentes, con documentos y números de la seguridad social falsos, en segundas vidas fabricadas.

Exactamente lo que creía Padre; yo no estaba segura. No me gustaba cuestionar a Padre en asuntos que lo ponían nervioso. A veces, Padre parecía estar resignado a la melancólica idea de que M. jamás regresaría; otras veces, especialmente cuando había bebido, un rubor le animaba el rostro, los ojos le brillaban de forma desafiante cuando decía, a cualquiera que pudiera oírle, a menudo a mí:

—*Está* viva. Lo puedo sentir. Y vendrá a casa. Algún día.

A lo que yo solo murmuraba con compasión:

—Sí, Padre.

Mientras pensaba consternada: «¡Ay, Padre! ¿Por qué… si me tienes a mí?».

SEGUNDA PARTE

31

Despreciable. Por supuesto, desde el principio circularon rumores despreciables creados por personas despreciables que se dedican a inventar rumores. He sido reacia a hablar de estos, como he sido reacia a hablar de la *viajera vidente*. (Que al menos tuvo la consideración de «desaparecer» ella misma de entre nosotros y no seguir mancillando la reputación de mi hermana).

Entre estos rumores se decía que M. se había quedado «embarazada» y había huido de su ciudad avergonzada.

O que M. se había quedado «embarazada y había abortado», y había huido avergonzada; o que había muerto en la mesa del abortista y se había enterrado su cuerpo en secreto.

(Por qué un aborto, en una región civilizada de Estados Unidos, en 1991, podría haber desbaratado la vida de mi hermana, nunca se explicó: M. no era cristiana evangélica ni católica, para quienes el aborto era pecado).

Rumores de que M. estaba «metida en drogas», «había muerto de una sobredosis».

Rumores de que M. se había «fugado» con un hombre tan inadecuado, tan de vergüenza, que no podía quedarse en Aurora con él.

Rumores de que M. se había «liado con un hombre casado» y había huido de Aurora por infelicidad; o había sido asesinada por el hombre con el fin de proteger su matrimonio.

El rumor más persistente era que, como consecuencia del embarazo, el aborto, el amor vergonzoso o el amor imposible, o

simplemente la depresión suicida común y corriente, M. se había quitado la vida: metiéndose en el lago detrás de nuestra casa, con piedras en los bolsillos como Virginia Woolf.

(Al menos este rumor cruel podía investigarse: el departamento del *sheriff* del condado hizo que un buzo buscara en el lago detrás de nuestra casa hasta una distancia de más de cien metros. De hecho, se encontraron restos óseos entre la porquería del fondo del lago, pero *no eran restos humanos*).

«Despreciable», como diría Padre. En cuanto se descubría un rumor, y se descartaba con sorna, estallaba otro, como un reguero de pólvora; y algunos de estos rumores, yo lo sabía muy bien, los iniciaban nuestros parientes, especialmente los que siempre nos han tenido envidia por ser los más ricos de los Fulmer, y a M., por ser la de mayor éxito de la generación más joven de los Fulmer.

El rumor de que M. había tenido una relación con un hombre, y podía haber sido asesinada por un amante, fue asociado al final a un colega de M. de la Escuela de Bellas Artes: el pretencioso *artiste* que se llamaba a sí mismo Elke.

Esta era la persona más despreciable de todas, de cuantas conocía.

Al principio no tenía ni idea de quién era; un hombre de barriga prominente, mirada descarada y unos cuarenta años, con mono de trabajo salpicado de pintura, que se acercó a mí con prepotencia cuando fui al estudio de M. la tarde del 12 de abril, cuando M. llevaba desaparecida un día entero.

—Disculpe, ¿quién es usted?

—Yo… yo soy la hermana de Marguerite Fulmer…

Intentaba acertar con una llave de la puerta del estudio, mientras el hombre barrigón me miraba con recelo.

Normalmente, estoy a la altura cuando me intimidan, pero en este caso, habiendo dormido mal la noche anterior, y estando verdaderamente preocupada por la situación, me encontré torpe con las palabras, incluso torpe con la llave. Para entonces, los equipos de rescate habían estado buscando a M. durante horas, sin nada que informar.

—¡Su hermana! Vaya.

El hombre barrigón parecía desconcertado. Porque, es verdad, no tengo mucho parecido con mi hermana mayor. Con una molesta familiaridad, el hombre tomó la llave de mis dedos y abrió la puerta con facilidad.

Su nombre era Elke, dijo. Su estudio estaba al otro lado del vestíbulo.

La forma en que pronunció «Elke» me permitió saber que era un nombre con alguna distinción, que debería impresionarme. Pero a mí no se me impresiona tan fácilmente.

Si Elke había extendido la mano para estrechar la mía, no parecí darme cuenta. Su chulería me había sentado como una bofetada, no tenía intención de darle alas.

Sin ser invitado, Elke me siguió al interior del estudio, que era un espacio más pequeño de lo que yo había esperado, aunque con el techo alto y un tragaluz. Elke estaba diciendo que él también había intentado hablar con Marguerite el día anterior. Había faltado a una clase de escultura y a una reunión. El departamento estaba preocupado por ella. Él estaba preocupado por ella.

El engreído Elke era más alto que yo, varios centímetros. No soy una mujer frágil, pero Elke pesaba al menos diez kilos más que yo. Vi que sus ojos de reptil redondos y brillantes recorrían el estudio de M. con un aire de codicia en su rostro.

—Teníamos pensado ir a tomar algo al Aurora Inn después de la reunión. Teníamos cosas que comentar… un asunto del departamento.

Una pausa y luego:

—Bueno, un asunto personal también.

A este sorprendente comentario, no respondí. No se me ocurrió entonces que probablemente era mentira… yo estaba demasiado desconcertada para pensar con claridad.

—Por eso estoy particularmente preocupado por Marguerite —dijo Elke—, me habría llamado para posponer nuestro encuentro si hubiera podido. Y por eso, si…

Su voz se iba apagando de un modo insinuante. Sentí que se me

erizaban los pelos de la nuca. Había algo agresivamente familiar en la forma en que Elke pronunciaba el nombre de mi hermana; como si él no tuviera derecho pero ahora estuviera reclamando ese derecho puesto que no había nadie para detenerle.

Y entonces recordé que alguien llamado Elke había llamado el día anterior, y Padre le había hablado con brusquedad. Recordé que M. comentó una vez que le debía su puesto en la Universidad de Aurora al artista residente titular que admiraba su trabajo, un pintor de reputación «controvertida»; si él no la hubiera favorecido a ella, o si hubiera apoyado rotundamente a alguien más, no habría recibido el nombramiento.

Así que M. estaba «agradecida» a Elke… posiblemente.

¿Había dicho M. algo más sobre este «artista titular»? No podía recordarlo.

¿Habían tenido algún tipo de relación más estrecha? Yo ponía en duda una *relación íntima*: el bigotudo y panzudo Elke no podía haberle resultado atractivo a mi exigente y quisquillosa hermana en lo más mínimo.

Era irritante que M. nunca me confiara sus verdaderos sentimientos sobre la Universidad de Aurora. Tendía a hablar de forma positiva, incluso entusiasta, sobre la mayoría de la gente con la que se le asociaba; tenía aversión, decía, a hablar «de la gente a sus espaldas». Jamás dijo una palabra —al menos a mí— de crítica a sus colegas de la Universidad de Aurora, que seguro que eran un montón heterogéneo de profesores mediocres que no habían conseguido encontrar puestos en universidades mejores.

¡Qué hipócrita!, nada que alguna vez se dijera sobre mí.

Cierto, la Universidad de Aurora tenía reputación de «prestigio» en la categoría de pequeñas universidades femeninas de humanidades, especialmente en el estado de Nueva York; pero eso no era decir mucho, seguramente. Era totalmente normal hacer comentarios maliciosos, divertidos, sobre compañeros de trabajo, a sus espaldas, igual que hacíamos como rutina en la oficina de correos; era falta de honradez de M. ser tan reticente acerca de sus compañeros artistas en Aurora. Por supuesto, el egocéntrico Elke le

habría provocado risa: el «macho» arrogante, no joven, vanidoso y presuntuoso, pelos canosos brotándole de la marcada mandíbula, respiración pesada, audible. Su áspero cabello gris le caía en ondas sobre los hombros, pero tenía la coronilla calva y brillante. En la gruesa y peluda muñeca izquierda llevaba una pulsera de cuero trenzado de estilo nativo americano, y en los enormes pies botas de senderismo. Tenía las uñas manchadas de pintura y suciedad. ¡Y ese ridículo mono salpicado de pintura! La nariz se me cerraba sola: el olor de Elke era el de su propio cuerpo.

—¿Eres… una hermana mayor de Marguerite?

—No. No lo soy.

Herida por esa pregunta grosera. Queriendo decirle al idiota que yo era seis años más joven que Marguerite, pero tenía demasiado orgullo para explicarlo.

—Ah, uy… lo siento. —Elke sonaba más divertido que avergonzado.

Yo tenía la esperanza de estar sola para registrar el estudio de M., como había estado sola, afortunadamente, para registrar la habitación de M. antes de que los detectives irrumpieran en nuestra casa y la registraran; si había algo que pudiera suponer una afrenta para M., o para nuestra familia, tenía que ponerle las manos encima inmediatamente. (¿Una agenda, un diario?). (Qué pudiera contener, en teoría, no tenía ni idea. No es así como funciona mi mente. Como hija de Milton Fulmer, mi prioridad era protegerlo de cualquier tipo de disgusto).

Pero no había forma de evitar a Elke. No podía ordenarle que saliera del estudio de mi hermana; no era un estudio privado sino un espacio en la escuela de arte donde Elke tenía un puesto de autoridad. Se comportaba como un jefe, un propietario. Se fijaba en particular en las esculturas inacabadas de M.: curiosas formas geométricas de roca de un blanco intenso que parecían cabezas ligeramente deformadas con marcas jeroglíficas apenas perceptibles que podrían haber sido rasgos faciales, puestas en un banco lleno de cosas. La más grande tenía noventa centímetros de altura y unos noventa centímetros de circunferencia, la más pequeña era del

tamaño, de la cabeza de una persona adulta real. Había algo a la vez inquietante y conmovedor en estas esculturas. No me gustaba cómo pasaba Elke los dedos sobre ellas con una especie de prepotente familiaridad, como un hombre acariciando la cabeza de un perro.

—Tu hermana tiene una imaginación maravillosamente retorcida. La mayoría de la gente no puede descifrarla… Yo sí.

Tiene. Se me ocurrió que Elke estaba usando deliberadamente el tiempo presente para indicar que él creía que M. estaba viva todavía.

(Naturalmente, en ese momento M. apenas llevaba un día desaparecida).

—¿En serio? —Con todo descaro traté de ignorar a Elke, y dejé que comprendiera que esa era mi intención.

—Marguerite se sorprendió la primera vez que nos vimos y le hablé de su arte… la «misión secreta» de su arte. Tan diferente de la mía: de hecho, antitética.

Pronunció *antitética* con cierta gravedad. Es posible que Elke pensara que yo podría no conocer el significado de esa palabra.

—¿Conoce mi obra, señorita Fulmer? ¿Mis «retratos»?

—No, me temo que no, señor Elke. No vengo por aquí, por la escuela, con frecuencia.

Qué gracioso: *señor Elke*. Por supuesto, mi expresión era muy seria, educada.

—Mi obra, mis pinturas, son bastante bien conocidas —dijo Elke, molesto—, no solo aquí, en la universidad. Seguramente las habrá visto por ahí: en el Aurora Inn, en la biblioteca, en casas particulares…

—No lo creo, señor Elke. No.

—No soy «señor Elke»; llámeme simplemente Elke.

—El-ke.

—*Elke*.

—¿Quiere decir como el animal? ¿Una especie mayor de alce?

Lo dije en un tono de sincera inocencia. El pomposo *artiste* no tenía ni idea de que me estaba riendo de él en silencio.

—Como decía, mi trabajo es antitético al de Marguerite. Hemos tenido algunas charlas bastante intensas sobre arte. Ella es clasicista,

formalista, por pura timidez, un temor al cuerpo; en su caso, al cuerpo femenino. Por esa razón insiste en exponer como «M. Fulmer», un nombre asexuado. Naturalmente, ella lo niega. Mientras que yo… yo me enfrento despiadadamente a la «decrepitud corporal» en mi trabajo… mis «retratos de mortalidad».

En ese momento me pregunté si de hecho habría visto alguna de las pinturas de Elke en las paredes de la biblioteca de Aurora, donde se exponía a artistas locales. ¿Figuras humanas, desnudos? ¿*Desnudos* despiadados, macabros?

Si las había visto, probablemente había apartado la vista rápidamente. La mayoría del arte moderno me parecía fraudulento y efectista, y los «artistas locales» los más patéticos de todos.

De todas las categorías de arte, las que menos me gustan son los *desnudos*.

—¿Marguerite no le habrá hablado de mí? —Ahora Elke hablaba titubeando más, como si supiera que iba a recibir un reproche.

Qué patético, pensé. Qué parecido a Walter Lang. *Pidiendo* que lo humillen.

—No. No creo. No que yo recuerde.

Respondí con toda naturalidad, como un niño intenta decir la verdad, sin tener idea de que la verdad puede herir.

—¿De verdad? ¿No? —Elke parecía triste.

—De verdad, señor Elke; quiero decir, Elke. De verdad, no.

Elke permaneció indeciso, como si se desinflara. Su rostro regordete parecía dolido. Los ojos brillantes de reptil parecían ahora inofensivos, se habían humedecido.

Mi reacción fue ablandarme, solo un poco:

—Marguerite me hace confidencias pocas veces. Casi nunca sobre alguien de la Escuela de Bellas Artes.

—Bueno, Marguerite y yo somos más que solo colegas, aquí. Somos… aunque suene extraño, ya que en otras cosas somos opuestos… lo que usted podría llamar «almas gemelas».

—¿Lo que yo podría llamar «almas gemelas»? No, no creo, señor Elke. No creo en algo tan ridículo como «almas gemelas».

Y en especial no usted, ¡un «alma gemela» de mi bella hermana! Absurdo.

Elke estaba en silencio, pensativo. Queriendo protestar pero pensándoselo mejor.

Tal vez ya me había clasificado: *asexual como un nabo, odia a los hombres, inmune e invulnerable*.

—Bueno. Espero que no le haya pasado nada a Marguerite… ¿No le dijo a nadie adónde iba? ¿No tiene alguna idea?

—Discúlpeme, Elke, pero ya hemos pasado por todo eso con la policía. Mi padre y yo. Estoy muy cansada, y angustiada, y no estoy de humor para hablar con extraños sobre mi hermana desaparecida.

—¡Pero yo no soy un extraño! Soy un buen amigo de Marguerite, he intentado explicarlo. Algo más que un «amigo»… Y soy vecino de ustedes, de usted y de su familia, Aurora es un pueblo.

¡Vecino! Esto sí que era absurdo de verdad. Los propietarios de viviendas de cada lado de nuestra señorial casa antigua Tudor inglés en Cayuga Avenue no habrían afirmado tener buena *vecindad* con nosotros ni nosotros con ellos. La parte alta de Cayuga Avenue no era un *vecindario* común y corriente.

Era conmovedor, el panzudo y bigotudo Elke parecía herido ahora, desconcertado. Porque a un prepotente se le hiere fácilmente si conoces su talón de Aquiles: su ego.

Si hubiera querido bajar la guardia solo un poco, podría haberle pedido visitar su estudio antes de irme. Podría haberle pedido que me enseñara sus «retratos de mortalidad». Eso le habría gustado mucho, se habría sentido halagado. Pero yo no hago halagos. Yo no soy una persona amable, así que ¿por qué actuar como si lo fuera? Yo no tenía ni el más mínimo interés en el arte de este *artiste*, casi tan poco interés como el que tenía por el pretencioso «clasicismo» de mi hermana.

Pero le envidiaba a M. este estudio. Un espacio de trabajo privado, lejos de casa. La vida privada de M… su «misión secreta». Todo lo que era secreto en mi hermana, lo envidiaba profundamente, y me provocaba resentimiento.

Porque mi vida no tiene secretos. O se podría decir que mi

secreto es que *yo no tengo vida*.

Desde lo alto, la claraboya arrojaba una luz brillante que caía verticalmente en el estudio iluminando las esculturas inacabadas del banco de trabajo. ¿Volvería ella y las terminaría? Si no volvía, ¿se expondrían de todos modos como la «última obra» de M. Fulmer?

Si M. no volvía, estas esculturas sin terminar pasarían a ser propiedad de Padre, supongo. De Padre y mía.

Si M. no había dejado un testamento legándolas a alguien más. Y yo estaba segura de que no lo había hecho.

¿Porque quién, a los treinta años, piensa siquiera en última voluntad y testamento? ¿M. no?

Una de las cuatro paredes del estudio era de cristal, daba a una colina verde y al campanario de la universidad. Un paisaje idílico, casi demasiado bonito; las otras paredes estaban casi completamente cubiertas de pósteres, bosquejos, esquemas, dibujos y fotografías. Una gran tabla de corcho estaba llena de lo que parecía obra de alumnas: bosquejos, dibujos y anuncios de actividades estudiantiles. En estos había una encantadora ingenuidad que los distinguía de la austeridad de la propia obra de M.

Hasta ese momento no había pensado en realidad en M. como profesora de arte. Sentí una puñalada de celos, que las alumnas de M. la conocieran de una forma en la que yo nunca la había conocido.

Todas jóvenes, naturalmente. Más jóvenes que yo: chicas. Me preguntaba si M. las habría considerado hermanas, como pocas veces me consideraba a mí. Paciente, amable. *Afectuosa*.

Podríais creéroslo. ¡Entregad vuestro corazón, bobas! Me preguntaba si Elke había entregado el suyo.

Reacio a salir del estudio, Elke estaba examinando el tablón de corcho, fingiendo interés en el trabajo de las alumnas. Mientras su traje de faena manchado de pintura me daba la espalda, deslicé en mi bolso un cuaderno de bocetos, muy gastado y más grande de lo normal, que había encontrado en un cajón corredizo en el banco de trabajo.

Un diario, posiblemente. ¿Una agenda?

El corazón me latía aceleradamente por el triunfo. Quería soltar una carcajada, porque el panzudo Elke no había notado nada.

Era el momento de salir del estudio de M. Cerrar con llave y marcharme. A Elke no le quedaba más opción que salir conmigo.

Yo había obtenido la llave del estudio de M. del auxiliar administrativo del decano de la escuela. Me dirigí a la planta baja para devolverla, incómoda porque Elke me acompañaba en las escaleras.

Incluso bajando las escaleras, se oía respirar a Elke por la boca. El olor de su cuerpo me llegaba a la nariz sin desagradarme, como si me hubiera ido acostumbrando a su olor. Sentí una punzada de simpatía por aquel hombre, de unos cuarenta años, con el corazón rodeado de músculo seboso esforzándose por llevarle oxígeno al cerebro.

Cuando salía de la escuela, Elke aún seguía a mi lado. Esperaba que no se diera cuenta de que yo había ido a la escuela a pie, no en coche; a su manera autoritaria me preguntaría si podía llevarme a casa, y a mí me costaría rechazarlo porque la verdad era que me sentía cansada y angustiada. Mi enérgica caminata hasta la escuela por Drumlin Road, reproduciendo con exactitud los pasos de M., había sido suficiente ejercicio para todo el día.

—Señorita Fulmer… no ha dicho cómo se llama…

—No. No lo he dicho.

Esa falta de educación de una Fulmer, Elke no podía entenderla. Pocos pueden. Te quedas mirándome, y entornas los ojos, parpadeas y piensas: «¡No es posible que haya podido decir eso!».

—Usted tampoco me ha dicho su nombre, Elke. Su nombre de pila.

—Yo… es… Howard. Mi nombre completo es Howard Strucht.

—¿Entonces porque se hace llamar Elke?

—Elke es mi nombre de pintor. Como un nombre de haber «vuelto a nacer». Más cercano a quien soy yo.

Elke se rio incómodo. Pero yo no me reí con él.

—Bueno, señorita Fulmer… me estaba preguntando si podría ir

a verlos a usted y a su padre alguna vez, pronto. ¿Tal vez mañana?

—Pero ¿por qué? No creo.

—Solo para… hablar… Sobre Marguerite.

Exasperada con él, impaciente por librarme de él, le dije bruscamente:

—No tenemos por costumbre hablar de Marguerite con extraños, he intentado explicarlo, señor Elke. No tenemos una «casa abierta» a los extraños. Si sabe algo sobre mi hermana que la policía debería saber, dígaselo a ellos. No nos lo diga a nosotros. Estamos sobrecargados por gente que nos cuenta cosas inútiles, y nos sentimos muy agotados.

Deliberadamente me di la vuelta y me alejé andando del bigotudo, panzudo y jadeante «Howard Strucht». Temiendo que me siguiera, con más sinsentidos nostálgicos y aduladores. Pero no lo hizo.

Aunque dijo detrás de mí, en una voz matizada con ironía, como un adolescente herido:

—Bueno… ¡adiós! Ha estado bien conocerla.

Me reí para mis adentros. No miré atrás. Pensaba: «No, no ha estado bien. Pero es lo mejor que puedes hacer».

32

«*Misión secreta*». Volviendo a casa a pie, fastidiada por haberme visto obligada a aguantar un hostigamiento para entrar a mi propia casa atravesando una ruidosa cohorte de reporteros en la calle, al menos dos equipos de cámaras de televisión, y mirones que la policía de Aurora mantenía a cierta distancia, ¡gracias a Dios por el vallado de hierro forjado de dos metros que rodea nuestra finca!… extraños vulgares haciéndome preguntas groseras, a quienes ignoré con un digno desdén; luego, dentro de la casa, más fastidio al ver varios rostros familiares en el salón, con Padre, entre ellos el de mi inmadura prima Denise, todos aquí con el pretexto de consolar y apoyar. Es decir, como bien sabía yo, para sonsacar las últimas noticias sobre Marguerite y transformarlas en desvergonzados chismorreos en cuanto salieran del edificio.

«¡Ahí está!», susurró uno de ellos, a la vez que Denise me llamaba de repente: «Oh, Georgene, espera», cuando yo subía la escalera observándola con el ceño fruncido y una mirada de desprecio imposible de malinterpretar.

No-te-atrevas-a-seguirme.

Muy decepcionada con Padre. Muy decepcionada con Lena que había osado permitir la entrada a estas sanguijuelas en cuanto yo había salido para ir caminando hasta la escuela.

Por la mañana regañaría a Lena. No dejes entrar a nadie a la casa da igual quien sea. Da igual lo que diga Padre. Para proteger a Padre hemos de ser prudentes.

Ah, tenía que reírme, como M. se habría reído: cómo es que

parientes de los que no habíamos sabido nada durante años nos llamaban de repente, muy interesados por nosotros, hablando con voces serias, apremiantes. Cada uno de ellos con alguna teoría absurda sobre dónde podría estar M., qué podría haberle ocurrido, recordando el *misterioso problema* que tuvo cuando estaba en tercer año en el instituto sobre el que sabían poco de lo fundamental salvo (¡pues claro!) que tenía que ser, de alguna manera, sexual; recordando *aquellos años* que vivió en Nueva York donde (¡pues claro!) seguro que había conocido a gente peligrosa, se habría mezclado con la gente *inadecuada*, ¿una parte (secreta, sórdida) de su vida que ahora se manifestaba en Aurora? Incluso los parientes que habían apoyado a M. no habían sabido qué pensar de su carrera de escultora: ¿eso era una *cosa buena*, algo de lo que *estar orgullosos*, que M. hubiera adquirido fama fuera de su ciudad natal o era (en algún sentido) preocupante, incluso escandaloso, que M. se hubiera obviamente mezclado, en Nueva York, con personas sospechosas como (por ejemplo), cómo se llamaba, ese artista pop desaliñado, farsante y con peluca? ¿Andy Warhol? Metida en drogas, orgías. Y (cabe la posibilidad) *lesbianas*…

Por mucho que sintiera resentimiento por mi hermana, más resentimiento sentía por ellos. Si tuviera que elegir, no dudaría: elegiría a mi hermana.

Sin aliento, ya en mi habitación, ¡cerré la puerta con llave! Anticipándome a que Denise se atreviera a subir y llamar.

Como si, hace años, Denise hubiera sido amiga mía, y no exclusivamente de M. Como si, de hecho, al igual que nuestras otras primas, ella no me hubiera ignorado completamente, en cuanto resultó evidente que yo no iba a ser una niña-niña como sus hermanas menores.

No solo cerré mi puerta con llave, porque las cerraduras de nuestra casa no siempre eran seguras, arrastré una silla hasta allí para mayor seguridad.

Sentada en mi cama, jadeando. Mi cama sin hacer durante días. Porque yo mantenía a Lena fuera de mi cuarto. Mientras M. vivía en casa yo había estado obligada a cumplir las leyes de la casa,

permitiendo que asearan mi habitación, le pasaran la aspiradora, que estuviera limpia y ordenada como el resto de la casa, pero ahora que M. ya no estaba yo había vuelto inmediatamente a los placeres de la vida salvaje. *Gracias, Lena. Pero soy perfectamente capaz de mantener limpia mi propia habitación*.

Entusiasmada por el robo, en la mismísima presencia de Elke; pensando que, si M. lo hubiera sabido, le habría impresionado la sangre fría de su hermana menor, aunque le enfureciera la violación de su privacidad.

—Pero de ahora en adelante ya no tienes «privacidad». Eres una *persona desaparecida*.

Riéndome, porque me imaginaba la consternación en el rostro habitualmente sereno de mi hermana.

Riéndome, porque abajo había visto la sorpresa y el asombro en el rostro de Denise: el darse cuenta de que su joven e insignificante prima Georgene había ascendido, de algún modo que todavía no estaba claro, a un puesto relevante, un personaje a quien los equipos de cámaras de televisión llamaban, y los reporteros intentaban entrevistar; nada de eso podía haberse predicho apenas unos días antes.

—Sí, os he sorprendido, ¿verdad? A todos vosotros.

El corazón me latía aceleradamente. Me sentía mareada, casi alegre. No ebria… algo bebida.

Aunque algo de terror, también… porque había ido demasiado lejos, finalmente.

Y por eso, al abrir el cuaderno de bocetos de M. me sentí decepcionada al principio: al ver que parecía no ser más que una serie aleatoria de bocetos, un diario de artista de dibujos a medio terminar, algunos de ellos muy pequeños y finos, a lápiz; algunos a carboncillo; unos pocos a pastel, incluso algunas acuarelas ejecutadas rápidamente: con encanto pero inconsecuentes.

Páginas y páginas de lo mismo. A veces añadidos de recortes de prensa amarillentos: exposiciones de arte, artículos de *Art News, New Yorker* y *Fine Art Connoisseur*. (Uno de estos artículos, sobre Brancusi, era de la propia *M. Fulmer*… yo no tenía idea de que M.

publicara en esas revistas; nunca me lo había enseñado).

La mayoría de las figuras dibujadas eran formas abstractas, apuntes para esculturas de M. Colores pálidos, anémicos. Elegantes, oníricas. Pero precisas. Pero… *aburridas*.

Entendí que a Elke le exasperara la obra de mi hermana: un temor al cuerpo, el «cuerpo femenino». Como agresor sexual el «alce» solo podía sentir desprecio por «m.». La única crítica seria que M. Fulmer recibió había sido de algunos críticos esporádicos que la censuraban por omitir, descuidar o negarse a explorar temas feministas radicales más obvios del tipo encontrado en el arte llamativo de Marisol, Frida Kahlo, Cindy Sherman, Nan Goldin (*La balada de la dependencia sexual*). «A pesar de su destreza técnica —que es considerable—, M. Fulmer encuentra refugio salvando el obstáculo, se acobarda ante una confrontación política con temas a los que se enfrentan artistas más valientes de nuestro tiempo».

Bueno, esto me irritaba. Cualquier ataque contra *M. Fulmer* hacía surgir mi hostilidad. ¡Cómo se atrevían! Locas feministas.

M. no se había dignado defenderse, que yo sepa. Uno de los recortes de prensa informaba de una «animada mesa redonda» de mujeres artistas, entre ellas *M. Fulmer*, en el Museo de Arte de Brooklyn en octubre de 1987, pero la foto que lo acompañaba mostraba a M. tranquila, serena, sin sentirse amenazada, entre las mujeres *artistes* de aspecto radical.

Sin embargo, podías ver al pasar las hojas del cuaderno de bocetos, que, para M., las formas abstractas estaban relacionadas con el cuerpo femenino, o con expresiones (secretas) de él. Al mirar con más atención pude ver que M. empezaba con una representación «realista» de una figura humana desnuda que luego se iba haciendo cada vez más abstracta como si su esencia se fuera revelando cuando sus detalles superficiales se eliminaban. De hecho, había algo excitante en esto, como si uno pudiera ver a escondidas el interior del cerebro de la artista. Varios bustos femeninos, cada uno extraordinariamente explícito, con pezones diferenciados, aréolas, imperfecciones en la piel, eran transfigurados gradualmente en formas ovoides en las que solamente se habían conservado

características apenas perceptibles, si uno sabía dónde mirar, cómo descifrar.

Lo mismo con vientres, muslos y nalgas femeninos. Tobillos, brazos, codos, hombros. Menos claras, formas que podrían ser genitales femeninos: vagina, labios, vulva. Sin embargo, ni una sola indicación de vello púbico.

—Esa es la «misión secreta», ¿no?

Mientras pasaba las páginas del cuaderno de bocetos me llegué a preguntar si me estaba imaginando estas cosas. La artista se pierde a sí misma en lo específico, se redime a sí misma en lo abstracto. Sentí el tirón de la obsesión, la locura. ¿Por qué dedicaban tanto tiempo los artistas a observar, registrar, componer y recomponer? ¿Cuál podría ser el motivo?

Con todas mis fuerzas quería gritar: «¡Basta! Para».

Con todas mis fuerzas quería rasgar estas páginas en las que M. había trabajado fanáticamente, hora tras hora.

Me preguntaba por qué, si M. podía dibujar tan bien, malgastaba su tiempo con estas abstracciones aburridas. Era sorprendente, M. podía dibujar algo tan corriente como el codo, la muñeca, el tobillo, la oreja de una mujer, y hacer que resultara vivido, «vivo». Y a la vez, el dibujo evolucionaba a una abstracción en la que el original era visible como podría ser visible un espectro flotando en el interior de la figura.

Pero en el cuaderno también había dibujos de paisajes: realizados con gran delicadeza, rayados cruzados, vistas del lago Cayuga desde la ventana de M. Delicadas acuarelas pequeñas, desvaídas, el papel arrugado y rasgado.

La luz de la luna en el lago, una flotilla de nubes de tormenta, tejos colmados de nieve… estos dibujitos rápidos tan bien hechos me dejaron sin aliento, eran tan exquisitos…

Maleza en la tierra de nadie por detrás de nuestra finca. Huellas en el barro de pies y pezuñas plasmadas con un grado de detalle inquietante. Un conejo, paralizado, mirando, con los ojos muy abiertos.

Mi hermana tenía un gran talento. Todo era verdad, no se

exageraba.

Tenía la boca seca. Tragué compulsivamente. Sentí una oleada de algo parecido al terror, que esta artista con tanto talento, mi hermana M., hubiera *desaparecido*…

Y qué extraño, qué tesoro oculto, ¡este cuaderno de bocetos con la tapa estropeada! Algunas de las páginas parecían manchadas de agua.

Me preguntaba si el cuaderno de bocetos de M. contenía su trabajo más auténtico, el trabajo que ella sentía más profundamente, mientras que las esculturas formales y gélidas serían su yo exterior, un disfraz. Una forma protectora de armadura, una belleza «clásica».

Pero cerca del final del cuaderno había dibujos más burdos, garabatos. Caricaturas de rostros. Hechas con destreza como se hacen las tiras cómicas, con tan solo unas pocas líneas. M. en plan travieso: Popeye, el personaje, había sido modificado ligeramente, como caricatura de uno de nuestros ancianos tíos Fulmer de más edad. Había imaginado a la presumida tía Ellen como la grotesca duquesa de *Alicia en el país de las maravillas*, con una cabeza enorme, el rostro fláccido, sintiendo lástima por sí misma.

Y aquí había un rostro familiar, de matón… ¿Elke? Solté una carcajada al ver cómo había captado M. al autoengrandecido *artiste* con solo unas hábiles líneas a carboncillo: ojos predadores porcinos, nariz bulbosa, pelo facial escaso y enmarañado, absurdos cabellos de *hippy* cayendo en cascada sobre los hombros como una peluca. ¡Perfecto!

¿Cómo se sentiría Elke si supiera que M. lo percibía así? No como un artista compañero sino como un charlatán con un destello de macho predador en los ojos.

Un buen amigo de Marguerite… Algo más que un «amigo»…

¡Qué idiota! ¿Elke estaría enamorado de M.? La verdad es que parecía haberse pegado a mí, y había sido complicado sacudírmelo de encima.

En las siguientes páginas me impresionó encontrar pequeños y bien realizados retratos de Madre y de Padre.

Había muchas de estas miniaturas. Me preguntaba si M. habría

dibujado del natural, observando a nuestros padres cuando ellos no tenían ni idea de que estaban siendo observados; o si los recordaba tan vívidamente en su memoria.

Estos retratos no eran caricaturas, no eran crueles. Los había realizado a conciencia, como camafeos del siglo XIX, como de personas que ya no están vivas.

En especial me sorprendió ver a Madre de forma tan inesperada. La mujer anciana de aspecto fatigado que aguantó meses de (inútil, extenuante) quimioterapia… que yo intentaba olvidar. Pero también la mujer más joven y más segura, una mujer de aspecto bastante regio, como una Grace Kelly de rostro algo más grueso, sonriendo a quien la mira.

¿Sonriéndome a mí? ¿Madre me está sonriendo… a mí? ¿Me está perdonando?

Yo no la había perdonado a ella, por caer enferma como lo hizo. Como si su enfermedad hubiera sido un reproche hacia mí. Pueril, injusto, aunque en aquel momento yo no era una niña, sino una adolescente mayor.

Bueno, *no soy perfecta*. Nunca he dicho que lo sea.

A diferencia de M., que se tomó un gran interés en los antecedentes de nuestra familia, como un antropólogo podría tomarse interés en individuos nativos, yo nunca he querido saber mucho sobre nuestros padres o abuelos.

Que Hilda y Milton Fulmer eran mis padres era todo lo que me interesaba, esencialmente. Yo no quería pensar en que ellos habían tenido vidas completas de adultos antes de mí, antes de la idea de mí. En especial, no quería pensar en que mis padres hubieran tenido vidas románticas, vidas eróticas, que hubieran sido jóvenes alguna vez, más jóvenes que yo ahora. No quería pensar —*no podía soportar pensar*— que ellos (seguramente) se hubieran decepcionado de mí.

La hermana más joven, la hermana menos «favorecida». Como en un cuento de hadas, tenía que haber una Princesa y una Mendiga. Nada en medio.

Por supuesto, Madre había tenido sus dificultades con Marguerite, que se había negado a cumplir con las expectativas de

Madre. ¿M., una *debutante*? Se habría reído en la cara de Madre solo de pensarlo.

A pesar de todo, Madre había preferido a M. antes que a G., eso no hace falta decirlo. Y Padre, por supuesto.

Estaba claro que habían querido a M. mucho más de lo que me habían querido a mí; eso, en buena lógica, no podría ponerlo en duda porque, en su lugar, yo también habría querido a M. mucho más que a G.

Si una de las hijas Fulmer tenía que «desaparecer», ¡cuánto más preferible habría sido que fuera G.!

Los retratos que M. había hecho de Padre eran igual de sugerentes, muy reales. Joven, como podría haber sido en la treintena, rostro adusto pero amable, con la aristocrática «mandíbula prominente» que yo había heredado de él, así como la anchura de la frente. Los rasgos más atractivos de Milton Fulmer, sus ojos grandes e inteligentes, la línea de su nariz «romana», que yo no había heredado, desafortunadamente.

Y aquí estaba Padre ya mayor, menos seguro. Mejillas arrugadas, bolsas de piel suelta bajo los ojos. Todavía guapo, de un modo lánguido y ajado, como Clark Gable de mayor. El cabello empezando a escasear aunque blanco como la nieve. *Viudo*; eso me impactó. Yo no había pensado en Padre de esa forma, como un esposo que ha perdido a su esposa, hasta verle en el cuaderno de bocetos de M.

De hecho, nunca pensé en Padre como nada más que *mi padre*. Me incomodaba mucho pensar en él en relación con alguien más.

Qué impresión tan fuerte, examinar esos retratos. Darte cuenta de que cada persona, de las innumerables personas que viven y han vivido, tiene una personalidad bien diferenciada: única.

No relacionada conmigo en absoluto…

—¿Oye? ¿Eres… Denise? —la llamé porque había oído, o creía que había oído, pisadas al otro lado de mi puerta.

Silencio. Nadie.

—¿Hay alguien ahí? ¿Hola? Por favor, vete.

Pero no era nada. Evidentemente.

Después de un buen rato, empecé a relajarme: ni la avasalladora Denise se habría atrevido a seguirme escaleras arriba.

Teniendo en cuenta la forma en que la había mirado. *¡Vete al diablo, Denise!*

Volviendo al cuaderno de bocetos, tenía que reconocer lo extraordinario que era, cómo había «captado». M. a nuestros padres. Eran miniaturas exquisitas, más valiosas que las fotografías. Las lágrimas me empañaron los ojos. En realidad, me habría gustado compartirlo con alguien, como Denise, pero es que, bueno, *es que yo odiaba a Denise*.

Cuando era más joven había tenido alguna vaga idea de ser también *artiste*. Poesía, la poesía parecía más fácil que cualquier otra cosa. Garabatear en un cuaderno algo rudimentario y sin revisar como los poetas *beat*, porque Alien Ginsberg dio un consejo extravagante *¡La* primera *idea es la mejor idea!* No la reescribas nunca.

Y, por lo tanto, yo nunca había reescrito. Escribía corriendo líneas de poesía, arrebatos de temperamento, lamento, envidia, resentimiento, desdén, sarcasmo, reproche, indignación. Cuando volvía a leer estas líneas más tarde veía que no eran más que… «emociones». No tenía la paciencia o la astucia para convertir esos arrebatos en poemas de verdad: sea lo que sea el arte, yo no podía lograrlo.

Qué lástima que M. no hubiera convertido estos tiernos retratos en arte más permanente. Tal vez temía parecer sentimental. O no lo suficientemente sentimental.

Ninguna de las esculturas de M. guardaba algún parecido con personas reales, las impresiones íntimas del cuaderno de bocetos permanecerían en secreto para siempre.

(A menos que yo las revelara. Tarde o temprano).

Después de estos retratos de nuestros padres había dibujos a carboncillo de una persona joven de rostro feroz con irascibles ojos saltones, la mandíbula prominente Fulmer, cabello desaliñado, con una expresión entre la angustia y la rabia: ¿era… yo?

Los miré una y otra vez. Durante un momento de debilidad,

pensé que iba a desmayarme.

¿Cómo había visto M. la angustia en mi alma? Yo había disimulado mucho, eso pensaba.

El rostro no era feo, aunque estaba lejos de ser hermoso. Ni hombre ni mujer. Los ojos eran increíbles por su ferocidad. No había maldad en el retrato, solo una especie de simpatía, o de compasión por parte de la artista.

Ya ves, M. te quería. Por lo que eres.

Un pulso caliente me latía en el cerebro. No podía soportar la idea de que otra persona viera un retrato mío así, tan expuesta.

Si M. me hubiera dibujado fea, como soy —si me hubiera dibujado mala, irónica, cruel, desleal, infantil—, eso, quizá, podría perdonarlo. Pero no esto: angustia en carne viva, transformándose en terror.

Rápidamente arranqué la página, la rompí en pedazos.

Quiero destruir todo el cuaderno, pero no: podría ser muy valioso algún día.

Si soy la albacea de los bienes de M., quiero conservar documentos tan inestimables.

Si M. continuaba *desapareada*, podría haber exposiciones (póstumas) de su obra. ¡Quería estar preparada!

Fueran cuales fueran mis sentimientos personales sobre el cuaderno de bocetos.

Plegado en la parte de atrás del cuaderno había un borrador de una carta escrita a mano con fecha del 22 de febrero de 1991, dirigida a un administrador de la Academia Americana de Artes y Letras de Nueva York. Le eché un vistazo rápido, solo al volver a leerla me di cuenta de que era una carta para rechazar un prestigioso premio.

> Gracias por el gran honor del Prix de Rome. Desearía poder aceptar esta generosa oferta de una beca de un año en la Academia Americana de Roma, pero, por razones familiares, creo que es necesario que permanezca en Aurora por el momento.
>
> Puede ser que, alguna vez en el futuro, haya alguna posibilidad de que pueda aceptar esta beca, así que espero que conserve mi nombre.

Pero, si no, gracias de nuevo por este gran honor, que lamento no poder aceptar.

Razones familiares. ¡M. había rechazado este premio por Padre y por mí! Sin ni siquiera decírnoslo.

Sin duda, le preocupaba que me pasara algo a mí si se iba. O a Padre. O a ambos.

De qué podría ser ese algo no tenía ni idea.

A menudo acusaba a M. de querer irse de Aurora, volver a Nueva York y a su vida «de *glamour*» de allí. Me reía de ella, le tomaba el pelo y la atormentaba, porque francamente me aterrorizaba esa posibilidad, únicamente Padre y yo solos en la casa, donde algo terrible podía ocurrir en cualquier momento…

Con serenidad, M. había insistido en que no, no tenía planes de irse de Aurora. Ella estaba «muy feliz» y «muy productiva» en Aurora; estaba «muy agradecida» por su residencia en la universidad.

Permaneciendo en Aurora para evitar que le pasara algo terrible a G.

Pero en lugar de eso, algo terrible le había pasado a M.

Ahora, mis ojos derramaban lágrimas. Ahora, sollozos roncos salían de mi garganta.

33

«*Retratos de mortalidad*». Empezaron a darse informes alarmantes, que uno de los colegas artistas (varón) de M. en la Universidad de Aurora se estaba «comportando de forma extraña», «sospechosa», durante el periodo de desconcierto que siguió a su desaparición.

El tal Elke —por supuesto, ¡tenía que ser Elke!— hablaba de forma incoherente e imprudente sobre M. a cualquiera que le escuchara. Decía tener «información íntima»; decía ser su «mentor». Al poco tiempo se comportaba como si él dirigiera su propia investigación privada: tenía la desfachatez de cuestionar, incluso de «interrogar», a otros en la escuela sobre sus relaciones con M.; tenía la desfachatez de acercarse, o intentar acercarse, a los parientes de M. de Aurora. (Por supuesto, Padre y yo nos negamos a verle). Se llegó a comentar que Elke parecía estar genuinamente preocupado por que M. se hubiera «topado con algo turbio», que pudiera estar «presa en alguna parte, contra su voluntad»; pero sus modales eran agresivos y amenazadores y sus preguntas groseras e inapropiadas, como si fuera no un colega preocupado, sino un amante celoso.

De lo que Padre y yo oímos, por emocionados informes de parientes cotillas, Elke había intentado inmediatamente unirse a la investigación policial diciendo que tenía «conocimiento íntimo» de la vida de M; había hecho innumerables llamadas telefónicas a la policía dando voluntariamente información que la policía ya conocía o de poca trascendencia o inexacta. Elke se jactaba ante los detectives de Aurora de que, aunque la familia Fulmer lo iba a negar «enérgicamente», él era más próximo a Marguerite que cualquiera de

su familia. Había sido él, Elke, el responsable de que M. Fulmer fuera contratada en la universidad. Él había sido «confidente durante mucho tiempo» de M., además de su mentor.

Los detectives no tardaron en sospechar de Elke. Varias veces se presentó en la comisaría oliendo fuertemente a alcohol. Hablaba a ráfagas, en monólogos erráticos; y luego, de repente, se preguntaba en voz alta si debía «buscarse un abogado» antes de decir más. Hacía veladas insinuaciones sobre una «misión secreta» de M. en la que él había sido un «colaborador de confianza» pero se negó a dar más detalles.

Cuando los detectives le preguntaron a Elke sin rodeos si él y M. habían tenido «relaciones», Elke dijo astutamente: «Mire, esa pregunta es personal. Un caballero sabe ser discreto».

Interrogado sobre dónde había estado el 11 de abril, preguntó otra vez si debería contratar a un abogado. «¿Adónde lleva esto?».

Se dijo que Elke se alegró enormemente cuando la policía le tomó las huellas dactilares.

—Pero ¿van a dejar que ese hombre se vaya? —protestó Padre —. ¿Dejan que se marche… y ya está?

Yo también pensaba que era raro: el típico trabajo policial mediocre de un pueblo. Aunque no tenían pruebas que relacionaran a Elke con la desaparición de mi hermana, se podría pensar que la policía de Aurora desearía al menos hacer que pareciera, de cara al público, como si estuvieran *intentando encontrar algún sospechoso*.

Después de mi visita al estudio de M., y nuestro incómodo encuentro en la escuela, Elke parecía suponer que había algún tipo de relación entre nosotros. ¡Desde luego, no alentada por mí!

El extravagante *artiste* se atrevió a venir varias veces a nuestra casa, y Lena no le permitió entrar. Dejaba notas que yo leía rápidamente y hacía pedazos. Llamaba y dejaba mensajes que eran borrados (por mí) sin escucharlos. Una vez dejó un ostentoso ramo de flores en la entrada —fragantes lirios blancos, claveles blancos y rosas blancas envueltas en papel tisú— con una nota garabateada:

«Mis condolencias, por nuestra pérdida mutua, tu amigo Elke».

Por supuesto, pensé que este ramo era un atrevimiento, además de una ridiculez. Lo hubiera tirado con desprecio a la basura, pero a Lena le maravilló su belleza, y a Padre le cautivó el aroma de los lirios (sin saber quién nos los había dejado, porque yo no tenía intención de alarmarle), así que muy a mi pesar conservamos las flores, en un jarrón de vidrio tallado, en el espacio que utilizábamos con más frecuencia: la cocina.

Por las muchas dependencias de nuestra casa, vagaba el aroma de los lirios… seductor, fantasmal…

Poco después de esto, el panzudo y bigotudo *artiste* con el mono manchado de pintura entró en la oficina de correos de Mili Street ¡con el pretexto de comprar sellos!

Me puse colorada al ver a Elke tan cerca: en la cola de mi ventanilla, a pesar de que la de la otra ventanilla era más corta.

(En la oficina de correos de Mili Street no vemos razón para llevar a cabo nuestras tareas con rapidez. Al principio fui yo quien marcó el ritmo, irritando a mis compañeros con mi metódica manera de atender a los clientes; pero pronto idearon una especie de competición no declarada conmigo, para ver quién avanzaba más lentamente, con una exasperante atención a los detalles. Los clientes que no están familiarizados con nuestra sucursal de correos están perplejos ante la lentitud con la que avanzan las colas; los que sí están familiarizados, los que viven en el barrio, han ido acostumbrándose, con una desconcertante especie de resignación. Porque *somos funcionarios*, no es tan fácil que nos despidan).

Así que una tarde Elke apareció, mirándome fijamente, atreviéndose a sonreír detrás de su desaliñado bigote, ¡como si no le hubiera rechazado un montón de veces! No tenía más remedio que atenderle, ya que acababa de ausentarme un buen rato para ir al baño, y mis compañeros habrían protestado en voz alta si me escabullía de nuevo tan pronto; pero decidí no mirar a Elke, no reconocerle e ignorar su ridículamente melosa voz saludándome con afecto, como si fuéramos viejos amigos.

Después de comprar una hoja de sellos, Elke me preguntó si

podíamos vernos cuando cerrara correos a las cinco de la tarde para ¿tomar una copa?, ¿un café?

Las mejillas me latían por el calor. Irritada, le dije entre dientes:

—¡Yo no bebo! ¡No me gusta el café!

Aun así, el corazón me palpitaba como a una tonta. La forma en que Elke me estaba mirando, con una leve sonrisa picara, algo juguetona, no tan arrogante ni grosera esta vez, no me la esperaba.

En parte temía que Elke deambulara dentro de la oficina de correos, o que me esperara fuera; pero no lo hizo.

Aquella noche en mi habitación en mi cama desvelada tumbada en la oscuridad escuchando cómo la campana de la Universidad de Aurora daba las primeras horas de la mañana.

¿Por qué había rechazado M. a Elke, no era lo bastante bueno para ella? ¿Algún hombre había sido lo bastante bueno para la Princesa?

Por casualidad, en uno de mis largos paseos, mientras iba dando vueltas a las cosas, decidí impulsivamente visitar la Biblioteca Pública de Aurora (a la que yo había estado boicoteando durante años desde un contratiempo con una de las petulantes bibliotecarias solteronas cuyo nombre no voy a mencionar) donde había varios retratos de Elke colgados en una exposición con el nada prometedor título *Artistas del condado de Cayuga*.

No se podía negar que los lienzos de Elke destacaban entre las típicas acuarelas bonitas-ñoñas, generalmente insípidas, de crepúsculos, del lago Cayuga a la luz de la luna, caballos diminutos infantilizados en campos nevados. Saltaban a los ojos como gritos insultantes.

Tres pinturas, bastante grandes, de figuras desnudas sentadas o reclinadas en interiores con poca iluminación: hasta donde pude determinar (porque no quería ser observada mirando demasiado de cerca esas imágenes), el sexo de las figuras no estaba claro porque el pintor había hecho que sus rostros y cuerpos carnosos se derritieran mientras los fondos (empapelado de la pared, un muro de ladrillo) se representaban con una precisión sobrecogedora. Una de las figuras

parecía ser una mujer, sin forma, como una gran medusa al borde de lo transparente. Mechones de cabello teñido de rojo, ojos como peces flotantes. Espesos pegotes de pintura pálida a los que yo no quería mirar demasiado de cerca, temiendo que se cohesionaran en pechos como ubres. El título: *Musa*.

Con letras negras estilizadas, orgullosamente colocadas en la esquina inferior derecha de cada cuadro, ponía *ELKE*.

El corazón me latía con fuerza por el rechazo. ¿A esto lo llaman arte?

Yo sabía poco y me importaba menos el arte del siglo XX… tanto si esa obra experimental había recibido la influencia de Picasso como de Andy Warhol o Walt Disney. Sin embargo, no sentía ninguna ambigüedad respecto a las pinturas de Elke: eran molestas, perversas.

Salí de la biblioteca rápidamente, antes de que la bibliotecaria solterona me viera, para poder respirar.

Al día siguiente camino impulsivamente a la Universidad de Aurora donde en los pasillos de la Escuela de Bellas Artes (como ya había recordado de mi visita anterior) había obras de los profesores; y también aquí, varias pinturas de Elke parecidas a las de la biblioteca, grandes desnudos descarados y carnosos con rostros derretidos y ojos en carne viva, contra fondos cuidados, trabajados.

Sin embargo, sí que mirabas. No podías evitar mirar.

Ninguno de los demás profesores de la escuela había creado algo tan llamativo, aunque desagradable, como Elke. En un pedestal había uno de los ovoides blanco intenso característicos de M., de unos cuarenta y cinco centímetros de altura, parecido a una cabeza humana incorpórea y ligeramente deformada, con superficies alisadas donde podría haber habido ojos, orejas, nariz, boca: *Alma 1*. Al verlo sentí una pequeña puñalada por la pérdida. Una de las esculturas más modestas de M., más insignificante que pretenciosa ahora que su creadora parecía haberse esfumado de la faz de la tierra.

Al ver que no había nadie en el pasillo acaricié la cabeza con cuidado. No quería que cayera y se hiciera añicos.

Esperaba sentir solo una suavidad lisa en las yemas de los dedos, pero por el contrario sentí, con un estremecimiento, algo como diminutos jeroglíficos grabados en la piedra, imperceptibles a la vista.

Así que ha dejado mensajes secretos, ¿eh? Para que el mundo los descifre después de que ella se haya esfumado.

Es decir, si M. se *hubiera* esfumado. Porque por supuesto nadie se *esfuma*, como nadie *desaparece*.

En una sala cercana había más pinturas del omnipresente Elke: «Retratos de mortalidad». Estas eran, si cabe, más agresivamente provocadoras que las colgadas en lugares más públicos: no borrosas e impresionistas, sino increíblemente realistas, carne y flaqueza humanas en despiadado primer plano.

Todos eran desnudos reclinados, presentados de frente. No carne erótico-romántica (¡no Renoir!), sino desnudez cruda del tipo que rara vez se ve en el arte clásico; piel con textura: pliegues, espinillas, arrugas, lunares, manchas solares, sarpullidos, estrías, surcos, no piel tersa, sino pastosa y rugosa. Piel que parecía haber sido guisada, dejada al sol para que se cociera. Piel floja, y piel embutida hasta casi reventar como la de una salchicha. De nuevo, los ojos de mirada dura e intensa que daban lástima, y a la vez sentían lástima.

¿Te crees que no eres uno de nosotros? ¡Pues lo eres!

Eran feos, obscenos. Si yo fuera miembro del patronato de la universidad, pensé, exigiría que retiraran la obra de Elke del escrutinio público.

(Por supuesto, Padre era miembro del patronato. Pero yo no le habría molestado con una petición tan nimia).

Ni siquiera las figuras (relativamente) más jóvenes se habían librado de la crueldad de la despiadada mirada masculina. Carne blanda oscura bajo los ojos, dientes grisáceos, rostros colgantes de sapo. Mamas con forma de cono, pechos hundidos, vientres caídos, tobillos hinchados. Salvo por las mamas fláccidas y las briznas de pelo púbico de las ingles, apenas podías identificar a las mujeres; los hombres, aquejados con brillantes sacos genitales como de bocio, se

identificaban todos inmediatamente.

¿Quiénes eran esas personas, quién se atrevía a posar para Elke? Serían amigos o conocidos: *Harvey, Millicent, Ella, Otto, Micah*.

No modelos profesionales, obviamente. Pero ¿por qué diablos habría posado alguien para Elke? ¿Cómo podría alguien optar por tal autocastigo?

Aun así, los «retratos de mortalidad» estaban bien ejecutados, supuse. Elke tenía una mirada propia, aunque mezquina, y Elke poseía la habilidad técnica para plasmarla. Yo no podría haber conseguido nunca esa precisión concienzuda, ese realismo visto tan de cerca como a través de un telescopio, tenía que admitirlo.

Me preguntaba si, a pesar de sus diferencias, M. había admirado a Elke, a regañadientes. Habría sentido repugnancia por el macho jactancioso, pero, tal vez, no por su trabajo. Yo sabía que M. admiraba a artistas muy diferentes de ella: O'Keefife, Hopper, Rothko, Picasso y Matisse.

De pie muy cerca de *Harvey*, casi podía ver el ralo vello gris del pecho grasiento del hombre moverse apenas perceptiblemente con mi respiración. La obscena piel brillante de los genitales marchitos, realísticamente alarmantes, incómodamente cercanos a mi mano izquierda…

—¡Eh! ¡Hola!

Me giré sobresaltada y vi a Elke detrás de mí, con aspecto de estar muy pagado de sí mismo.

—Me había parecido que era usted, señorita Fulmer… ¿Georgia? ¿Georgina? Creía haberla visto en el pasillo.

Me sentí muy abochornada, y solo quería irme de la exposición. ¡Huir!

Pensando al mismo tiempo: «Ha preguntado por mi nombre. Está interesado en mí».

—Es «Georgene», si es que le interesa —hablé con frialdad, aunque sentía que me ponía colorada.

—Ah, «Georgene». Una de esas feminizaciones raras del nombre masculino que consigue sonar más masculino que el original. «George» es un nombrecito trillado, poco memorable:

«Georgene» posee *gravitas*.

Gravitas. Pensé que conocía su significado. No *pesadez, torpeza*, sino seriedad, con dignidad.

(Tenía que admitirlo, nunca antes lo había pensado. Mi nombre me había parecido apropiado para mí, una especie de dinosaurio desmañado, asexuado y torpe).

(Lo odiaba, que ese nombre fuera una feminización de un nombre de hombre. Pero me lo habían puesto por una mujer, evidentemente. Otro insulto).

Me pregunté si Elke se quedaba en su estudio a la espera, inquieto y pendiente, para ver si alguien aparte de sus alumnos de arte iba tranquilamente por el pasillo; si alguien visitaba la exposición de la sala (vacía).

Había cierta excitación en el rostro de Elke, una resplandeciente especie de anticipación. Mi sensible nariz detectó un toque apenas de *whisky* en su respiración.

—Me halaga que le interese mi obra. Hay algunos «retratos de mortalidad» en colecciones privadas, ¿sabe?, en Aurora y también en Ithaca. El museo del capitolio del estado ha adquirido un lienzo mío muy importante y hay una venta pendiente para el museo de Corning. ¿Tiene alguna pregunta sobre los «retratos de mortalidad»? Utilicé un tipo de pincel particular para *Haryey* con el fin de conseguir esa textura de la piel; y el tono de la piel… yo mezclo mis colores, ¿sabe?

Elke sonaba entusiasmado, comunicativo, sociable; aquí estaba el yo público del hombre, al que le encantaba recibir atención. Sin duda atractivo para cierto tipo de mujer culturalmente simple.

Pero yo no era de esas. No quería oír su rimbombancia. Le expliqué a Elke que no podía entretenerme. Me esperaban en casa. Que, en realidad, ya se me había hecho tarde para volver a casa.

Sin inmutarse, Elke siguió amigablemente a mi lado mientras salía de la sala. Era un hombre corpulento aunque caminaba con relativa rapidez, igual que un oso a dos patas. Como si fuéramos viejos amigos, me confió que tenía influencias de la «mirada despiadada» del británico Lucían Freud, así como de Francis Bacon.

—Somos una especie de tríada, creo. Los historiadores del arte se darán cuenta. A mediados del siglo XX, Freudy Bacon fueron pioneros en un tipo de hiperrealismo de pesadilla en cuanto al cuerpo, a finales del siglo XX Elke desarrolló esta visión hasta su conclusión estética, y la llevó un poco más allá.

¡Qué descarado egotismo!… *Freud, Bacon, Elke*, en la misma frase.

—A mí me han atacado los filisteístas culturales como a Freud y Bacon al principio —dijo Elke—, de hecho, probablemente más desde que opté por vivir en un sitio tan provinciano. Algunos miembros del Patronato se han quejado: a mi obra se la ha llamado «corrupta», «obscena», «anticristiana». Pero soy profesor titular, no se atreverán a despedirme. Sería muy mala publicidad para la Universidad de Aurora, que dice admitir solo a los mejores estudiantes cuando, todo el mundo lo sabe, un tercio de las admisiones son por grandes donaciones.

Elke se rio entre dientes, pensándolo.

Ya fuera, era consciente de que Elke seguía muy cerca de mí, una figura avasalladora con mono manchado de pintura, cabello suelto agitado por el viento como un vikingo de televisión. Por los senderos los estudiantes nos miraban, curiosos, desconcertados. Dos o tres gritaron: *¡Hola, profesor Elke!*, sin hacer caso de lo tonto que era este nombre.

Yo podía ver que, cuanto más tiempo pasabas en presencia de este hombre, menos tonto parecía. Hay una especie de erosión, un desgaste, en la propia percepción de la estupidez, si el objeto de escarnio no da señales de reconocerla.

Elke se acariciaba el bigote con energía mientras hablaba del «enemigo burgués», «el adversario perpetuo del artista», «el reto particular del desnudo».

—Lo que el ojo ordinario ve como feo, el artista visionario lo transforma en belleza. Si te pones cerca de mis retratos (como he visto que estabas haciendo, Georgene) te conviertes en ellos. Dejas de ser el observador, frío, distanciado, como ocurre con las esculturas de M. Mi arte te invita a *entrar*, cobras conciencia de tu

humanidad y mortalidad compartidas.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué querría alguien cobrar conciencia de algo «compartido», y menos aún la «mortalidad»? Yo no.

Me reí, nerviosa. Turbada. La proximidad de Elke era un estímulo, un desafío. Al igual que Elke, me sentía audaz, temeraria.

—¡Ajá! A ti, también, como a tu hermana, te asusta el cuerpo, ¿a que sí? ¿Es el cuerpo femenino el que te asusta o el masculino? ¿O… ambos?

—Ninguno.

—¿En serio? «Ninguno».

Con su voz áspera y profunda Elke imitó mi propia voz. Me aprobaba a regañadientes, me pareció.

Nadie me había dicho algo así jamás. La mera insinuación de que, a ojos de alguien de mérito, G. pudiera ser en realidad más digna de admiración que M.

¡Por supuesto! Tú eres el tipo de Elke, directa y descarada. M. era demasiado reservada.

Como si Elke pudiera leerme la mente, dijo, con asombrosa precisión:

—Sí. Usted tiene los pies en la tierra mucho más que su hermana. Ella se veía a sí misma etérea.

¡Esto me halagaba! Cómo deseé que M. pudiera oírlo.

—Usted es, además, de un tipo físico muy diferente. Cuando camina, camina con solidez sobre los talones. Ella se mueve como una bailarina de *ballet*.

A pesar de que Elke parecía hablar en positivo, no me gustó mucho esta comparación. Le dije educadamente que tenía que irme ya, me esperaban en casa.

—¿Es usted *artiste*, Georgene? Creo que sí debe de serio… una intransigente.

Intransigente. Conocía esta palabra: una palabra que significa tozudez. Sí.

Con cuidado, le expliqué: yo no era *artiste*. Nadie había cuidado

con mimo mis pretensiones cuando era niña. Nadie me había provisto de excusas para llevar una vida egoísta. Había tenido que ser una hija «responsable» para mi madre cuando ella estaba enferma, y para mi padre que quedó destrozado cuando murió mi madre; yo no podía centrarme en mí misma, cuando se me necesitaba en otra parte. A diferencia de mi hermana a quien no le había importado irse a Nueva York y abandonarlos.

Elke rio entre dientes, divertido.

—Sí: los *artistes* son egoístas… autohipnotizados. Picasso dijo: «Nada me interesa tanto como el contenido de mi propia mente».

¡Como si fueras Picasso! Menudo chiste.

Me despedí de Elke educadamente: mi padre me estaba esperando en casa.

(¿Qué probabilidad había de que Milton Fulmer estuviera esperando a su hija a esta hora del día, cuando solía estar al teléfono con su asesor financiero de Nueva York? Pero Elke, el presuntuoso Elke, no podía tener ni idea).

Me fui a pie, colorada y jadeando. Pero sonriendo. ¡Sí!

Elke no me siguió. Pensé que me miraba de lejos con una leve sonrisa inamovible.

Ella, la hermana. ¿Cómo era el nombre? Georgene.

Cuesta abajo hacia Drumlin Road, que me llevaría, en menos de media hora, a la parte posterior de nuestra casa de Cayuga Avenue, oí la voz de alce macho berrear estruendosamente:

—¡Iré a verla, Georgene! Pronto.

34

Una visita de los detectives. Sin que el *artista residente titular* en la Universidad de Aurora lo supiera había sido objeto de pesquisas policiales en nuestra casa que empezaron poco después de la desaparición de M. en abril.

Como Elke se había convertido (¿deliberadamente?) en sospechoso para los detectives, naturalmente, nos preguntaron a Padre y a mí sobre él: si sabíamos si alguna vez había venido de visita a nuestra casa; si sabíamos si él y mi hermana habían tenido «relaciones de amistad o intimidad»; y si M. se había quejado de que Elke, u otra persona, la «acosara».

A estas preguntas, Padre y yo respondimos enérgicamente: No, no y no.

—¿Están seguros?

El detective de paisano nos miró dubitativo, como si fuéramos a cambiar de repente nuestra respuesta; como si fuéramos a recordar de repente una situación que hubiéramos olvidado inexplicablemente.

Porque esta es la (tediosa) forma de preguntar de los policías: otra vez y otra vez y otra vez, te hacen preguntas que tú respondes lo mejor que puedes; aun así, te van a preguntar otra vez, otra vez y otra vez, y tendrás que ejercitar la paciencia, no ponerte sarcástica y decir: *¿Es que no me estaba escuchando? Ya le he respondido a esa pregunta necia*.

Sin embargo, la última vez que los detectives preguntaron por Elke me vino un pronto malicioso, decirles que no podía estar

segura de que Marguerite no hubiera mencionado a Elke. No podía estar segura de que alguien no estuviera acosando a M., y que ese alguien no fuera Elke.

Ya solo con esta vaga conjetura sería suficiente para causarle problemas a Elke. Si ahora era una «persona de interés» en la investigación podría ser reclasificado a «sospechoso».

A pesar de la publicidad que varios departamentos de policía con diferentes grados de competencia habían dado a la investigación sobre la desaparición de M… al final del verano no había surgido ni un solo «sospechoso» auténtico. Habían entrevistado a desventurados hombrecillos como Walter Lang y a otros amigos varones, supuestos amantes, conocidos y colegas de mi hermana, pero no habían detenido a ninguno porque no había ningún indicio que los vinculara con la desaparición de mi hermana. No había declaraciones de testigos diciendo que estas personas hubieran actuado de forma amenazadora hacia M. No había llamadas o cartas incriminatorias.

Y, por lo tanto, cuando me preguntaron, una vez más, si Elke había venido alguna vez a nuestra casa, titubeé apenas perceptiblemente antes de sacudir la cabeza: no.

—¿Está segura, señorita Fulmer? ¿Elke nunca ha venido a su casa?

—Que yo sepa, no.

—¿Está segura de que su hermana nunca le invitó? ¿O… de que él viniera a verla?

De nuevo titubeé. Pero en esta ocasión sacudiendo la cabeza como si lo lamentara: no.

—¿Y nunca oyó a nadie decir que Elke podría haber estado interesado en su hermana? ¿Que pudiera haberla importunado, seguido? ¿«Acosado»?

No y no.

Aunque, en realidad, algo que yo no habría confesado, si alguien hubiera estado importunando o acosando a M., ella (probablemente) no nos lo habría dicho a Padre y a mí. Ella nunca me habló del hombre que la había agredido cuando estaba en el

instituto; una o dos veces intenté sacar el tema tímidamente y M. me había lanzado una mirada y me había dado la espalda.

¡No es asunto tuyo! No quiero tu compasión ni tu conmiseración.

Aunque no tenía una razón especial para proteger a Elke, no quería cooperar con la investigación más de lo que cabría esperar de la consternada hermana de la mujer desaparecida. Odio la autoridad por principio: cualquier clase de autoridad, generalmente masculina, que se imagina que puede decirme qué hacer. Las fuerzas de seguridad son de ese tipo, como la religión y las autoridades sanitarias que insisten en que tienes que vacunarte según su dictado. ¡Tiranos de medio pelo! Sopesando mi inclinación a enredar y mi inclinación a entorpecer la autoridad decidí sacudir la cabeza con más énfasis: ¡no!

—Mi hermana tiene demasiado buen gusto como para involucrarse con alguien tan basto como Elke. Esto es todo lo que tengo que decir sobre este tema tan vulgar.

Con mucho cuidado dije tiene, no tenía.

Al oír esto, los detectives intercambiaron miradas. Sentí que el calor me subía a la cara porque sabía muy bien que yo les caía mal; porque a los hombres mediocres nunca les gustan las mujeres seguras de sí mismas, valientes. Pero, si esos tontos me respetaban, con eso me bastaba.

—Una última pregunta, señorita Fulmer: ¿Elke se ha acercado a usted? —Esto me desconcertó, solo un poco.

—¡A mí! Por qué iba a…

Entonces me sentí verdaderamente agobiada, irritada. Durante un incómodo momento no fui capaz de hablar.

—No, desde luego que no —carraspeé para que se me oyera con más claridad—. ¡No, no lo ha hecho!

Me advirtieron con seriedad:

—Si Elke intenta acercarse a usted, comuníquenoslo. Podría ser peligroso.

—¡«Peligroso»! Él.

Intenté reírme pero estaba temblando.

Se ha comportado como un perfecto caballero conmigo, gracias.

Habían recibido informes de «cosas inquietantes» acerca de Elke, dijeron, sobre todo respecto a su comportamiento con las estudiantes.

—Nada exactamente delictivo, pero un comportamiento que podría considerarse amenazador. Una especie de acoso sexual, cuando enseña sus pinturas de mujeres desnudas. Pero es lo bastante listo para no traspasar ciertos límites.

¡Pinturas de mujeres desnudas! Qué forma tan simplista de describir «Retratos de mortalidad».

Sentí un repentino arranque de hilaridad: que estos detectives provincianos de paisano, que no sabían nada de mí, de lo que yo era capaz, y de cuántas cosas me habían pasado, se atrevieran a imaginar que yo pudiera tener miedo del arrogante *artiste*-fanfarrón Elke; o que osaran, por la autoridad de sus pueriles placas de latón, darme consejos a mí.

¡Basta! Esta entrevista había terminado.

Con decisión me puse en pie para acompañar a los detectives hasta la puerta. De nuevo, con sus ridículas voces serias me aconsejaron que evitara todo contacto con Elke y, si él intentaba ponerse en contacto conmigo, que los llamara inmediatamente.

—¡Por supuesto! Lo haré, los llamaré inmediatamente. ¡Muchísimas gracias, detectives! Y Padre les da las gracias también; han sido ustedes de gran ayuda al tratar de encontrar a mi amada hermana perdida y traérnosla a salvo a casa.

Cerrando la puerta ante los asombrados rostros de los bobos, sin darles tiempo a reaccionar a mi sarcasmo cuidadosamente afilado y reluciente como una navaja de afeitar.

35

«*Hora del té*». No sé cómo sucedió, pero, al final, en un esplendoroso día otoñal cuando Padre estaba de viaje de trabajo y Lena tenía la tarde libre, y yo llamé a la oficina de correos para decir que estaba enferma, Elke vino de visita al 188 de Cayuga Avenue.

Solo para tomar «el té». Había insistido yo. Solo una hora.

Elke había estado tan atento en las últimas semanas (dejándome notitas en nuestro buzón, pasando por la oficina de correos de Mili Street para esperar pacientemente en la cola de mi ventanilla, encontrándome varias veces «por casualidad» en la calle) que, al final, me dio risa y me rendí.

¡Qué bochorno! Especialmente cuando el *artiste* bigotudo con pelos de *hippy* y el mono manchado de pintura apareció en correos para comprar (una vez más) una hoja de sellos ante los ojos de asombro de mis compañeros. *¿Esa persona está ligando con… Georgene Fulmer? ¿Es posible?*

Mi estrategia siempre ha sido ignorar a los necios. Y por eso no presté atención a estos entrometidos ignorantes.

Irritante al principio, y algo cómico después, y halagador, que Elke persistiera. Me recordó a cuando Marguerite estaba en el instituto, que siempre había un chico u otro que se la encontraba «por casualidad» después de clase, colado por mi popular hermana, que los ignoraba, o se reía de ellos, o, de vez en cuando, imprevisiblemente, decía sí, vale: y salía con ellos.

Porque M. era *imprevisible*. Quizá toda belleza sea *imprevisible*, por esa razón el impulso de destruirla es tan potente.

Pero esta era la primera vez que un hombre me había seguido. La primera vez en mi vida que me encontraba con la *persistencia* masculina.

Elke había querido llevarme a comer o cenar al histórico Aurora Inn: la primera invitación así en mi vida que (¡no me quedó más remedio!) había tenido que rechazar, a mi pesar; porque las noticias sobre una salida en público tan descarada habrían llegado a Padre inmediatamente, y Padre se habría puesto furioso por el hecho de que su hija confraternizara (aparentemente) con un (aparentemente) conocido «sospechoso» local.

No habría habido forma de explicarle a Padre que Elke, a pesar de su machismo pretencioso, era (en realidad) un caballero, y respetuoso conmigo; que, de hecho, Elke reconocía una afinidad entre nosotros, que no había existido entre él y Marguerite. No habría habido forma de explicarle a Padre —que era hipervigilante y que sospechaba de prácticamente todo el mundo en Aurora, y que estaba cada vez más convencido de que la mitad de la gente con la que se cruzaba sabía más de lo que admitía sobre la desaparición de M.— que Elke, sin duda, *no era peligroso*: no era una amenaza.

—Si no podemos comer en el Aurora Inn, Georgene, entonces, tal vez, ¿un paseo a pie por la orilla del lago? ¿Un paseo en coche alrededor del lago? —insistió Elke—. Este hermoso tiempo de otoño no va a durar para siempre, ¿eh? Pronto será invierno y solo los más aventureros saldrán de su agujero.

Elke hablaba contento, como un hombre que ha estado bebiendo: festivo, entusiasmado, un poco imprudente. Sí, sentí un ligero escalofrío de alarma porque esta (rara) charla sobre agujeros tenía un toque sombrío.

Quiere que piense que sabe dónde está M. Dónde está enterrada… en un agujero…

Me reí, nerviosa, casi sin aliento. Los ojos brillantes de reptil de Elke sobre mí eran desconcertantes pero excitantes.

—Tenemos mucho que decirnos el uno al otro, Georgene. Al fin y al cabo.

Esto, dicho con un aire de reproche jocoso, como si yo estuviera

negando algo perfectamente obvio.

Era cierto, Elke y yo hablábamos con una sorprendente facilidad, familiaridad. Había empezado en el estudio de M. de la universidad; nuestra primera conversación. Naturalmente, teníamos a M. como tema, pero mucho más que únicamente a M.; en realidad, M. estaba resultando ser tan solo el punto de partida de nuestra relación.

Aunque me sentí tentada por el paseo en coche con Elke alrededor del lago, eso también podría ser una excursión demasiado pública, y podría llegar a oídos de Padre. (De hecho, ¡podría llegar a oídos de los entrometidos detectives!). Lo que hice, impulsivamente, fue invitar a Elke a tomar té en mi casa, solo durante una hora.

—Mientras Padre y nuestra ama de llaves están fuera. Puede ser algo muy privado.

—¡Privado! Sí, bien.

Elke mostró una sonrisa radiante por la expectación.

La cara me latía con fuerza por el calor. Uf, no había sido mi intención decir lo que había dicho, *privado* no era la palabra que quería decir.

Así que, en un agradable día de octubre Elke llegó a nuestra casa puntualmente a las cuatro y media de la tarde. Yo había estado esperando con ansia desde las tres.

Temiendo que Elke no apareciera, y temiendo que Elke sí apareciera.

La primera sorpresa: Elke llevaba, no su habitual mono manchado de pintura, sino pantalones y chaqueta vaqueros, que le quedaban un poco ceñidos a su rotunda figura; alrededor del cuello en una tira de cuero colgaba un búho tallado en madera de estilo nativo americano. Se mostraba animado y el bigote y el cabello ondulado entrecano, que le llegaba hasta los hombros, brillaban con un lustre sintético.

Le saludé un poco torpe y nerviosa, Elke entró al vestíbulo mirándolo todo, claramente intimidado por el tamaño de nuestra casa, y tal vez por su austero diseño regio Tudor inglés; pero en su papel de *artiste*, rebelde y supermacho, firme enemigo de la

burguesía, no pudo resistirse a hacer comentarios burlones, pero afables.

—¡Vaya! ¡Señorita Georgene Fulmer! Usted y su hermana se las arreglaron para nacer en un estilo de vida *très comfortable*, ¿verdad?

Me estremecí, solo un poco, ante su directa alusión a M., pero conseguí reírme de forma cordial.

Dije, en el tono alegre y vivaz de una jovencita pizpireta en una comedia romántica:

—Está en lo cierto: nos las arreglamos para «nacer en este estilo de vida». Simplemente por accidente, como lo habría sido «no nacer en este estilo de vida».

Esto me pareció, a mí, una réplica ingeniosa. Pero Elke respondió encogiendo los hombros con desdén.

—No es necesario disculparse, Georgene. Yo mismo nací en un hogar «confortable», con pretensiones de clase media alta estadounidense, a la que di la espalda a los dieciocho años.

Descaradamente, antes de ser invitado, Elke pasó delante de mí para examinar el interior del salón y silbó suavemente entre los dientes.

—¿Qué son, antigüedades? ¿Caoba tallada? ¿Alfombra «oriental»? Parece un museo.

—Bueno, apenas usamos esta sala…

—Claro que no. Huele a líquido de embalsamar.

Su mala educación parecía carecer de premeditación: me quedé parada mirando detrás de él como alguien que ha abierto imprudentemente una puerta y no tenía ni idea de cómo cerrarla. ¿Era esta la primera vez en mi vida que había invitado a un amigo a la casa de mi padre? ¿A un amigo hombre?

Demasiado tarde, Georgene. Solo puedes ponerte en ridículo.

… ponerte en ridículo y en peligro, de hecho.

A pesar de que yo ni me moví para enseñarle a Elke el interior de la casa, o encender las luces de estas habitaciones de la planta baja con poca iluminación, Elke pasó a la siguiente, la que Madre llamaba el salón, mirando alrededor con curiosidad los cuadros de las paredes, la espesa alfombra china, los sillones y sofás con cojines

de terciopelo y la espineta Steinway.

—¡Joder! Qué piano tan bonito. ¿Es de verdad?

Levantó bruscamente la tapa del teclado que llevaba años sin abrirse; tocó una nota, y otra, con fuerza.

—Desafinado.

Me mordí el labio para no balbucear alguna disculpa boba. ¿Qué poder tienen las personas prepotentes que, a pesar de ser impertinentes y mal educadas, hacen que los demás nos sintamos inseguros, inclinados a disculparnos por decepcionarlos? ¿Y por qué me tendría que importar que el piano de M. estuviera desafinado?

—¿Toca usted el piano, Georgene?

Georgene. Mi nombre en los labios de Elke tuvo un extraño efecto en mí: vulnerabilidad, temblor, expectación excitada, un deseo de reír como una loca.

Todo esto a la vez que pensaba: «Sí, pero este hombre te está manipulando. Ha conseguido entrar a la casa donde su presencia está prohibida. ¡Cuidado!».

Desconcertada como una adolescente murmuré:

—No mucho ya.

—¿M. tocaba el piano?

Ya me había preparado para esta pregunta que podría parecer hecha por casualidad.

—En realidad, no. Lo dejó pronto, yo perseveré más años.

Fue tan fácil que estas mentirijillas (inocuas) saltaran de mi lengua, fue tan natural que me pareciera que Elke se las creía, que me sentí tan eufórica como un globo que se llenaba de helio.

Tan natural, pensé. Es muy natural estar juntos, Elke y yo.

—Mmm. ¿Qué es esto? —Elke había visto una pintura de paisaje en la pared, con un marco dorado especialmente pesado. Se inclinó para verlo de cerca con los ojos entornados—. ¿Es un Blakelock? ¿En serio?

Un paisaje muy nublado en tonos oscuros sin mérito evidente, con olmos de gran porte, entre sombras, dominando un pequeño lago. La pintura en sí misma no era grande; el marco dorado la empequeñecía más. La razón de que alguien se molestara en pintar

un paisaje rural tan anodino era un misterio para mí: había estado viendo ese cuadro, y no viéndolo, toda mi vida.

Para no parecer ignorante le dije a Elke con cautela que eso pensaba yo.

—Sí, Blacklock. Siempre ha estado aquí.

—*Blakelock*. Ralph Albert Blakelock. Artista estadounidense «gótico», siglo XIX. Esta es obviamente una obra menor pero, aun así, de bastante valor.

Bastante valor. No tenía ni idea de lo que eso podría significar: ¿quinientos dólares, quinientos mil? En una tienda de segunda mano esta pintura no habría costado más de veinticinco dólares, seguro.

En el salón de paredes empapeladas había varios óleos con marcos muy ornamentados que, hasta donde alcanza mi memoria, nadie había mirado en serio, antes de Elke. Como la mayor parte de lo que había en la casa, eran herencia de los abuelos Fulmer que habían nacido hacía mucho tiempo, en el siglo XIX, cuando no había impuestos: ni impuestos federales ni impuestos estatales ni impuestos sobre la renta ni impuestos sobre la propiedad. Nuestros antepasados «barones ladrones», como M. solía llamarlos resoplando levemente con desdén.

Claro, Marguerite Fulmer había disfrutado los privilegios de ser una *Fulmer*, a la vez que los despreciaba.

—¡Joder! ¿Este es un Ryder?

Elke estaba emocionado mirando un pequeño óleo: una marina, muy oscura pero con un toque luminoso, borrosa como si se viera a través de una malla. En el cielo, una pequeña luna sosa y convencional, reflejada en manchas sobre olas tan viscosas como la melaza. Esta pintura (rara) también había estado viéndola, y no viéndola, toda mi vida pero no tenía ni idea de quién era el pintor: ¿Ryder?

—¡Sí! Albert Pinkham Ryder. *Salida de la luna*. Pero la superficie está muy deteriorada, está cuarteada. Pintaba con betún, que se vuelve negro con el tiempo. Además, el aire es demasiado seco en esta casa, necesitan algún tipo de control climático para

obras de arte tan frágiles como esta. —Elke se rio, como si le irritara que me hubiera quedado tan en blanco como un clínex—. ¿A nadie de su familia le importa? ¿Nadie lo sabe? Seguro que M. sabía que es un Ryder singular…

¡Otra vez M.! ¡Pero por qué siempre estábamos hablando de M.!

Dije fríamente que, tal y como yo lo recordaba, M. no había prestado más atención al «arte» de nuestra casa que yo.

(¿Era verdad? M. se había sentido ajena a los «barones ladrones», solo eso).

Como un profesor ante un alumno especialmente poco dotado, Elke explicó: Albert Pinkham Ryder fue un excéntrico artista estadounidense del siglo XIX que vivió hasta el siglo XX, y siempre fue un marginado. Solitario, alejado del mundo, no profesional como artista en cuanto que no se preocupaba por la conservación de su obra, creador de una especie de iconografía privada, «poética», «mística».

Tuvo una larga trayectoria como artista pero no quedaban muchas de sus obras; y de estas, bastantes estaban tan deterioradas que no se podían restaurar.

Como si se le acabara de ocurrir, Elke dijo que llevaría la pintura a un «restaurador». Él conocía a alguien en Syracuse.

—Estas pequeñas grietas de la superficie, ¿las ve? Si no se trata la pintura va a levantarse. Pero no es demasiado tarde, quizá.

Elke hizo ademán de ir a descolgar el cuadro de la pared. De repente desconfié, me sentí alarmada.

¡No! Padre echaría en falta la pintura, protesté. Sería muy difícil explicarle dónde estaba…

Teniendo en cuenta que Padre sabe quién eres, y que te aborrece. Te considera «sospechoso» de la desaparición de M.

Elke dijo rápidamente:

—Mire, le daré un sustituto. Yo puedo hacer fácilmente una copia, del mismo tamaño. Puedo encontrar un marco en una tienda de segunda mano. Sé exactamente las pinturas que usaría: verde viridiana, blanco iridiscente, azul cobalto, pero sobre todo negro medianoche. ¡Yo mezclo mis colores! Podría hacerlo en una hora.

Tal como está, la pintura es casi demasiado oscura para captar los detalles. Copiarla es lo más fácil del mundo. Luna apagada, la luz de la luna sobre el agua. Todo emborronado. Borroso. Como un sueño. Típico de Ryder: *kitsch*, pero *kitsch* auténtico, no cursi. Claro, no puedo reproducir esas grietas diminutas, pero su padre no lo notará, se lo garantizo.

Escuchaba el plan de Elke hipnotizada. Me resultaba asombroso que supiera tanto sobre este arte de otra época, totalmente distinto del suyo. Y parecía que le importaba de verdad.

Entonces, una voz de sentido común me reprendió. *No. Imposible*.

—Por favor, no. No puedo dejar que se lleve la pintura. Justo ahora, no.

Hablé con debilidad, como pidiendo perdón. Parecía que temía más a la ira de mi padre que a la decepción de Elke.

—¿Qué quiere decir con «justo ahora, no»? ¿En algún otro momento, pues? ¿Por qué?

Elke fruncía el ceño. Los dedos le temblaban de tanto que deseaba descolgar el cuadrito de la pared y llevárselo.

Respondí tartamudeando: Padre notaría inmediatamente que faltaba esa pintura. Sentía un gran apego por las cosas antiguas de la casa…

—Naturalmente: el Ryder de la pared. Lo notaría. Tiene un gran interés en su colección, obviamente.

Sarcasmo pesado como el plomo, como si Elke me estuviera pisando el pie más fuerte, más fuerte y más fuerte.

Le prometí a Elke que sacaría el tema del Ryder con mi Padre pronto. Le pediría que se fijara en que la superficie se estaba cuarteando; entonces, le propondría que alguien de la Escuela de Bellas Artes viniera a examinarlo para dar un consejo profesional…

—Y ese alguien sería… ¿yo? ¿O…?

—Ese… ese «alguien» sería usted.

—¿Y luego…?

—¿Y luego… qué?

—¿Su padre mandaría restaurar la pintura? ¿Gastaría tanto

dinero en una pintura que nadie mira jamás?

—Si es famosa, como dice…

—Bueno, no famosa, sino rara.

La idea me asaltó de repente, Elke quería apropiarse de la pintura. Su plan era robarla.

Se llevaría la pintura y nos dejaría una copia en su lugar. Y yo nunca me atrevería a revelarle a Padre el robo, por pura cobardía.

Con una amplia sonrisa, Elke cambió hábilmente de tema.

—Al diablo con *Salida de la luna*. Vamos al… «té».

Fue un alivio. Estaba deseando huir de la parte más antigua y oscura de la casa, que parecía provocar tensión entre mi invitado y yo.

Conduje a Elke con orgullo a un solárium en la parte trasera de la casa que daba al lago Cayuga. Ahí todo tenía más luz, más aire, estaba menos abarrotado de «antigüedades»; no había nada colgado en las paredes porque todas eran de cristal. El suelo era de baldosas españolas rojo teja que M. había elegido.

—¡Qué bonito! —exclamó Elke sin ironía.

Ahora le caeré bien de nuevo. Ahora todo estará bien.

Me excusé apresuradamente para ir a traer las cosas del té.

Por primera vez en mi vida: *serviría el té*.

En la cocina, sin aliento, calenté el agua en el hervidor hasta que hirvió, luego la vertí en la tetera para dejar el té (en bolsitas). Earl Grey en infusión. No me siento a gusto en una cocina, tiendo a pensar que es «el lugar de la mujer». (No me identifico con «mujer» si puedo evitarlo: «mujer» es como ser una boba); preparar té para Elke era una ocasión trascendental, requería cálculo, seguir las instrucciones de la caja de té. Tuve la lucidez suficiente para enjuagar las tazas de porcelana Wedgwood, sin usar durante años, para quitarles el polvo; esperaba que Elke, a pesar de su vehemencia al mencionar la vida *très comfortable*, apreciaría su belleza delicada y costosa.

Cuando llevé al solárium la tetera, las tazas, el azúcar, la crema y las galletas escocesas de avena en una bandeja, Elke se me quedó mirando pasmado como un bebé decepcionado.

—Decía en serio lo del «té», por lo que veo.

—Ah, ¿prefiere café?

Me sentí abochornada por haber vuelto a meter la pata.

—¿Tiene cerveza? ¿O vino?

—Padre tiene *whisky* escocés…

—Bueno, no quiero molestar.

Elke hablaba en tono neutral pero con evidente esperanza.

Las galletas de avena de textura rugosa eran las favoritas de mi padre; venían de Edimburgo en una llamativa caja metálica con cuadros escoceses rojos; caras, pero no muy sabrosas (pensaba yo), posiblemente estaban ya un poco blandas pero Elke mordió una y la masticó con avidez.

El lago Cayuga empezaba a agitarse. Al final del día se estaba levantando un viento racheado. Antes brillaba el sol; ahora, el cielo estaba eclipsado por nubes amenazadoras. Calculé que teníamos al menos noventa minutos antes de que regresara Padre; y si Lena volvía más pronto no importaría demasiado porque Lena nunca le diría a Padre nada que lo disgustara. Lena jamás le susurraría a su jefe: *Su hija ha traído a casa a un peligroso «sospechoso» cuando usted no estaba*.

Fui rápidamente a por una botella de la vitrina de *whiskies* de Padre: Macallan Highland Single Malt Scotch *Whisky*. Ya estaba abierta y solo faltaba un cuarto.

Elke miraba con aprobación mientras yo vertía el líquido de un marrón cálido en el vaso de *whisky*. Me preguntaba si debía añadir algo más: ¿agua, cubitos de hielo? Pero Elke tomó aliviado de mis dedos el vaso, tragó, asintió.

—Sí. Esto me vale. Gracias.

Al poco, mientras hablábamos, Elke cogió la botella y la puso junto a su vaso.

—Puedo servirme solo, Georgene. No es necesario que esté pendiente de mí.

Como no estaba acostumbrada a atender a una visita, rebusqué entre mis pensamientos algo que decir que no tuviera relación con mi hermana desaparecida; pero Elke suspiró profundamente, sonrió

con tristeza y dijo:

—¿Cree, Georgene, que podría enseñarme la habitación de Marguerite? Le prometo que no tocaré nada.

—Yo… creo que no. Lo siento.

Hablé con firmeza. Sorbiendo el té Earl Grey, que había estado en infusión demasiado tiempo y se sentía áspero en la lengua. Elke notó por mi expresión que estaba muy irritada y dolida; y asintió como comprendiendo, mirándome con ojos bien abiertos y un poco enrojecidos.

—La habitación de M. está arriba —dije con cautela—. Habitaciones, ella tenía una especie de apartamento. Tiene una especie de apartamento. Se ha dejado como estaba, casi todo. Padre está seguro de que volverá.

—Pero la policía registró las habitaciones, ¿verdad?

—S-sí. La policía registró las habitaciones; de hecho, varios equipos de policías, varias veces. Un asco. Pero nosotros estábamos presentes, Padre y yo; y no dejamos que la destrozaran. Y ahora… está como antes, o casi.

—¿En la planta de arriba, ha dicho? ¿Dónde, exactamente?

—De este lado de la casa, con vistas al lago.

—Qué bonito. Pero no me sorprende.

Entre nosotros, esa *corriente* de conexión, Elke y yo, unidos en que somos diferentes a M.

—Es solo que pienso… quiero decir, que Padre no consideraría apropiado que le enseñara a un extraño los cuartos de Marguerite… —dije disculpándome.

—¿Tiene «Padre» que enterarse, Georgene? —Elke prácticamente me guiñó un ojo, en broma.

—Me… me… me preocuparía que se enterara.

—Pero ¿cómo se enteraría «Padre» si no se lo dice?

—Podría… de algún modo… enterarse…

Lo dije con tal debilidad que Elke se apiadó de mí.

—Lo entiendo, Georgene. Naturalmente. Aunque, ya lo sabe, yo no soy un extraño para Marguerite. Eso lo sabe usted.

¿Eras su amante? ¿Y la amas todavía?

Me quedé callada. Me sentí reprendida. El corazón se me revolvía en el pecho con una torpe angustia.

Elke dirigió la conversación a un tema general: arte contemporáneo, sus excesos y aspiraciones. De cómo la «belleza vacua» del expresionismo abstracto dio paso a la «insolente burla» del arte pop; de cómo el arte pop hizo posible un «revolucionario regreso» al arte figurativo, recibiendo un gran impulso gracias a la obra «tardía, salvaje» de Philip Guston, uno de los héroes de Elke. Y ahora, más recientemente, los desnudos audaces, descarados, resueltos de Lucían Freud… Escuchaba a través de un zumbido en los oídos, o medio escuchaba, que, como si fuera algo inevitable, este rodeo llevaba a Elke al tema de M.: las «diferencias radicales» entre su arte y el de ella y sin embargo, paradójicamente, su «mutuo respeto», su «compenetración íntima».

¡Me producía resentimiento que M. estuviera siempre presente en esta casa! Cuando, en realidad, estaba *ausente*.

¿Y algo de esto era cierto?, me preguntaba. ¿A Elke le importaba de verdad mi hermana o sentía una obsesión morbosa por ella; el *artiste* henchido de autobombo era capaz de amar, fuese lo que fuese el amor, una cosa incomprensible para mí, o tan solo estaba encaprichado? ¿O… solo *estaba fingiendo*?

Porque a menudo me pregunto: ¿amar es sobre todo *fingir*?

Elke me preguntó si tenía fotografías de M. que pudiera enseñarle, fotos familiares, lo que fuera…

—Se lo agradecería mucho, Georgene.

Daba la casualidad de que durante todo el verano había estado mirando álbumes de la familia. Repasando álbumes de Madre con Marguerite y yo de pequeñas. Fue un poco desalentador que Madre hubiera volcado tanta atención en su primogénita, de la que había, no exagero, cientos de imágenes; cuando yo nací, seis años después de Marguerite, la maternidad había perdido, al parecer, mucho de su ilusión, porque había muchas menos de la pequeña Georgene (¡qué nombre tan ridículo!), de ella en su cuna, o de ella envuelta en los brazos de su madre (sonriendo). Sin duda, ser la segunda es ser de segunda clase.

Durante la mayor parte de la infancia de M., las fotos de M. estaban bien colocadas en los álbumes; con el paso del tiempo, Madre perdió interés en esas labores de mantenimiento, y tanto fotos como recuerdos estaban sueltos entre las páginas de los álbumes, incluyendo (naturalmente) la mayoría de los que tenían que ver conmigo. Muchas fotos de Marguerite (en las que salía muy favorecida) de cuando era niña, de adolescente, de jovencita; fotos de Georgene (no tan favorecedoras) prácticamente perdidas entre las de M., que se salían de los álbumes si se manejaban sin cuidado.

Por qué cedí a la petición de Elke, no estoy segura. Quizá temí que se aburriera pronto, se acabara una segunda o tercera copa y se fuera; y yo me sentiría herida cuando se marchara, porque había estado en mi casa, en el solárium, en mi presencia, y se habría escapado como un pez que ha picado y se ha soltado del anzuelo.

(Aunque yo no tenía ni idea de lo que se hace con un pez que ha picado. ¿*Y con un hombre adulto*?).

Elke miraba las fotografías embelesado. Sorbiendo el *whisky* escocés de Padre.

Las primeras fotos de Marguerite de bebé y fotos de Marguerite cuando ya empezaba a caminar, rubia, cabello rubio acaracolado, mejillas con hoyuelos, belleza desgarradora, a veces mohines y pucheros apenas perceptibles, aunque generalmente con una sonrisa dulce; en su estela, como una barca de remos en la estela de un yate, iba la hermana menor Georgene, no una niña fea, ni siquiera una niña poco favorecida, quizá se podría decir que era una *niña de cara corriente* con una mandíbula desafortunada; sin ser rubia, sin tener el pelo acaracolado; en desventaja cuando compartía foto con la hermana mayor, un error que aprendió a evitar cuando creció un poco.

A medida que pasábamos las páginas del segundo álbum, deslumbrados por la incipiente belleza rubia de la niña mayor, en cruel contraste con la menos que bella niña más pequeña, quería taparme los ojos con los dedos extendidos como hacía cuando era niña. Marguerite en primaria, en el instituto, yéndose a la universidad; la pobre Georgene, atolondrada y torpe, con diez años,

once, doce, que se esforzaba demasiado para sonreírle a la cámara como una calabaza de Halloween, o que se negaba en redondo a sonreír, con mirada hosca, ceño fruncido, barbilla prominente… Y ya salto rápido al instituto, de repente alta como una cigüeña, extremidades larguiruchas, piel con espinillas, enfadada vestida con la toga azulona de graduación y el birrete a juego con una borla que colgaba estúpidamente sobre la frente.

—Esta es una foto suya muy atractiva, Georgene. Es usted una mujer atractiva.

Elke pronunció estas palabras con tal seriedad, tan (aparentemente) sin doblez, que solté una carcajada. Pero de todos modos, sentí el ardor de una repentina subida de sangre a las mejillas.

¡Boba! ¡Boba! ¿Me estaba enamorando? ¿Del zafio y arrogante *curtiste* a quien M. había rechazado?

Él tenía una teoría, dijo Elke, sobre *el paradero* de M.

Tuve que aguantarme la risa; esa palabra, *paradero*. ¡Menudo tópico!

En el lago, las ondas de luz iban en retroceso. Oscurece pronto en octubre en el estado de Nueva York.

Elke empezaba a hablar con lengua de trapo. Su rostro grande relucía, el *whisky* le estaba animando a seguir con el tema:

—Cuando se trata de una «desaparición» suele haber dos teorías: la persona desaparecida ha sido raptada, o la persona desaparecida se ha ido por propia voluntad, en secreto. Pero hay una tercera posibilidad: la «persona desaparecida» nunca se fue, sino que está enterrada en su propia localidad. Asesinada, enterrada. En Aurora.

—¿Ah, sí? —Mi té estaba helado ya.

—Había una «vidente»… «astróloga»… ¿se acuerda? La entrevistaron para el periódico. Decía que Marguerite estaba «escondida» en Aurora… No estoy seguro de qué le pasó, no se ha sabido nada de ella durante meses.

—¿Ah, sí? —dije otra vez.

—Por supuesto, la astrología no es más que una estupidez. «Videntes»… Supongo que algunas personas tienen un «sexto

sentido», intuición… corazonadas. ¿Sabe qué le pasó? ¿A Mildred Pierce?

Si era un truco para atraparme, no piqué. A mí me daba lo mismo Mildred Pierce que Mildred Pfeiffer.

Una forma cómoda aunque algo superficial de deshacerse de ella. Tierra bien apisonada, sin olor.

Tap tap, golpes con el dorso de la pala. ¡Buen trabajo!

—Por supuesto hay quienes piensan que M. se suicidó en el lago. Se ahogó. —Elke titubeó, tenía una expresión de dolor—. No cerca de aquí… en alguna otra parte. El lago es demasiado grande… demasiado profundo… para dragarlo.

Una pausa. Elke tragó más *whisky* como para consolarse.

—¿M. le contó, Georgene, secretos de su vida «privada»? ¿Hizo insinuaciones sobre hombres… amantes… que no sabían de la existencia unos de otros?

Aquí negué con la cabeza en silencio. Mi intención era dejarlo ambiguo: tal vez sí, tal vez no.

—… no sabíamos de la existencia de los otros.

Un rubor apareció en el grueso rostro de Elke. Parecía angustiado y afligido.

—Pero M. no era del «tipo» de persona que se suicida. ¡En absoluto! Vivía para su trabajo, y su trabajo le encantaba. Tenía programada una exposición para enero, en Chelsea. Había ganado un premio de la Academia Americana, un año de residencia en Roma, ¿lo sabía? —dijo.

—¿Ah, sí? No estoy segura de que lo supiéramos.

Por qué M. no nos lo había dicho a Padre y a mí. Un misterio que me producía resentimiento.

—Ella se lo dijo al jefe de departamento, y a mí, naturalmente; pero a nadie más. Había algún problema respecto a la aceptación de la residencia en Roma, creo que ella quería postergarlo. O ella sentía que tenía que postergarlo. Yo la animé, pero, mujer, acéptalo, ¡no lo dudes! Yo iría a visitarla a Roma, le dije. Yo estaba orgullosísimo de ella, era mi *protégé*.

—Sí, usted me lo ha dicho. Varias veces.

—Ella le habló de mí, ¿verdad? ¿Cómo «mentor» suyo?

—No estoy segura…

—Su mentor, su amigo y su colega. Seguro que sí lo hizo.

—Bueno… sí. Creo que… sí, lo hizo.

Esto no era ni remotamente cierto. M. casi nunca hablaba de sus compañeros de Aurora, al menos conmigo; y nunca de Elke, estaba segura. Nunca de un hombre.

No quería contradecir a Elke, yo le habría gustado menos. Me alarmaba sentir que su interés en mí se iba alejando como una canica en una mesa inclinada. Si calzaba bien la mesa, la canica dejaría de alejarse.

Parece que, sin darme cuenta, había echado algo del *whisky* Macallan en mi taza y lo había estado saboreando con la lengua. ¡Qué sensación!

En voz baja, como si pensara que alguien más podría oírle, Elke volvió a tocar el tema de las habitaciones de M.

—De verdad me gustaría verlas, Georgene. Dónde dormía. Solo un momento. Ha dicho que la policía ha registrado esas habitaciones. Yo no tocaría nada.

Dudé. ¿Qué daño podría causar? Elke estaría agradecido, su gratitud caería sobre mí como la luz del sol. Pero algo no me dejaba aceptarlo.

—Ha sido muy generosa al permitirme ver estas fotografías. Se lo agradezco mucho. Y ya ve que no se ha estropeado nada ni se ha descolocado. Si tan solo pudiera echar una miradita a su dormitorio…

—Ta-tal vez en otra ocasión. Se está haciendo tarde, Padre estará al llegar.

En otra ocasión. Otra visita. Vuelve. ¡Sí!

Elke me lanzó de soslayo una mirada cargada de odio que, un instante después, se había esfumado, tan rápidamente que podía dudar de si la había visto.

Y entonces, decepcionado pero sonriendo, determinado a ser un buen perdedor, dijo:

—Bueno. Ha sido muy amable, Georgene. Quiere mucho a su

hermana, ya lo veo, y quiere proteger su privacidad. Como hago yo también, por supuesto.

Elke fue a ponerse en pie y, sin pretenderlo, hizo caer uno de los álbumes. Se salieron varias fotografías que se dispersaron por el suelo; nos inclinamos para recogerlas.

—Su hermana era, es, una mujer muy hermosa —dijo Elke suspirando, mientras miraba una de sus fotografías—, pero la belleza puede ser irritante, es muy engreída.

Me reí. ¡Sí! Eso lo había pensado yo a menudo.

—La belleza parece muy autosuficiente. No como nosotros.

Nosotros. ¿Me estaba dando coba o no? ¿Insultando? No estaba segura.

La taza Wedgwood me tembló en la mano: vacía. Ya no quedaba té Earl Grey ni *whisky*.

La sensación que tenía en la lengua se había extendido a todo el interior de la boca y la garganta. Una sonrisa boba me obligó a separar los labios.

—Me gustaría mucho conocer a su padre, Georgene. Si no hoy, la próxima vez.

Para pedir su mano. Ese pensamiento me llegó con tal alocado abandono que me tuve que reír.

—¿He dicho algo gracioso, querida? —Elke sonrió con cierta frialdad.

Querida. Esto también era gracioso.

Un hombre no quiere que se rían de él, sino con él. Esto lo sabía yo por instinto y por eso me corregí rápidamente.

—¡No! En absoluto. No es gracioso… en absoluto. Es una idea estupenda, conocer a Padre alguna vez, venir aquí a cenar en familia. Nuestra ama de llaves, Lena, es una cocinera excelente, yo la ayudo en la cocina, tenemos nuestras recetas favoritas. Sobre todo, si se le explica a Padre que usted era el mentor de Marguerite, Padre estará agradecido, estoy segura.

Hablé con sinceridad. Una sensación de calidez en la garganta, en la parte superior del pecho, en la zona del corazón.

Pero ya empezaba a preocuparme: mi visitante debía irse antes

de que Padre regresara.

El coche de Padre entraría en nuestra finca, seguiría hasta la parte posterior de la casa y se aparcaría en el garaje, junto al Volvo de M., que llevaba sin tocarse desde abril. Cuando oyera cerrarse la puerta del coche en el garaje, si es que la oía… ya sería demasiado tarde.

—Perdone, Georgene, ¿puedo usar el baño? Será solo un minuto.

Se puso de pie, como meciéndose. Los ojos de reptil le brillaban, lanzaban destellos. ¡Ay, por qué no le habría apremiado a irse diez minutos antes! El *whisky* se me había subido a la cabeza, no estaba pensando con claridad.

No me quedó más remedio que llevar a Elke a uno de los aseos para invitados de la planta baja, cerca de la cocina. Resultaba desconcertante la forma en que se balanceaba sobre los pies con una especie de alegre inconsciencia, como un niño grandote ebrio. Me apresuré a ir al vestíbulo para vigilar llena de nervios por si llegaba el coche de Padre.

El cielo se iba oscureciendo cada vez más. El alumbrado de las calles se encendió a lo lejos. Aparecieron los faros de un coche subiendo por Cayuga Avenue. Sostuve la respiración: los faros giraron en otra dirección.

Me pareció que Elke estaba tardando más de lo que podría considerarse normal. ¡Se habría dormido en el baño! ¡No sería capaz de despertarlo! Me vino a la cabeza una imagen, Lena y yo tratando de despertar al *artiste* panzudo y sacarlo de la casa antes de que llegara Padre.

Otro par de faros por Cayuga Avenue, dirigiéndose hacia aquí. Y de nuevo, en el último momento, giraron…

Tratando de no entrar en pánico. Frenética. Me preguntaba si Elke habría salido del aseo ya y deambulaba por la casa. Posiblemente se habría perdido. No quería pensar en que oía pasos en las escaleras… pasos en la planta de arriba. Pasos sigilosos. *Está buscando la habitación de M. desobedeciéndome*.

—No quiero oír. No oigo.

Tapándome los oídos con las palmas (sudadas) de las manos.

Elke no podía saberlo: la puerta de la habitación de M. estaba cerrada con llave, de todos modos. Y la llave estaba escondida en el dormitorio de Padre. Alguien podría irrumpir en nuestra casa durante la noche y registrar la habitación de M. sin que lo supiéramos.

¡Se sorprenderá mucho! Girar el pomo y que la puerta no se abra.

No había visto los focos, pero de repente oí, o creí oír, el ruido del motor de un coche en la parte posterior de la casa, apagándose. El traqueteo de la puerta del garaje al bajar. El corazón me latía rápidamente por el riesgo que corría. ¿Lo había oído?… ¿Estaba oyendo… algo?

Corrí a la sala. Llamé a Elke, que apareció de repente con aspecto agobiado. El rubor de su rostro se había avivado, los ojos de reptil habían perdido parte de su intensidad. Si había estado arriba, y se había decepcionado, era demasiado listo como para dejar que se le notara.

Pero, sin lugar a dudas, Padre ya estaba en casa. Apenas pude oír cerrarse la puerta del coche en el garaje, porque me latía la sangre en los oídos. Tiré del brazo de Elke para llevarlo rápidamente a la puerta principal.

—Lo siento… tienes que irte.

—¿Ya? —Elke se rio, tambaleándose torpemente contra mí como un oso a dos patas.

—Mi padre está en casa…

—¿Ya?

Elke se reía de mí, de mi angustia, pero ahora se apiadó de mí, vio la ansiedad en mi rostro, mi alma retorcida asustada —que tan pocas veces mostraba— se veía húmeda y rosácea, como un órgano interno expuesto obscenamente del que rápidamente apartas la vista.

En la puerta principal Elke buscó mi mano, la apretó tan fuerte que no pude evitar un gesto de dolor.

—¡Gracias, querida Georgene! ¿Puedo volver pronto? La llamaré.

Me quedé pasmada cuando Elke levantó mi mano y me dio un

beso húmedo en los nudillos.

Con la cabeza dando vueltas, cerré la puerta firmemente detrás de Elke. En ese mismo momento Padre entraba en casa por la cocina regañando.

—¡Lena, Georgene! ¿Por qué no están encendidas las luces de aquí atrás?

36

El pretendiente. Sonó el teléfono, Lena respondió. Me llamó (discretamente) desde abajo.

—Es para ti, Georgene.

Porque no, yo no salgo corriendo cuando suena el teléfono. No me quedo sin aliento para llegar a toda prisa al maldito teléfono hiperventilando como una niña de trece años, aunque, sí, había estado esperando su llamada.

Su. No hace falta nombrarlo.

Y, sí, «discretamente»: Lena respetaba mis estados de ánimo que tendían, incluso desde mi propia perspectiva, a ser impredecibles.

Sin embargo, sentía los latidos del corazón en la mano al coger el auricular, pues cada vez que sonaba el teléfono podría ser él al igual que cada vez que se lanzan los dados podría ser la tirada ganadora, y por eso cada riesgo que se corría valía la pena y no había que lamentarlo.

Pero era Denise. Con voz aguda, incrédula.

—¡Georgene! He estado oyendo las cosas más chocantes, increíbles, sobre ti: ¡qué tienes un pretendiente, que ha ido a tu *casa*!

—¿Un… qué?

—Un «pretendiente».

—¿Pre-tendiente? ¿Qué… qué es eso?

Se me había quedado la mente en blanco. Me invadió una luz cegadora y un ruido ensordecedor.

—Pretendiente, un hombre que visita a una mujer con la intención de proponerle matrimonio.

Denise hablaba con desconcertada ironía, como se hablaría a un niño no muy listo.

Entonces empecé a comprenderlo. Una inmensa ola de calor me pasó por encima como si de golpe se hubiera abierto de par en par la puerta de una caldera ante mis ojos atónitos.

Tan solo dos días después de la visita de Elke. De la que, estaba segura, nadie sabía nada… nadie.

Porque Padre no lo sabía y Lena no lo sabía. *Nadie sabía de la visita excepto Elke*.

Desde que la visita llegó a un final abrupto no pensaba en casi ninguna otra cosa. *¿Puedo volver pronto? La llamaré*.

Y, por lo tanto, yo había estado esperando una llamada. En cualquier momento. Ansiosa por ver si había mensajes cuando volvía de la oficina de correos a casa.

Levantaba el auricular con una ansiosa inseguridad incluso cuando no había una llamada (evidente), no había sonado el teléfono. Como si (de alguna manera) hubiera algún mensaje que se me hubiera pasado.

—¿Quién te ha dicho eso, Denise? ¿Quién ha estado chismorreando sobre mí?

—Bueno… ¿es verdad?

—He dicho: ¿quién ha estado chismorreando sobre mí?

Denise tenía un hábito exasperante, simplemente ignoraba las preguntas que no quería contestar. Y todavía era más exasperante la fingida incredulidad de mi prima de que la mera posibilidad de que un hombre pudiera visitarme, «pretendiente» o no, fuera absurda.

—Ese… artista residente en la universidad, supuestamente colega de M… ¿cómo puede ser que lo hayas conocido? ¿Qué está pasando, Georgene?

De alguna manera, Denise sabía sobre Elke. Aurora es un pueblo, todo el mundo sabe demasiado sobre los demás, pero yo había pensad —¡había pensado!— que eso no me incluía a mí.

Me puso furiosa pensar que la gente estaba hablando de mí. Sin duda, los parientes Fulmer que vivían en Cayuga Avenue, que tuvieron que haber visto un coche desconocido aparcado delante de

nuestra casa… Entrometidos que siempre habían cotilleado sobre Marguerite porque estaban celosos de ella, y de mí porque yo era… bueno, ¿qué era yo?

¡Gigi tiene un pretendiente que ha ido a su casa!

Me reí. Sintiendo a la vez bochorno y una pequeña llamarada de orgullo.

Tranquila, me oí decirle:

—Se llama Elke. No es solo un profesor de universidad, es un artista conocido a nivel nacional… «mentor» de Marguerite. Y yo no me reuní con él, él se reunió conmigo. Cuando fui al estudio de M., en abril, Elke vino a presentarse y ofreció toda la ayuda que nos pudiera prestar.

«Nos» fue elegido conscientemente. Nos incluía no solo a Padre, sino a todos los Fulmer.

—Parece que eran amigos. Colaboraban juntos en proyectos artísticos, aunque tenían visiones antitéticas en arte.

Podía imaginarme la cara de Denise. *Visiones antitéticas en arte*. Ni idea de qué diablos podía significar.

—¡Georgene! ¿Quieres decir que lo invitaste tú? ¿Fue… intencionado?

—Sí. Elke vino a verme, por invitación. A tomar el té. Es un caballero, no habría venido si no se le hubiera invitado.

—¿Qué clase de nombre es Elke? ¿Eso… es un tipo de alce? No puede ser su nombre verdadero.

—Yo de eso no sé nada —dije con frialdad—. Su nombre es cosa suya.

—Georgene, ¿estaba tu padre en ese «té»?

—No. Padre estaba trabajando.

—Bueno, ¿lo sabe tu padre?

Aquí guardé silencio. Denise se estaba acercando mucho a territorio peligroso. Ella sabía, y yo sabía que ella lo sabía, que ella no debía insinuarme que ella podría decírselo a Padre, que era su tío, el hermano mayor de su padre. Eso sería imperdonable.

—Padre no lo sabe… todavía. Pero Elke va a volver, se quedó impresionado con las obras de arte que hay en nuestra casa y tiene

planes para su restauración. Se reunirá pronto con Padre para hablar de esto.

—¿Obras de arte? ¿Qué obras de arte hay en tu casa?

—No conocerías los nombres, Denise. Bíackmore, Ryder. Artistas estadounidenses del siglo XIX.

—¿Esas pinturas viejas de vuestras paredes? ¿Son arte auténtico?

Denise sonaba tan incrédula que me mordí el labio inferior para no decirle alguna impertinencia.

—Lo que he estado oyendo es… ¿este hombre está interesado en ti? ¿Te está cortejando?

¡Cortejando! Tuve que reírme, jamás había oído cosa tan ridícula.

Denise se estaba acercando mucho al insulto por la forma en que seguía hablándome. Como si yo, su prima Georgene, no pudiera interesar o atraer razonablemente a un hombre.

Recordé cuando hace años, siendo niñas, yo había saltado contra Denise, mi prima, para estrangularla, por tomarme el pelo y atormentarme. Marguerite me separó de Denise, pero yo ya las había asustado a las dos.

Aunque… ¿había sido Denise o una hermana suya más pequeña? Tal vez la hermana más pequeña.

—Elke y yo somos «almas gemelas», eso dijo. Nos unió nuestra preocupación por Marguerite, pero ha resultado que nos parecemos mucho más nosotros dos que cualquiera de los dos a Marguerite.

Ya estaba, lo había dicho claramente. El nexo. La conexión misteriosa.

—Georgene, ¿qué diablos significa «almas gemelas»?

—Si no lo sabes, no te lo puedo explicar. Tengo que colgar ya.

—¡No, espera! ¡Georgene! ¿No te das cuenta de que el tal Elke es peligroso? La gente dice que es «sospechoso» de lo que sea que le haya pasado a Marguerite… podrían detenerlo cualquier día. ¿No te das cuenta de que esta persona que te está «cortejando» podría ser responsable de… de lo que le haya pasado a Marguerite?

Denise estaba respirando con fuerza. No dijo *responsable de la muerte de Marguerite*, pero yo sabía que eso era lo que quería decir.

—Venga, no seas ridícula, Denise. Tú y tu familia sois unos

histéricos. No sabes absolutamente nada de Elke. Es mi amigo, nunca me haría daño. De hecho, Elke está más preocupado por Marguerite que la mayoría de nuestros parientes.

Hice una pausa para que se notara que no decía la *mayoría de vosotros*.

—Por el amor de Dios, ¡hay que informar a la policía! Tú no estás suficientemente histérica. Los detectives que nos entrevistaron a Andrew y a mí nos dijeron que los informáramos de cualquier persona sospechosa que apareciera. Elke es definitivamente sospechoso.

—¡No te atrevas a chivarte a la policía, Denise! Tendré que estrangularte otra vez.

Riéndome para que viera que era una broma.

—Eso no tiene gracia, Georgene. No la tuvo entonces y no la tiene ahora. Tu hermana lleva meses desaparecida; quién sabe si siquiera está viva. No parece que te importe. Te estás comportando de un modo muy inapropiado.

Ahora Denise estaba atreviéndose a ir demasiado lejos. Ahora había llamas rojas chisporroteando en mi cerebro.

—¡Ni se te ocurra decirme si me preocupo por Marguerite! Desapareció por propia voluntad. Nadie quiere aceptarlo. Nos abandonó. Nos dejó de lado. Ganó un premio, un prestigioso premio de artes, para ir a Roma. En Italia. Presumía de ello en la escuela. Ni se te ocurra intentar *decirme*…

Me río enfadada ante la respuesta de Denise, disculpas falsas balbuceadas, excusas, la treta habitual de aparentar que se está de acuerdo conmigo para luego reiterar su propia postura, exactamente la misma forma de tratarme de siempre, cuando sacaba tiempo para notar mi existencia. Diciéndome con una voz de repipi que había visto las pinturas «guarras» de Elke en la biblioteca. Según el periódico local se habían presentado quejas a la Junta de la biblioteca para que retiraran esas pinturas.

—Tú te quejaste, probablemente. ¡Admítelo! —dije con desdén.

—Yo… yo no. Hubo muchas quejas. Gente desnuda en las paredes, justo ahí, en público, donde los niños podían verlo…

—La exposición no estaba en el ala infantil. Un retrato desnudo no es «guarro».

—Georgene, no pareces tú. Suenas como… otra persona…

—Denise, buenas noches. *Muchísimas* gracias por tu preocupación.

Dicho con la mandíbula apretada. Decidida a hablar con calma, con serenidad.

Pero temblando mucho, casi se me cayó el auricular al colgar.

Lo que quiero es arrancarte la garganta con los dientes. Nada más.

Lena estaba de pie en la puerta mirándome con ansiedad porque (tal vez) sí que había levantado la voz. Había decidido no dar un golpe con el auricular al colgarlo pero (tal vez) sí que di el golpe.

Esa noche en la cena Padre observó que yo parecía no tener apetito. Y estaba inusualmente callada. Intentaba comer, de verdad que lo intentaba, pero estaba distraída, nerviosa. Lo que me hubiera gustado decirle a Padre era exactamente lo que no podía decirle a Padre.

Pretendiente. Cortejando. Alma gemela.

37

Esperando. Pero pasarían semanas. Elke no llamó, y Elke no volvió.

La impresión de sus labios en el dorso de mi mano, como una marca de nacimiento. Una sensación de ardor en la piel.

38

Pistas sobre la desaparición de… De nuevo, a principios de diciembre de 1991 Denise llamó. Y de nuevo, con la voz temblándole de indignación.

—¡Georgene! ¿Lo has visto?

Joder.

Queriendo colgar rápidamente antes de que mi prima pudiera arrojarme más basura a la cabeza.

Pero esta vez era diferente, me pareció. La indignación de Denise no sonaba cruel, más bien comprensiva, hasta compasiva.

Habían pasado ya seis semanas. Elke no había llamado, y Elke no había vuelto. Montones de veces al día levantaba la vista en correos cuando entraba un cliente, pero nunca era Elke.

No había notas, no había tarjetitas de fantasía. Recordé vagamente que una vez Elke había dejado un fragante ramo de flores blancas en la puerta principal, y yo me había mostrado indiferente… Lena evitó que las flores acabaran en la basura.

Lo que habría dado yo ahora por solo unas pocas flores medio marchitas de Elke.

Solo una llamada de Elke. ¿*Georgene*?, *¿puedo visitarla pronto?*

Tenía un sabor de bilis negra en la boca mientras Denise parloteaba excitada, emocionada por alguna revelación escandalosa que tenía que ver con… ¿era Elke?

Me preguntaba si había visto ¿qué?, ¿un artículo en el *Ithaca Journal*?

—¡En primera página, Georgene! Lo tengo aquí delante; el

titular es: «La obra más reciente de un artista de Aurora *Pistas sobre la desaparición de…*».

Denise hablaba tan rápido, con tal asco vehemente que apenas podía entender lo que decía; pero sabía que no eran buenas noticias.

—El tal Elke, esa persona horrible que invitaste a tu casa, tiene una exposición nueva de pintura en una galería de Ithaca, «retratos desnudos» de una mujer que se parece a Marguerite, ¡evidentemente! El *Journal* ha publicado una reseña pero no hay fotografías de la exposición porque, cito textualmente, «el *Journal* es un periódico para toda la familia», «los retratos desnudos explícitamente frontales y escandalosamente descriptivos de una mujer que parece atada, amordazada, torturada y finalmente asesinada…». ¡Esto es asqueroso! Es de juzgado de guardia, creo yo. Hasta el autor de la reseña del *Journal* comenta que «Elke, conocido por sus pinturas controvertidas, puede haber rebasado los límites de la ética en su aparente explotación de su colega de la Universidad de Aurora, M. Fulmer, desaparecida el pasado abril…». ¡Tienes que proteger a tu padre de esto, Georgene! ¡Cómo puede ser que alguien haga algo tan detestable, vulgar, con Marguerite todavía desaparecida! El tal Elke ha negado cualquier conexión con ella, claro. En una entrevista finge que la «bella mujer-víctima rubia de las pinturas es puro invento, "un ejercicio sobre la forma"… "arte figurativo puro"».

Era una noticia devastadora. Una sorpresa total. Sentí como si me hubieran dado una patada en el estómago, tuve que buscar a tientas una silla para sentarme.

Elke, el hombre que había dicho ser mi «alma gemela»… me había traicionado.

A Marguerite y a mí.

Al teléfono, la voz aguda acusatoria de Denise continuaba, pero yo no la escuchaba. Tenía un terrible zumbido y carraspeo en los oídos, pensé que podía desmayarme.

En cuanto pude, conseguí el *Ithaca Journal* y leí el horripilante artículo de primera página. Como había dicho Denise, no había fotografía de la exposición, gracias a Dios, pero sí una foto de Elke

tomada en su estudio con el mono manchado de pintura, con los ojos brillantes de reptil entrecerrados, una sonrisita de satisfacción tras su desaliñado bigote. El pelo gris plateado por debajo de los hombros, reluciente como una peluca. Hasta el pie de foto parecía jactancioso: «Artista controvertido de Aurora niega la "explotación" de la heredera de Aurora desaparecida desde abril».

Estaba tan alterada que no pude leer el artículo completo. En realidad, había dos artículos en la primera página, uno era una reseña de la exposición con el nada comprometedor título *Pistas sobre la desaparición de…* El autor era un crítico de arte, pero, para crédito suyo, no absolvía a Elke de «comportamiento ético cuestionable». Los ojos se me llenaban de lágrimas mientras leía, releía, intentaba concentrarme a pesar del tamborileo de total mortificación en mi cabeza.

Artista inconformista; vanguardista; escandaloso; se rebela contra los tabúes; indecente; desafiante; «reconstrucción» de un acontecimiento trágico reciente; Marguerite Fulmer, heredera local de Aurora; escultora; Guggenheim; Universidad de Aurora; insiste en que su motivación no es egoísta, explotativa o sexista, en la tradición de Andy Warhol; «explorando»; «parodiando»; cultura popular; víctima femenina; blanca, rubia y bella. Muerta.

—¡Muerta! —La primera vez que alguien reconocía abiertamente que Marguerite podría no estar viva ya.

Resultaba sorprendente, a la vez que repugnante, que al parecer Elke presentara a Marguerite como *muerta*. En todo lo que me había dicho, en nuestras conversaciones, parecía posible que Marguerite solo hubiera *desaparecido…*

Con más razón había que evitar que Padre viera la exposición. Evitar que Padre se enterara.

¿Y no había estado Elke enamorado de M.? ¿No había estado mirando extasiado sus fotografías de niña en los álbumes de Madre tan solo unas semanas antes?

Sencillamente, no es posible. Tiene que ser un error.

Sin decir a nadie exactamente adonde iba contraté un coche para que me llevara a la galería de Ithaca en la que se exponían las pinturas de Elke para ver por mí misma qué tan malo era esto; cómo de escandaloso y vergonzoso; con gafas de sol y un sombrero impermeable de ala ancha bien encajado en la cabeza. ¡Me horrorizaba pensar que alguien me pudiera identificar como pariente de Marguerite Fulmer! Por improbable que fuera, no podía arriesgarme.

La primera sorpresa: aunque era pronto por la tarde de un día laborable, la pequeña galería, situada en una calle secundaria, donde se exponía *Pistas sobre la desaparición de… Óleos de Elke* no estaba vacía como yo esperaba. Ocho o nueve personas se apelotonaban en el reducido espacio en el que se mostraban seis grandes óleos horrorosos. Mirones, morbosos descarados que observaban a tan solo unos centímetros una secuencia de desnudos basados obviamente en mi hermana Marguerite.

Así que era cierto: no exageraban.

Fue una gran decepción, me di cuenta de que, hasta el momento en que entré en la galería, había tenido la esperanza de que *Pistas sobre la desaparición de…* no fuese en realidad sobre mi hermana, sino sobre alguna otra persona. Porque, claro, Elke no podía habernos traicionado…

Habían dispuesto las pinturas en una secuencia en que las imágenes eran cada vez más explícitas, más «desnudas». La primera era la menos ofensiva, una representación onírica de una mujer muy joven, una chica, con un rostro bello borroso, un largo cabello rubio plateado cayendo en ondas como si estuviera bajo el agua; tendida en un diván entre sábanas minuciosamente detalladas, brazos y piernas relajados como si estuviera dormida, ajena al espectador y al peligro (evidente) que corría. Inocencia, pero también una especie de arrogancia: que se pudiera ser tan bella, y mostrarse de forma tan espontánea, con la confianza de que nada malo podría sucederle.

La siguiente pintura también era impresionista, pero más clara en los detalles físicos ominosos: se revelaba más el rostro, seguía siendo un rostro hermoso pero no tan joven, no el rostro de una

chica; sin inocencia ya, unas finas arrugas insinuadas en los ojos y las comisuras de los labios, y pliegues en el cuerpo; cierta despreocupación en la posición de las piernas y los brazos; como si fuera la ilustración de un calendario, cremosos los pechos, el vientre, las caderas, los muslos, si bien los pies desnudos se perdían en la sombra, y tenía los ojos cerrados. En la tercera pintura, la plasmación que el artista hacía de la figura había perdido toda pretensión de romance y se había hecho dura, áspera, maliciosa, cruel: el espectador podía ver que la mujer había llegado a la treintena, por lo menos; tenía las muñecas y los tobillos atados con lo que parecían corbatas, y algo embutido en la boca, el rostro ya no era bello y estaba contorsionado por el terror, y las sábanas arrugadas se veían manchadas, sucias.

En cada pintura el cuerpo desnudo de la mujer quedaba expuesto con mayor crueldad, con pliegues exagerados en el rostro, la garganta, el vientre; los pechos eran ya bastos, fláccidos; las piernas tenían músculos duros, cubiertas de pelos diferenciados como virutas de hierro. La zona genital era un garabato de vello púbico más oscuro que el cabello de la cabeza de la mujer (¡como si M. se hubiera decolorado el pelo a ese bonito color rubio plateado!; otro insulto más, que resultaba no ser cierto). El tono del color de la piel era cada vez más lívido, ceroso, con un matiz verde. Algún daño se le estaba infligiendo en la zona púbica, que cada vez sangraba más, y, en la última pintura, el cuerpo devastado parecía estar muerto, un cadáver; huesos prominentes, pechos fláccidos y caídos con pezones con un curioso aspecto de plástico, imperfecciones en la piel ya no lisa y cremosa. Se le había quitado la mordaza de la boca angustiada, que había quedado abierta dándole un aspecto fatuo; los ojos, parcialmente desaparecidos hacia el interior de la cabeza caída, habían perdido todo el brillo. Las muñecas y los tobillos ya no estaban atados pero se veían marcas profundas en la piel como si se hubiera utilizado algo más que simple tela para atarlos. Los muslos gruesos yacían extendidos con laxitud en morbosa exhibición.

La venganza de Elke contra mi hermana por resistírsele. La venganza de Elke contra los Fulmer.

Los visitantes de la galería estaban en silencio. Si habían ido a la exposición para sentir alguna estimulación sexual, se habían encontrado con que la experiencia no era divertida; enseguida se dieron cuenta y se fueron rápidamente y me dejaron sola mirando cada vez más horrorizada, incrédula.

Es posible que yo hubiera odiado a mi hermana. A la vez que la había querido (supongo); sin duda tenía resentimiento hacia ella, pero no la había odiado tanto. No.

Qué desgraciada se sentiría M. si pudiera saber que su cuerpo desnudo, o más bien una caricatura grotesca de su cuerpo desnudo, se estaba exhibiendo en público en Ithaca (Nueva York), donde mucha gente conocía a Marguerite Fulmer; a menos de una hora en coche de su pueblo natal, donde prácticamente todos la conocían. Peor, su identidad, que de otro modo podría no haberse revelado, había sido vinculada explícitamente a la exposición de Elke en los artículos de portada del *Journal*.

(Típica hipocresía de los medios: criticar un comportamiento grosero y poco ético como el de Elke, pero no dejar de identificar a la víctima).

Una segunda vuelta por la exposición (¡porque me obligué!) reveló una obscenidad más: en cada pintura, en la esquina inferior izquierda, poco visible para ser detectada por la mayoría de los espectadores, había en el suelo lo que parecía ser una foto rasgada y descolorida de una niña de pelo rubio… Ahora sí que estaba furiosa de verdad, ¡porque eran fotos de Marguerite que Elke tuvo que haber robado de los álbumes cuando yo no miraba!

Cada fotografía reflejaba de algún modo la postura o pose de la mujer adulta desnuda, de forma que la fotografía de una niña «inocente» era una burla de la mujer adulta, a menos que fuera la mujer adulta, claramente depravada, degenerada, la que se burlaba de la niña inocente.

¡Qué ultraje! Inconsciente e ignorante había invitado a un ladrón a la casa de mi padre.

—¿Señora? ¿Hola? ¿Tiene alguna pregunta sobre la exposición?

Una persona joven vestida de negro se me acercó, no claramente

hombre o mujer; delgada como una anguila, erguida y que parecía ondular, con los ojos agrandados por el rímel, y una boca grande y membranosa.

—Sí. Sí que tengo preguntas. Pero dudo de que usted tenga respuestas.

La voz no me temblaba tanto como yo había temido. De hecho, nadie habría podido adivinar lo dolida, lo herida, lo furiosa que me sentía.

Desconcertada, la persona vestida de negro quiso saber cuáles eran mis preguntas. Cuidándose de mantener algo de distancia entre las dos.

—Mi primera pregunta es ¿no le da vergüenza?

—¿Vergüenza…? De…

—¿De la exposición? ¿Pinturas de una mujer desnuda e indefensa, basadas en una mujer real de Aurora que está desaparecida desde abril?

—Señora, yo solo trabajo aquí. Esta galería no es mía.

—¿Así que sí le da vergüenza?

—Yo… yo, no. No.

—Y una mierda, claro que sí le da vergüenza. Y debe dársela. Esto es pornografía, y es un insulto.

—Señora, no es necesario que levante la voz. Puedo oírla perfectamente.

—No me oye perfectamente bien. No responde a mi pregunta, que se la repito: ¿no le da vergüenza exponer pinturas de una mujer real a la que mucha gente de esta zona conoce? ¿Qué está «desaparecida», probablemente «víctima de un hecho delictivo», desde el pasado abril?

—Ya le he dicho que yo solo trabajo aquí. Yo no elijo las obras de arte. Si quiere hablar con la propietaria, le daré su tarjeta.

—¿La propietaria? ¿Una mujer?

—Esta es la Galería Heidi Klein. La señora Klein es la propietaria y la señora Klein escoge las exposiciones.

—¿La tal «Heidi Klein» conoce al artista «Elke»? ¿Son amigos?

—No lo sé, señora. Lo siento, pero…

—No me voy a ir. Todavía no. Quiero la respuesta a otra pregunta: ¿estas pinturas son algún tipo de «confesión»?, ¿el artista está reconociendo que ha asesinado a la mujer desaparecida?

—Bueno, yo… yo no lo creo… Seguro que no.

—Pero eso es lo que es, ¿no? ¿Una «confesión»?

—Estas son pinturas, señora. Esto es «arte». El artista ha explicado que son ejercicios de «composición formal».

—¡Ejercicios de composición formal! Menudo chiste. Son cuerpos desnudos en cuadros tan grandes que los cuerpos son de tamaño natural. La cara, las caras, pretenden claramente parecerse a una mujer real. Destaca cada imperfección. Está claro que el artista odia el cuerpo femenino. Odia este cuerpo.

—Señora, no estoy de acuerdo. El artista ha insistido en que no odia el cuerpo femenino, que está «obsesionado» con él. No con un cuerpo femenino en concreto, simplemente *femenino*. Hay una entrevista suya que puedo darle para que la lea…

—¡Miente, desde luego! Hay un cuerpo femenino en *concreto* que es de lo que se trata aquí, en estas pinturas.

—Pero como artista…

—… un artista, no, un carnicero. No hay constancia de que la mujer de los cuadros esté muerta. De hecho, su familia tiene motivos para creer que está viva. Así que ¿por qué el tal Elke la representa muerta? ¿Cómo lo sabe?

—Señora, Elke no «sabe» nada sobre ninguna mujer «real». Es un artista, inventa. Esto no es fotografía ni… periodismo.

—¿Usted, o «Heidi Klein», saben que «Elke» ha sido interrogado por la policía de Aurora? ¿Qué es un sospechoso del caso?

—Un «sospechoso»… no…

La voz de la persona de negro perdió seguridad. Sabía muy bien de qué estaba hablando yo.

—El tal Elke puede ser detenido pronto por la policía. Dígaselo a su jefa, podría ser acusada de haber instigado y secundado a un delincuente. Rapto, asesinato —dije acalorada.

—Señora, por favor, no grite.

—No estoy gritando. Pero sí estoy asqueada, y estoy exigiendo que esta exposición se cancele por razones de decencia pública.

—Señora, yo no creo…

—Existen leyes sobre la obscenidad, y desde luego hay leyes sobre la calumnia. Difamación. Una mujer que no puede defenderse a sí misma está siendo difamada públicamente.

—¿Tiene usted relación con ella, señora? ¿Con la mujer de las pinturas? ¿La mujer que usted piensa que aparece en las pinturas? ¿Es eso?

—No. No tengo relación con Marguerite Fulmer. Pero soy amiga de la familia Fulmer y han aconsejado a la familia que demande a la Galería Heidi Klein para que «cese y desista» o sufra un proceso que la llevará irremediablemente a la bancarrota.

Cesar y desistir. Llevar irremediablemente a la bancarrota. ¡Esa sarta de palabras salió de mis labios! Una rabia justa se apoderó de mí, pero también una euforia que me dejó sin aliento como si una enorme águila calva me llevara por el aire en sus garras.

¿Era posible que pudiera cancelarse la exposición? ¿Qué les obligaran a cerrarla? La idea se me metió en la cabeza al imaginar cómo reaccionaría Padre si se enterara.

Si se enterara, seguro que Padre intentaría cerrar la exposición. Con amenazas, intimidación. Cuando era más joven, Padre nunca evitó un pleito.

Si las circunstancias lo permitían, Padre podría comprar la galería y cerrarla. O, más bien, cerrar la exposición de Elke.

Y si eso fallaba, ¿qué haría Padre? Había que destruir las pinturas, pero ¿cómo?

—Señora, tiene que hablar con la señora Klein, Yo… yo no puedo ayudarla.

—¡Voy a estrangular a la señora Klein! Eso es lo que voy a hacer. Dígaselo.

Al ver su expresión me corregí rápidamente, riéndome.

—Voy a empapelar a la señora Klein. Después de hablar con mi abogado.

La persona joven vestida de negro, nerviosa, empezó a alejarse

de mí. ¡Como si me fuera a molestar en estrangular a tal cobarde despreciable!

Luna con mirada enloquecida haciéndose eco de la furia de la vengadora justiciera. Callejón detrás de la Galería Heidi Klein, número 23 de Spruce Street, en Ithaca. Remolino de hojas otoñales. Figura en la sombra, sexo indeterminado. Donde debería haber un rostro se ve el ala bajada de un sombrero. Impermeable oscuro abrochado hasta el cuello. Gafas de sol que ocultan ojos abrasadores de vengadora.

Gasolina derramada, feliz y eufórica, contra los tristes ladrillos, estallido repentino de una ventana (pequeña, rectangular) a metro y medio de altura. Toda la lata de gasolina arrojada a través de la ventana, seguida de cerillas encendidas, un gratificante ¡puf! de llamarada.

Delirio de alegría, risa alocada a medida que los obscenos lienzos, uno a uno, explotan en un cataclismo de llamas purificadoras que perforan el techo, el tejado, y vuelan hacia el cielo nocturno.

39

Ninguna piedra sin levantar. Ninguna pista sin investigar. Entonces entró en nuestra vida, en diciembre de 1991, el «investigador privado». Leo Drummard.

—Si mi hija vive, ninguna cantidad es demasiado elevada para encontrarla, Y si mi hija no está viva, ninguna cantidad es demasiado elevada para encontrar sus desdichados restos y traerlos a casa para que reciban una sepultura digna.

Así habló Padre, solemne y públicamente. Pero en vano.

Tras meses de frustración por la falta de avances en la investigación policial, sin mi conocimiento o autorización, en diciembre de 1991 Padre contrató a un investigador privado de Búfalo para buscarla.

¡Pobre Padre! Tuvo que estar muy desesperado para tomar esa decisión.

(Sí, Padre descubrió lo de Elke poco después de que se inaugurara la exposición en Ithaca, a pesar de mis esfuerzos para protegerlo. De esto hablaré más adelante).

Este investigador privado tenía modales impecables y facilidad de palabra (como un siniestro Richard Widmark en una película de cine negro de la década de 1940) y su lema era «Ninguna piedra sin levantar. Ninguna pista sin investigar». A pesar de su aire de autoridad, Drummard conseguiría poco más de lo que los departamentos de policía conseguirían con sus investigaciones superficiales, mientras generaba gastos exorbitantes.

No sé si el nombre de este charlatán era «Leo Drummard»

(como ponía en su carné de investigador privado del estado de Nueva York) o si este nombre era una imaginativa invención digna del cine negro; pero yo no me fiaba de esta persona que Padre había contratado como «último recurso» (palabras de Padre) por recomendación de un contacto de negocios… Trajo a nuestra vida privada a un completo extraño, y permitió que un día ese extraño, mientras yo estaba trabajando en la oficina de correos, entrara y registrara las habitaciones de M., ¡incluso que tomara fotografías!

Por supuesto, yo había protegido el buen nombre de mi hermana incluso ante la remota posibilidad del escándalo escondiendo en el fondo del armario el vestido sexi lencero de seda de Dior que podía, o no, haber sido manchado con algún tipo de sustancia asquerosa; y por eso también me había puesto manos a la obra, antes de que la policía de Aurora registrara sus habitaciones la mañana del 12 de abril, y me había llevado muchas de las cosas de los cajones de M., dejándolos más limpios y «mejor organizados» de lo que estaban. Entre esas cosas había correspondencia personal así como un calendario de mesa de M. de 1991 con anotaciones de agenda en muchos de los días: iniciales, horas, sitios; yo estaba segura de que la mayoría tenían que ser perfectamente inofensivas e inocentes; pero sepultado entre lo cotidiano, ¿quién sabe qué pistas había de los secretos de la vida de M. que M. no hubiera deseado que se conocieran?

Por ejemplo, las citas médicas.

Las detecté inmediatamente. Porque me resultaron sospechosas.

29 de marzo, 8 de abril. En la primera fecha, una cita para «MAM» a las 11:00; en la segunda, a las 9:00.

(Seguramente indicaban mamografías. Tenía que ser en el centro de radiología de Ithaca, el mismo sitio al que había ido nuestra madre cuando recibió su diagnóstico [letal] de cáncer de mama en estadio tres).

Y de nuevo, el 9 de abril, una anotación con letra diminuta, prácticamente ilegible: no MAM sino BIO. 8:30.

¿Biopsia? Posiblemente.

Las pistas más intrigantes vienen al bies. Hay que descifrarlas al

bies. No si son pistas genuinas sobre la desaparición de mi hermana, sino si en la mente del detective *serán interpretadas como tales*.

No quería que Drummard viera ninguna de estas cosas. Especulaciones vulgares sobre mi hermana, preguntas en la clínica de Ithaca. Estaba segura de que ninguno de los investigadores (masculinos) asignados al caso llegaron a saber nunca sobre la clínica; estaba segura porque me llevé el calendario. No era asunto suyo. El cuerpo de M. no era asunto de nadie, ni siquiera mío.

Habitar un cuerpo femenino es tal hazaña para mí —como embutirse en un disfraz con una careta perfectamente adaptada a través de la cual respirar es toda una hazaña— que intento no pensar en ello; intento no pensar en cómo se enfrentó Madre, dentro de su cuerpo femenino, a su diagnóstico, a los tratamientos (inútiles) que siguieron y, finalmente, a su muerte.

No es asunto mío. Yo. No. Deseo. Saberlo.

Así que el calendario ha desaparecido. Cartas, tarjetas, objetos personales, tirados al contenedor detrás de la oficina de correos y llevados al vertedero hace tiempo.

(No, no tiré el cuaderno de bocetos de M. con todo lo demás, sino que lo oculté en un lugar seguro donde los Drummard o similares jamás lo encontrarían. Mis cálculos eran que yo podría ser nombrada algún día la albacea del legado de M. Fulmer y se me consultaría como «experta» sobre el arte de M. Fulmer; yo podría entonces revelar a un mundo asombrado que M. Fulmer había bocetado muchos dibujos exquisitos a lápiz y carboncillo, dar testimonio de un talento que iba más allá del «clasicismo» de su escultura).

Así que cuando apareció en escena el metomentodo de «Leo Drummard» no quedaba nada en la parte de la casa de M. que pudiera haber sido interpretado, o malinterpretado, como «pista» de su desaparición.

—Bien, señor Drummard —dije con la voz tan espesa de sarcasmo como espesas eran mis cejas, que se juntaban como orugas velludas,

gruesas y oscuras, en la parte superior de la nariz—. ¿Ha encontrado algo «de interés» en las habitaciones de mi hermana?

Y el señor Drummard me contestó fulminándome con la mirada.

—Señorita Fulmer, creo que usted conoce la respuesta a esa pregunta, ¿verdad?

Y yo respondí comedidamente, resistiendo el impulso de reírme en la cara de aquel bobo.

—Pues sí, señor Drummard, creo que la conozco.

Captando discordia entre nosotros, aunque perplejo ante su causa, Padre deslizó la vista de Drummard a mí, y de nuevo a él, pero no podía adivinar de qué se trataba; no más de lo que Drummard podía afirmar, *sin sombra de duda*, que, en realidad, yo había eliminado de las habitaciones de mi hermana cualquier «pista» que pudiera haberle interesado a él o a la policía.

Sin embargo, cuando Drummard pidió permiso para registrar toda la casa del ático al sótano, yo me impuse sobre Padre y negué con vehemencia.

—No, señor. No puede.

Drummard protestó.

—Pero, señorita Fulmer, cómo voy a investigar la desaparición de su hermana si…

—Puede estar seguro, señor Drummard, de que mi hermana no está en esta casa. Si hubiera hecho los deberes sabría que la cartera de mi hermana se descubrió en una carretera rural hace meses y que existe consenso entre los profesionales de que fue raptada a la fuerza. Por lo tanto, es probable que esté en algún lugar lejos de aquí. Difícilmente en esta casa.

—Pero, señorita Fulmer…

—¡En esta casa no está! Y esta casa significa mucho para nosotros, no podemos permitir que sea profanada por extraños.

Al ver que estaba inusualmente alterada, Padre apoyó mi postura. Como Marguerite, aunque no como Madre, él había aprendido a aplacarme y seguirme la corriente en cuanto alzaba la voz una octava, si él no tenía una postura firme sobre el asunto. Le

dijo a Drummard, con voz juiciosa, que si hubiéramos descubierto algo en la casa que pudiera haber sido de ayuda a las investigaciones policiales, por supuesto se lo habríamos dicho a los detectives; pero no había habido nada.

—Ya veo. Mmm.

El pobre tonto Drummard tamborileaba con los dedos sobre el reposabrazos de su sillón. Tenía el rostro de un hombre de edad mediana, todavía juvenil pero envejeciendo rápidamente; un exatleta, tal vez, no musculoso ya pero corpulento, fibroso; en otro momento atractivo y acostumbrado a que las mujeres tontas le lanzaran miradas ilusionadas; que todavía conservaba un bigotito sobre el labio superior, demasiado oscuro para ser natural; mientras que el cabello, no convincentemente ondulado y espeso, que despedía un olor a un aceite capilar particularmente repulsivo, se había desteñido como algo que se deja bajo la lluvia.

Vasos capilares de la nariz rotos, un bebedor secreto. Una bofetada de leve hedor procedía de su vestimenta de dandi: humo rancio de puro.

Bueno, un bebedor no tan secreto, porque Drummard levantaba el vaso para beber el *whisky* de Padre con una expresión de sed apenas reprimida.

Estábamos en el salón donde él y Padre llevaban una hora enfrascados en una conversación. Drummard había bombardeado a Padre con preguntas rutinarias sobre M. mientras yo observaba, casi siempre en silencio, mirándole fijamente para ponerle nervioso, porque yo sabía que el «investigador privado» no era amigo mío.

El charlatán ya sospecha de TI.

Nunca se atreverá a informar a Padre de esta sospecha.

Y nunca llegará a nada. TÚ *no necesitas preocuparte*.

Me hizo sonreír que Drummard hubiera quedado desconcertado por las habitaciones de M.: absolutamente nada fuera de su sitio, todo aseado, limpio y organizado, armarios y cajones visiblemente ordenados, y nada de interés.

En esto, Lena fue mi cómplice. La animé a limpiar las habitaciones de M. periódicamente, aunque M. no las estuviera

ocupando. No se acumularían las telarañas, tampoco una fina capa de polvo. Lavabo, espejo sobre el lavabo, suelo del baño, todo reluciente, como lo hubiera querido M.

Ventanas abiertas, aire fresco. Nada de aire viciado que nos recuerde su ausencia.

¿No sería ya hora de que se fuera? Yo había estado empujando mentalmente a Drummard para que se levantara del sillón y se marchara con el fin de que Padre y yo pudiéramos tener nuestra habitual y placentera cena juntos en la mesa del comedor, servida por Lena.

Hoy, jueves: pecho de ternera preparado lentamente con chirivía y cebollitas, postre de gelatina de lima en molde, la favorita de Padre, con galletas de avena.

(¿Olió Drummard los deliciosos aromas que llegaban desde la cocina de Lena? ¿Se le hacía la boca agua, sus ojos acerados se suavizaron, su quebradiza alma de solterón empezó a fundirse un poco anticipándose a una invitación de Padre a *quedarse y cenar con nosotros* y, menos probablemente, aunque de todos modos no del todo imposible, una impulsiva invitación de la señorita Fulmer: *Oh, sí, por favor, quédese, nos encantaría que nos acompañara*? Ojalá que sí: porque de ese modo sus esperanzas se harían añicos).

—Si cambia de parecer, señor Fulmer, sobre lo de permitirme registrar toda la casa, avíseme.

Estas palabras de Drummard iban dirigidas exclusivamente a Padre, ignorándome por completo; un gesto de tal rudeza que me sorprendió que Padre no reaccionara; pero, claro, Padre es demasiado caballero para reaccionar en esas circunstancias.

Yo repliqué fríamente:

—No vamos a cambiar de parecer, señor Drummard. Lo que esperamos de usted, con las cantidades que osa cobrar, es que investigue la desaparición de Marguerite de una forma profesional, sin importunarnos. Esperamos que complete la *deplorable incompleta investigación de la policía* y la encuentre.

Estas cortantes palabras mías provocaron que Drummard me mirara con furia: indignación de macho, impotencia, rabia.

Pero no se atrevió a pronunciar ni una sola sílaba insolente ya que Padre estaba ahí, y Padre era su jefe.

—Señorita Fulmer, eso es exactamente lo que tengo intención de hacer.

Se ajustó el fedora a su roma cabeza de bala, como un investigador privado en una película de cine negro. Se despidió de nosotros estrechando solemnemente la mano de Padre, pero con solo un brusco movimiento de cabeza hacia mí, sus ojos acerados evitando mirarme.

Acompañé a Drummard a la puerta principal con cierto sarcasmo; me despedí diciéndole: que le vaya bien, buena suerte y adiós.

Observé a través de una ventana con vidriera del salón al investigador privado caminando tieso por el sendero hasta su coche (un ostentoso Buick de hace años) aparcado en el bordillo.

¡Imbécil!, como si pudiera amenazarme a mí.

40

Autopista de las lágrimas. No obstante, ¡Drummard aportó sorpresas a mi vida!… a pesar de toda mi oposición y desprecio hacia él.

Voy a explicarlo a las claras: vi a Leo Drummard solo aquella vez en diciembre de 1991. Con Padre en nuestro salón al principio de su (inútil) investigación que se prolongó durante siete meses facturables y ni me imagino cuántos miles de dólares.

(El avispado investigador privado se comunicaba exclusivamente con Padre llamándole a su despacho del centro, o a horas del día en que yo no estaba en casa y no podía escuchar por el otro teléfono, si es que hubiera dejado de lado mis escrúpulos respecto a escuchar conversaciones ajenas. A pesar del generoso anticipo que Padre le había dado, surgían montones de gastos que Drummard pedía que Padre le ingresara ya que viajaba por todo el estado de Nueva York alojándose en hoteles de primera; siempre gastos «adicionales» o «imprevistos»).

(Sí, le rogué a Padre que no le pagara a Drummard las últimas facturas que le había enviado; pero, como Padre era un caballero, no quería oír nada sobre eso).

A pesar de todo, de este cuestionable personaje recibiríamos información asombrosa que los detectives de la policía nunca se molestaron en darnos: que, en la época de la desaparición de M., había habido numerosas desapariciones (también) de mujeres y niñas que se habían ido encontrando e identificando, muchas de ellas con amnesia; mujeres que habían aparecido en lugares desconocidos para ellas, víctimas de agresiones (evidentes);

incapaces de recordar a sus agresores, o incluso qué les había pasado.

En algunos casos incapaces de recordar su propio nombre.

Eran mujeres y niñas diagnosticadas con amnesia; se especulaba que podían haber sido (originalmente) víctimas de raptos cuyos raptores habían decidido, por alguna razón, no matarlas, sino liberarlas.

¡Tantas!… Víctimas de amnesia, mujeres, que podrían haber sido M., pero que no eran; el intrépido Drummard nos había enviado por fax sus fotografías, las que tenían algún parecido con M.

De hecho, para ser justa con Drummard, algunas de estas mujeres se parecían muchísimo a M. Solo un pariente cercano podría percibir que los rasgos de la fotografía enviada por fax no eran idénticos a los de nuestra desaparecida Marguerite; que no tenía el pelo tan rubio plateado como el de M. ni era tan hermosa ni tan «elegante» como M.

En realidad, la tal Pfeiffer, la absurda *viajera vidente*, nos había hablado de «personas desaparecidas» pero sin esas descripciones; en la cosmología astrológica no había mentes rotas ni cadáveres. Drummard, el investigador privado, nos transportó a un lugar muy distinto.

Su método consistía, se vanagloriaba Drummard, en viajar de un sitio a otro con una carpeta de fotografías de la persona desaparecida que buscaba para enseñarlas a la policía local y compararlas con las fotografías de los archivos de la policía. No confiaba, había dicho, en los dispositivos «tan de moda» como máquinas de fax y ordenadores, aunque en ciertas circunstancias no le quedaba más remedio que usarlos.

Un riguroso tipo de metodología anticuada que le estaba costando a Padre un buen dineral.

¡Ninguna piedra sin levantar! ¡Ninguna pista sin investigar! Drummard poseía una exasperante forma de jactarse mostrando en el rostro una expresión de rasgos caídos, como si fuera un mártir cristiano en la hoguera.

Más sobrecogedor que las víctimas con amnesia era la cantidad de cadáveres femeninos (sin identificar) que Drummard desenterró,

en cierto sentido: los descubrió en remotas zonas rurales del estado de Nueva York; en descampados y callejones de pueblos y ciudades; en parques, bosques y cunetas; en fosas poco profundas y vertederos; en los maleteros de vehículos abandonados y en edificios clausurados; arrastrados a la orilla, mecidos por el agua bajo muelles en ríos y lagos; a veces expuestos horriblemente a la vista en lugares públicos: un parque, una plaza, una carretera, un cementerio, a la entrada de iglesias y ayuntamientos. Invariablemente, sin delicadeza, se describía a estas desgraciadas mujeres como «pobre», «demente», «supuesta prostituta».

Demasiado a menudo, Drummard hacía un descubrimiento que nos helaba la sangre. Por ejemplo, unas semanas después de la desaparición de M. se halló el cuerpo desnudo de una mujer de edad y características físicas similares a las de M. en Alcott (Nueva York) en una playa llena de desechos en el lago Ontario; en un estado tan avanzado de descomposición que solo podía identificarse mediante un examen dental, y pasó una semana hasta que nos notificaron a Padre y a mí que los restos no eran de M…

¡Qué horrible alivio! Agradecer que la hija y hermana de alguien más había muerto, pero no la tuya.

Todo esto, el esfuerzo (transparente para mí) de Drummard por demostrarnos que estaba trabajando muy duro, sacando a la luz tales horrores —como si tales horrores pudieran arrojar luz sobre la desaparición de M.—, para justificar a la vez los honorarios desorbitados que le cobraba a Padre. Cada día nos llegaba material por fax, estremecedor, indeseado, una inacabable pesadilla de víctimas femeninas: machacadas hasta la muerte en bañeras, y en sótanos; con disparos a quemarropa en la cara; apuñaladas «múltiples veces» y abandonadas hasta desangrarse en lugares de acampada o en aparcamientos de la parte de atrás de tabernas o restaurantes de comida rápida; cadáveres empapados con gasolina tan quemados que no quedaba nada más que unos pocos huesos calcinados, dientes; flotando en el río Mohawk en Troy, en un sitio de acampada en las montañas Adirondack, en las afueras de la aldea junto al lago Skaneateles, el más «pintoresco» de los lagos Finger (a

menos de una hora en coche del lago Cayuga). Estaba la trágica figura de «Sin nombre»: un esqueleto desarticulado que se encontró sepultado en el suelo de tierra del establo de una lechería cerca de Middleport, y se pensó que pertenecía a una chica de unos quince años que podría haber muerto hacía una década; otra «Sin nombre», una mujer de unos cuarenta años, estrangulada, envuelta en plástico de cocina y conservada insólitamente dentro de una taquilla, en Syracuse.

Y esos eran solo *cadáveres femeninos sin identificar* hallados en el estado de Nueva York en un corto lapso de tiempo.

Así me enteré de la tristemente conocida Autopista de las Lágrimas, un tramo rural de 725 kilómetros de la Autopista 16 entre Prince George y Prince Rupert (Columbia Británica, en Canadá) donde se encontraron decenas de cadáveres de mujeres, la mayoría de ellas nativas, entre 1970 y la actualidad; e igual de tristemente conocida la I-35 que cruza de norte a sur Oklahoma y Texas donde durante décadas los cuerpos de numerosas mujeres y niñas, muchas de ellas jamás identificadas, han sido abandonados en las cunetas. *La tierra está empapada de sangre de los cuerpos de mujeres y niñas violadas, asesinadas y desechadas*.

El minucioso Drummard examinó casos delictivos en el estado de Nueva York que ya habían sido adjudicados, forzándonos a Padre y a mí a adentrarnos en una indeseada familiaridad con «predadores sexuales», «sádicos sexuales», «asesinos sexuales en serie», que no podían tener relevancia en el caso de M., o eso me parecía a mí; un exceso de información para suavizar las objeciones a la cuenta de gastos de Drummard.

Uno de estos «sospechosos» era un vagabundo de cuarenta y tres años, conocido como «El asesino del lago Wolf s Head», declarado culpable en noviembre de 1991 del rapto, violación, tortura y asesinato de dos mujeres jóvenes en el lago Wolf s Head (en las montañas Adirondack) a finales de la década de 1980, que estaba cumpliendo dos sentencias consecutivas de cadena perpetua en las Instalaciones de Alta Seguridad de Clinton en Dannemora (Nueva York), al que Drummard se empeñó en vincular con la desaparición

de M. basándose en escasísimas evidencias que no convencieron a la policía estatal de reabrir su investigación; otro, un delincuente parecido hallado ya culpable de rapto y asesinato, y que cumplía cadena perpetua en Attica. Estas dos personas habían estado por los alrededores de Aurora el 11 de abril de 1991, argumentó Drummard. Cualquiera de los dos podría haber encontrado a Marguerite Fulmer caminando por Drumlin Road aquella mañana…

Estos criminales, y otros, destapó Drummard en su campaña para no dejar *ninguna piedra sin levantar*. Al principio, Padre pudo haber sido contagiado por el entusiasmo de Drummard por escarbar en el hediondo contenedor de los sádicos sexuales convictos de las prisiones del estado de Nueva York; pero poco después, Padre empezó a sospechar cada vez más, aunque (para decepción mía) continuó apoyando a Drummard, reacio a *abandonar la búsqueda de Marguerite*.

Pero yo estaba más enterada: yo era la voz de la razón, de la cautela. Le expliqué a Padre que, cuando se captura a un asesino en serie, las fuerzas de seguridad intentan culparle de muchos asesinatos para poder cerrar sus casos; en algunas situaciones flagrantes, un asesino astuto puede «confesar» asesinatos que no ha cometido para así hacer un trato con las autoridades y conseguir una sentencia más leve, o una sentencia en una prisión con menos mala fama. Drummard esperaba relacionar a uno de los asesinos convictos con la desaparición de mi hermana, ¡qué oportuno! Aunque no se encontraría jamás el cadáver, se podría señalar al culpable y «cerrar» el caso; al menos hasta cierto punto.

¿Los investigadores privados y la policía local llegan en ocasiones a acuerdos entre ellos? ¿Los fiscales locales estaban abiertos también a tales acuerdos? ¿El dinero iba de una mano a otra? *Yo no confiaría en ninguna de estas personas cuyo sustento depende del delito y de los delincuentes y de hacer tratos con ellos*.

¡Qué crueles son los que comercian con la esperanza que albergan los padres en que sus hijos perdidos vuelvan con ellos! Que se pudiera encontrar alguna forma de «cerrar». Cínicos y

monstruosos… Me corroía el resentimiento hacia Leo Drummard que seguía insinuando a Padre que quería registrar nuestra casa «desde el ático hasta el sótano».

Por encima de mi cadáver.

Todo lo que Drummard removió y sacó a la luz en mi consciencia no se ha asentado más de veinte años después.

Porque fue durante los meses de Drummard cuando empecé a quedarme de noche despierta en la cama pensando en las víctimas femeninas cuyas fotografías nos había enviado él por fax con una frecuencia entumecedora: extrañas que (a menudo, inexplicablemente) se parecían a M., hermanas (en cierto sentido). Nunca antes había pensado yo seriamente en otras chicas o mujeres como hermanas porque ya tenía bastante (¡era más que bastante!) con tener mi propia hermana mayor.

Pensando *¡Cuántas! ¿Cómo había permitido Dios que fueran tantas?*

Pensando que, si las cosas hubieran sido ligeramente diferentes, el cuerpo de M. estaría entre ellas. O el mío.

Más para aplacar mi propia inquietud que con el fin de prevenirme ante cualquier agresión verosímil en la casa fortificada de Padre, empecé a tener un cuchillo serrado de carnicero, muy afilado, en un cajón de la mesilla de noche.

Razonando: si no necesitara jamás ese cuchillo, bien. Y si alguna vez lo necesitara, ¡gracias a Dios!

41

Drummard versus Elke. Inevitablemente, todo esto iba a suceder.

Toda esta vergüenza, humillación y mortificación que esperaba apartar de Padre le fue presentada sumariamente en uno de los informes de Drummard: el *artista residente* en la Universidad de Aurora, colega de la propia M., que afirmaba ser amigo íntimo de ella, había tenido una exposición en diciembre, en una galería de Ithaca, de desnudos «abrumadoramente explícitos» de una mujer que se parecía mucho a ella y sugerían que M. había muerto estrangulada; que las pinturas se habían valorado entre 13.600 y 16.500 dólares, ¡y se habían vendido todas!

¡Qué escándalo, qué asco! Que un arte tan obsceno como ese se hubiera vendido.

Porque, por supuesto, no tuve suficiente valor para lanzar una lata de gasolina al interior de la Galería Heidi Klein e incendiarla. No tuve el valor suficiente para presentar una queja a las autoridades de Ithaca pidiendo que clausuraran la exposición: sabía que no lo harían, y solo quedaría en ridículo y llamaría todavía más la atención sobre esa cosa obscena.

Me vino la vaga idea de que yo misma podría adquirir las pinturas que aún no se habían vendido, y destruirlas, usando mi asignación del fondo fiduciario; pero esta idea me resultaba odiosa. Porque Elke estaría absurdamente orgulloso por haber vendido la exposición completa en tan pocos días; y yo no habría querido que le llegara esa información, que los Fulmer habían comprado toda la exposición, porque pintaría más, como un chantaje.

¿No se había jactado Elke de que podía «fácilmente» falsificar la pintura de Ryder? Así que Elke podría «fácilmente» replicar los retratos desnudos de *Pistas sobre la desaparición de…* ya que era un arte muy burdo, sensacionaiista.

Aun así, era difícil creer que Elke me hubiera traicionado, aunque la hubiera traicionado a ella.

Después de la publicidad en gran parte negativa que surgió como consecuencia de la exposición, los detectives interrogaron de nuevo a Elke y, de nuevo, faltaban indicios que pudieran justificar un arresto, y los detectives tuvieron que dejarle ir; él negó con vehemencia cualquier participación en la desaparición de M., insistiendo en que su arte era «puramente formal, experimental» y que la representación de una mujer rubia estrangulada, un cadáver, en la última pintura de la exposición, no tenía ninguna relación con nada del mundo real:

—Las figuras de las pinturas no son «cuerpos», sino representaciones de cuerpos. Un artista pinta lo que está en él, no lo que está en el mundo.

De todos modos, los residentes de Aurora habían llegado a la conclusión de que Elke estaba involucrado en la desaparición de M., incluso su esposa (de la que estaba separado) y los dos hijos adolescentes que vivían ahora en Syracuse y se negaban en redondo a dar entrevistas.

(Sí: para más bochorno, resultó que Elke estaba casado).

(He de confesar que esta revelación me dejó estupefacta. ¡Casado! ¡Padre de dos hijos! Nada había parecido menos probable que precisamente Elke hubiera sucumbido a la vida doméstica).

Drummard informó de que, debido a la presión de los miembros del patronato de la Universidad de Aurora, en el que Padre había participado generosamente durante más de treinta años, Elke había renunciado a su puesto en la universidad mediante un acuerdo «controvertido». Se había mudado de Aurora para vivir en un apartamento-estudio en la calle Veinticuatro Oeste, en Nueva York, cerca de la «elegante». Galería Chelsea que le había ofrecido un contrato de obra nueva.

(¡Se había mudado! Así que, probablemente, no volvería a verlo. No habría oportunidad de que Elke se disculpara conmigo).

Sucedió que la asquerosa exposición de Elke en Ithaca, denunciada inicialmente como «pornografía misógina», se había llevado a la galería de Chelsea para ser reexaminada por críticos de arte del *New York Times* y de *Art News*, reconocida ahora como una «atrevida interpretación» del arte más próximo al tebeo de Philip Guston y un «realismo duro marginal» que explora la «política sexual del horror del cuerpo»; al igual que de Cindy Sherman y Andy Warhol, se dijo de Elke que estaba «parodiando el fetichismo» del cuerpo femenino. Donde los comentaristas feministas de las corrientes dominantes habían denostado al artista por su «explotación» de una artista, los comentaristas feministas radicales le jaleaban por su «examen valiente» del «cuerpo femenino roto y mutilado» que era un «tropo» familiar en la cultura popular estadounidense.

Incluso se rumoreaba que los coleccionistas le encargaban a Elke obra nueva que continuara con las obsesiones de *Pistas sobre la desaparición de…* Drummard había oído que los precios estaban en el rango de doscientos mil a quinientos mil dólares.

—¡El muy sinvergüenza! ¡Sería capaz de asesinarlo con mis propias manos! —dijo padre amargamente; pero con tal aire de resignación que yo comprendí que eso no iba a pasar.

42

La premonición. Una tarde de un día laborable de febrero de 1992, volviendo pronto de la oficina de correos de Mili Street con «síntomas de gripe» —un malestar que raramente invita a la desconfianza o la incredulidad, sino más bien a un deseo de deshacerse de la persona que lo padece— me encontré en la casa una atmósfera rara; un olor inconfundible a humo rancio de puro y aceite para el cabello; en la expresión de Lena, alarma y culpabilidad.

—¿Hay alguien en casa, Lena? ¿Es… «Drummard»?

Lena, asustada, me dijo que sí. Mi padre le había dado permiso para que registrara la casa a una hora en la que yo no estuviera.

Esto no me lo esperaba. Esto fue una revelación. Que Padre conspirara a mis espaldas no solo con Drummard, sino también con Lena.

¡No tenía en quién confiar! Ni siquiera en Padre, de ahí en adelante.

Pero dije con tranquilidad:

—Ya veo. Bien… quizá es lo mejor. Padre sí *sabe lo que es mejor*.

Así engañé completamente a Lena, porque la mujer no podía imaginar la rabia que me consumía las entrañas; más bien, Lena se sentía apenada por mí, por el hecho de que Padre hubiera actuado a mis espaldas y hubiera permitido entrar al intruso en casa, en contra de mi opinión.

—¿Y dónde está ahora? ¿Espero… que no en mi habitación?

Lena se apresuró a asegurarme que Drummard había prometido

no registrar mi habitación, sino «solo echarle una miradita»; hasta donde sabía, él había terminado con la mayoría de las habitaciones y podría estar ya en el sótano.

—Bueno. Procuraré evitar el sótano.

Dejé a Lena, que en este momento parecía muy aliviada.

Una inquietud premonitoria me había llevado a casa a primera hora de la tarde. Un presentimiento, un desasosiego. Una mala noche, anoche, imaginando que oía pasos en la casa, cerca de la habitación de M.

Pero nunca investigo esos «pasos». *No cedo*.

En cierto sentido, no era tan sorprendente que el manipulador investigador privado hubiera convencido a Padre para que le permitiera hacer el registro. No era sorprendente pero sí fue un profundo impacto como si el charlatán se hubiera atrevido a reírse en mi cara, reconociendo que éramos enemigos mortales.

Ninguna piedra sin levantar. Ninguna pista sin investigar.

Evidentemente, Padre no estaba en casa. Esto, a mí, me pareció una señal significativa.

(Sí, desde la desaparición de M. yo había empezado a creer en «señales»; específicamente en las señales destinadas a mí, indescifrables para los demás).

Después de una conversación agradable e inocua con Lena en la que se dijo que ella estaba pensando preparar para la cena una de las recetas favoritas de Padre (pierna de cordero y patatitas al horno con romero, cebollas caramelizadas y salsa de manzana casera), salí de la cocina dejando a Lena sonriendo, muy aliviada porque no le parecí enfadada; subí por las escaleras de servicio a mi habitación caminando con mi (habitual) forma de taconear, para dejarle claro a Lena que no había nada fuera de lo normal. Allí, en mi habitación, saqué el cuchillo de carnicero serrado y afilado del cajón de la mesilla —que si Drummard lo había descubierto, no lo había tocado — y lo oculté entre mi ropa; desde mi habitación, con inusual ligereza y silencio fui hacia la escalera principal, bajé y seguí por el pasillo hasta la parte trasera de la casa, sigilosa como una sombra. Nadie oyó: nadie vio.

Allí, la puerta del sótano estaba abierta y la luz encendida. Un leve olor a puro y aceite para el cabello alcanzó mi sensible olfato.

—¡El muy sinvergüenza! ¡Sería capaz de asesinarlo con mis propias manos!

(¿Quién pronunció estas palabras? No estoy segura. Aunque las oí claramente).

Riendo, con el corazón golpeando fuerte por la excitación de tener un propósito, con mucha cautela descendí las escaleras hasta el submundo, que yo no había visitado desde julio del año anterior.

TERCERA PARTE

43

Aniversario. El 11 de abril de cada año siguen apareciendo en los periódicos de pueblo que todavía se publican en la región de los lagos Finger del estado de Nueva York breves menciones al aniversario de la desaparición de mi hermana. Al principio, estas notas aparecían en la primera página de los periódicos; poco a poco, con el paso de los años, fueron gravitando hacia las páginas interiores: «La investigación sobre la desaparecida heredera de Aurora sigue estancada. La policía admite: "No hay pistas"». Y: «La familia de la heredera de Aurora desaparecida desde abril de 1991: "Todavía hay esperanza"».

(Porque, en realidad, Padre sigue empecinado en que «todavía hay esperanza»).

A menudo se incluye una entrevista de «interés humano» porque en Aurora quedan muchas personas que conocían a Marguerite: antiguos profesores y compañeros de clase, viejos amigos y amigos que dicen haberlo sido, vecinos y colegas de la universidad, prácticamente todos y cada uno de los que tienen algún recuerdo al azar y algunos comentarios sentimentaloides que se acaban publicando. Incluso la profesora de piano de M., la señora Lomax, recordando con cariño el «talento para el piano» de la chica de diecisiete años y su «carácter dulce»; incluso uno de los detectives (actualmente jubilado) del condado de Oayuga, recordando el caso «más difícil» de su carrera, que «todavía no consigo quitármelo de la cabeza».

Tópicos sentimentales trillados: «Esa joven artista, guapa y

talentosa, con toda la vida por delante, y a quienquiera que lo hiciera… nunca lo han encontrado. Cuánta maldad hay en el mundo».

«Rezamos por Marguerite. ¡No la hemos olvidado!».

La misma foto antigua de Marguerite tomada a sus veintipocos años. A diferencia del resto de nosotros, M. nunca envejece.

Desaparecida desde el 11 de abril de 1991. Gran cantidad de archivos policiales. La investigación nunca se ha cerrado.

44

Pista que no es pista.

No estoy segara de por qué, pero el otro día decidí hacer una búsqueda de Walter Lang.

Años después del hecho. Pero ¿cuál era el hecho?

Me sorprende que Walter Lang, un joven científico investigador en Cornell tan prometedor sea profesor en el Politécnico Rensselaer cerca de Troy (Nueva York).

—Todos estos años. ¡Tan cerca! Podríamos haber compartido nuestro dolor.

(A menudo hablo en voz alta. No tanto para mí, más bien hablo al aire. ¿Por si alguien está escuchando? ¿Grabando? Porque ahora, en el siglo XXI, se dice que hay videocámaras de vigilancia por todas partes).

Impulsivamente, contraté a un sobrino para que me llevara en coche a trescientos veinte kilómetros, a la ciudad de Troy. Con la condición de que este acuerdo se mantuviera confidencial: nada de cotillear sobre la (excéntrica) tía Georgene con los parientes.

Con cuarenta y cinco años lamento no haber aprendido nunca a conducir. No tengo carné ni vehículo propio. (El Volvo de M. sigue en el garaje y podría resucitarse veintidós años después si alguien se tomara la molestia). Sí: me arrepiento de no haberme esforzado más para aprender a conducir; no tenía que haberme rendido tan pronto cuando los profesores de autoescuela se impacientaban conmigo o,

directamente, se asustaban cuando yo iba al volante. Cuando eres joven, todos tus problemas parecen importantes, merecen la indulgencia de los demás y la tuya propia. Cuando ya no eres tan joven, estos problemas de juventud empiezan a parecerte errores estúpidos sin más.

Durante un breve tiempo, cuando estaba en el instituto, M. intentó enseñarme, pero pronto acabó irritada como los otros profesores de autoescuela.

—¡Ay, Gigi! Parece que quieras rayar el coche de Padre.

Eso no era verdad. Insisto, *no era verdad*.

Por supuesto, hay un servicio de coches en Aurora que puedo utilizar si quiero, al igual que mi joven sobrino. Padre todavía conduce, aunque no cuando ya ha oscurecido; ha perdido vista, aunque su mente sigue siendo tan lúcida, o casi tan lúcida, como siempre.

Después de la belleza gótica rodeada de naturaleza del campus de la legendaria Cornell, el contraste con el emplazamiento urbano del Politécnico Rensselaer fue un choque para mí. Durante todos estos años me había imaginado que Walter Lang seguiría en Cornell.

¡Y qué enjambre de estudiantes! Sentí cierta pérdida: se me cayó el alma a los pies.

A poca distancia vi al profesor Lang saliendo de uno de los edificios de aulas: había engordado, era más bajo de lo que recordaba, llevaba gafas bifocales que lanzaban destellos en el débil sol invernal.

Si no me hubiera asegurado antes de cuándo y dónde iba a dar clase el profesor Lang esa mañana, podría no haberle reconocido. Porque había perdido su fuerte pelo oscuro. Había perdido sus modales torpones y tiernos a lo Fred MacMurray. Bajaba las escaleras con la precaución de un hombre que ya no es tan joven y ha de tener cuidado con las rodillas y la espalda.

Pero yo tampoco era ya una audaz Katharine Hepburn. De hecho, ni siquiera una audaz Katharine Hepburn de mediana edad.

La comedia romántica no había prendido, quién sabe por qué.

Nuestro destino está decidido de forma cruel e irrevocable por el guion que lo narra, del cual no tenemos conocimiento y mucho menos control.

Llevaba una cartera de cuero baqueteada que por pesada no parecía práctica. Rostro amable, mirada inquieta. No había duda, el otrora juvenil Walter Lang había menguado para convertirse en abnegado esposo y padre. Cincuenta y pocos años (calculé) y, por lo tanto, sus hijos serían (probablemente) ya mayores. (¿Y con quién se casó Walter después de perder al amor de su vida?).

¿O la vida había pasado rápidamente a su lado como un torrente de primavera? ¿O había reptado junto a Walter Lang como una serpiente con la columna quebrada? ¿Cómo la mía?

Nunca me diste una oportunidad, Walter. Nadie me ha dado una oportunidad.

Ella se interponía.

Ella (siempre) se interponía.

Mi tonto corazón latía con fuerza, aceleradamente.

—Perdone, ¿el profesor Lang? ¿Walter? No sé si me recuerda. —Me dirigí a él con un torbellino de entusiasmo, aturdida por mi propia valentía.

El profesor Lang se sobresaltó, durante unos instantes parpadeó y me miró; luego me sonrió indeciso.

—No… no estoy seguro… ¿Fue una de mis alumnas en Cornell?

Estuve tentada a responder que sí. Ruborizada, halagada.

—Me temo que no, no. No fui a Cornell. Yo era, soy, la hermana de una mujer que usted conocía. La hermana pequeña… —Walter Lang me miraba desconcertado. Porque estaba claro que ya no era una hermana pequeña, sino una robusta mujer de mediana edad, vestida con los marrones apagados del invierno, calzando botas, con la nariz visiblemente colorada por el frío y los tobillos hinchados—. Marguerite Fulmer. Puede que la recuerde…

La expresión de Walter Lang se alteró. Se tensó. Una mirada cautelosa en sus ojos, una contracción en los labios.

—Ah. Ya veo. «Marguerite Fulmer».

Voz aplanada. Sentimientos aplanados. Si un maniquí pudiera hablar, hablaría así.

Me apresuré a decir:

—Cuando le vi, cuando usted conocía a Marguerite, vino a visitar a mi padre a Aurora. Cuando Marguerite estaba en Nueva York. Usted… usted estaba preocupado por lo que pudiera haberle ocurrido a Marguerite, ella se había ido «sin decirle adiós». —Sin aliento, hice una pausa, algo mareada y con el corazón acelerado. Si al menos Walter Lang no me mirara con tanta dureza…—. En la época en que usted estaba en Cornell. Siempre me lo había imaginado en Cornell. Me sorprendió enterarme de que estaba aquí, en el Politécnico Rensselaer…

Una falta de tacto por mi parte, supongo. ¡Cuánto estaba parloteando llena de nervios!

El rostro de Walter adoptó una expresión irónica, como una máscara cubierta de telarañas. Torció los labios con desdén.

—Bueno. Durante años fui «sospechoso» de la desaparición de Marguerite Fulmer. Como ya sabrá si es la hermana de Marguerite.

—¿Sospechoso…? No creo.

—No un sospechoso oficial. Sino *de facto*. Nunca me arrestaron, nunca presentaron cargos contra mí, así que no pude limpiar mi nombre. Que yo sepa, nunca arrestaron a nadie. Y nunca encontraron a Marguerite… ¿estoy en lo cierto?

No dice «el cuerpo de Marguerite». También piensa en ella como si estuviera viva.

—Así es. Nunca se ha «encontrado» a Marguerite.

—¿El caso sigue abierto?

—El caso sigue «abierto».

Surgió entre nosotros una inmediata intimidad, dolorosa para ambos. Estaba segura de que Walter Lang lo sentía, tan vivamente como yo.

—Entonces, ¿quién ha dicho que era usted? ¿La «hermana pequeña»?

—Georgene. Nos conocimos…

Cuando vino a nuestra casa buscando a Marguerite pero me encontró

a mí.

Con el rostro rígido, sin sonreír, Walter Lang me observó sin una señal (evidente) de que me reconociera. Y, sin embargo, yo estaba segura de que sabía exactamente quién era yo.

—Y ha venido a verme… ¿por qué, exactamente?

—Yo… yo solo quería… ver cómo se encuentra…

—¿Ver cómo me encuentro? —Walter Lang se rio con amargura—. Como puede ver, estoy vivo. Es una forma de hablar. «Este es el infierno, y yo tampoco estoy fuera de él». ¿Es eso lo que quería saber?

—¡No! En absoluto. Me… me daba lástima por… Me preguntaba…

Mi voz se fue apagando, no sabía lo que estaba diciendo. No era verdad que hubiera estado pensando en Walter, no durante años. En cierto sentido, me lo imaginaba todavía como un joven en la treintena, en Cornell; en otro sentido, imaginaba que ya no vivía.

Así como mi hermana está tanto viva como ya no viva. No durante años.

—Nadie me pidió perdón nunca por destruir mi vida —dijo Walter—. Y todo porque me enamoré de Marguerite Fuimer y quise casarme con ella. ¡Vaya chiste!

Pero ¿por qué era un chiste? Yo no quería oír esto.

Walter continuó hablando con amargura.

—No había ningún indicio que sugiriese que yo había raptado a Marguerite. Ninguno. Yo pasaba la mayor parte de las horas del día en el laboratorio, como podían atestiguar los demás. Sin embargo, fui interrogado repetidamente por la policía del condado de Cayuga y por la policía del estado de Nueva York. Me llevaron a las comisarías para interrogarme, y me mantenían detenido por la noche, con delincuentes de poca monta y personas con problemas mentales, y luego me soltaban; me volvían a llevar y me interrogaban, y otra vez me tenían encerrado toda la noche, y me soltaban. La estrategia consistía en desgastarme para que «confesara». Aunque yo no tenía nada que «confesar». Interrogaron a personas que me conocían. A mis profesores de Cornell. A mis

colegas. Incluso a mis alumnos. A mis padres, ¡a mis vecinos! Tuve que contratar a un abogado… al final, abogados. Me endeudé… miles de dólares. Me convertí en un desecho lleno de nervios. No podía concentrarme en mi trabajo. No podía dormir. Cuando mi contrato de tres años en Cornell venció, no me lo renovaron. Apareció una sombra en mi vida, como aparece una sombra en una radiografía que indica la metástasis de un cáncer.

Walter hizo una pausa, enjugándose los ojos con rudeza.

—Y todo porque me enamoré de su hermana, a quien yo no le importaba una mierda.

—Pero… eso no es verdad. Marguerite sentía algo por usted…

—¡Sentía algo! ¡Vaya!

Por todas partes pasaban jóvenes sin mirarnos siquiera, como si fuéramos invisibles. Prácticamente todos eran chicos, atléticos, apresurados, con mochilas, una mezcla de colores de piel, y no predominaba el «blanco».

Entre ellos, probablemente a Walter Lang y a mí, de mediana edad, se nos veía una palidez de otra época, de otro siglo.

Nunca se me había ocurrido que alguien que no lo mereciera, aparte de mí, pudiera haber sufrido a causa de M. Por amor a M.

Quería decir algo para levantarle el ánimo a Walter, pero no se me ocurría qué.

—… me comprometí con otra chica, unos años después. Pero cuando se enteró de que yo seguía siendo una «persona de interés» en el caso Fulmer, rompió el compromiso. Toda mi vida se ha arruinado por…

—¡Walter, lo siento!

Walter. Esta cercanía entre nosotros, una presión inmovilizando con fuerza mi pecho. En cierto tipo de escena, en este momento avanzaríamos torpemente el uno hacia el otro para abrazarnos; yo podría rodear con los brazos a este hombre infeliz para consolarle. Pero Walter seguía rígido e inmóvil en el escalón por encima de mí, sin intención de bajar.

—Durante mucho tiempo pensé en ella constantemente. Pasé por un periodo de duelo… yo la amaba. El hecho de que estuviera

aterrorizado por haberla conocido nunca me volvió contra ella. Ahora ya la han declarado muerta, ¿verdad? ¿Después de siete años?

—Sí, siete años.

—Pero no existen pruebas de que en realidad esté… *muerta*…

—No. No hay pruebas.

Hubo una pausa. Walter Lang estaba ajado, exhausto. Como si ya hubiera tenido bastante de todo esto y quisiera huir desesperadamente.

Rápidamente, le pregunté:

—¿Le dio regalos a Marguerite? Había cosas suyas que no pudimos identificar.

—¿Regalos? No creo.

—¿Joyas? ¿Ropa?

—Un libro, tal vez. Un libro o dos. Creo recordar… Lewis Carroll, *La caza del Snark*. ¿Era eso?

¡Era eso! Aquí tenía un dato completamente nuevo e inesperado, no una pista, algo menos que una pista, quizá una antipista. Durante un momento me bloqueé, no sabía cómo responder.

—*Yo*… yo no lo sé. No recuerdo *La caza del Snark*.

—Puede que le diera un ejemplar a Marguerite pero… creo que sí… se lo dejó en mi coche… No tenía dinero para darle algo con más entidad. Yo no era más que un estudiante de posdoctorado que vivía de una beca. Se hizo obvio muy pronto que Marguerite tenía mucho más dinero que yo, y eso hizo las cosas incómodas entre nosotros. Ella insistía en pagar su comida cuando salíamos. «Puedo permitirme pagar mis gastos», decía. A mí me dolía, la verdad. Pero le agradecía su consideración. Vi más tarde, en retrospectiva, que «M. Fulmer» era demasiado especial para mí. Estaba fuera de mi alcance. Sus esculturas, su vida. Yo estaba volando demasiado alto, como Icaro. Y se me apartó como a una mosca.

—¡Por favor! ¡No diga eso!

Apreté la mano contra el pecho. El corazón me dolía.

Walter Lang, una víctima de mi hermana. Un daño colateral en el drama de su vida. El pobre hombre había inventado un relato para explicar su vida: las posibilidades perdidas de su vida.

No era un relato que se ajustara a la realidad. Sin embargo, no podía explicarle por qué.

—Usted fue víctima del azar, Walter. No estaba volando «demasiado alto». A mi padre, usted le gustaba…

—¿Sí? ¿Le gustaba?

—¿No recuerda que le llamaba «hijo»?

—No…

Qué extraño que yo lo recordara y Walter Lang no. A menos que yo lo estuviera recordando mal confundida por mis sentimientos.

Y ahora él preguntará: ¿Cómo está su padre? ¿Puedo visitarle de nuevo?

Pero Walter parecía confundido, le faltaban palabras. Por primera vez parecía que de verdad me miraba directamente a mí. *Viéndome*.

Entonces me atreví a hacerle la pregunta que tenía preparada:

—¿Alguna vez le regaló a Marguerite un vestido de Dior?

—¿Un vestido de Dior? ¿Qué es eso?

—Dior… un famoso diseñador. Creo que francés.

Walter sacudió la cabeza, no. Y sonrió con ironía.

—Dudo de que Marguerite hubiera aceptado un regalo así. No porque fuera demasiado caro, sino por ser demasiado íntimo. Marguerite tenía un problema con la intimidad… Supongo que yo también lo tenía. Aunque ahora que lo pienso, le gustaba comprar en tiendas de cosas usadas en Ithaca. Tiendas de segunda mano, tiendas de antigüedades. Le gustaba buscar cosas desechadas. Se reía cuando decía que la gente pensaba que gastaba dinero en ropa de lujo cuando de hecho pagaba muy poco por su ropa en tiendas de «consigna» de alta gama.

—¿En serio? No lo sabía.

(Pero ¿lo había sabido? Posiblemente).

No era una parte de la personalidad de M. en la que tuviera interés por entretenerme: su naturaleza austera. Era mucho más fácil que mi hermana no me gustara si pensaba en ella gastando dinero en artículos de lujo.

—Recuerdo ahora una vez que íbamos por la calle. Me llevó a una de esas tiendas de segunda mano. Podía ser alegre, divertida. Como una niña. Rebuscaba entre la «ropa de diseñador»… cosas caras etiquetadas por una fracción de su precio original. Quizá lo que compró aquel día fue un «Dior»…

—¿Cómo era? ¿Era blanco?

—Creo que podría haber sido… pero un blanco muy sedoso, un tipo de blanco brillante. Sí.

—¿Un vestido lencero… muy corto, tirantes espagueti?

Vestido lencero. Tirantes espagueti.

Qué extraño estar recordando algo tan trivial en este momento de nuestras vidas.

—Parece sorprendida —dijo Walter titubeando.

A lo que respondí con una risa forzada:

—Yo no.

Decepcionada, sí. Pista que no es pista después de todos estos años.

Lúgubre pavimento barrido por la nieve, campus urbano de una universidad tecnológica. Walter Lang más grueso y de edad madura que había permanecido en mi imaginación durante mucho tiempo con aspecto juvenil, tierno y herido, mirándome con ojos angustiados en el camino delante de nuestra casa. Y Padre llamándole «hijo».

Ahora, un Walter de hombros derrotados, cuerpo pesado vencido por la ley de la gravedad.

—Sí, a Marguerite le gustaban las «gangas». Podía ser juguetona. No le gustaba hablar de sus esculturas pero una vez me dijo que también eran «juguetonas»… «travesuras». Recuerdo que un día me compró una corbata en una tienda de State Street… algo de seda también, una corbata de marca. Rebajada de cien dólares a veinte. —Walter sonrió con tristeza, recordando—. Pero casi nunca me la pongo. Es demasiado elegante para mí.

¡Qué familiaridad entre nosotros! Un temblor me recorrió el cuerpo, estaba haciendo acopio de valor tan solo para tocarle el brazo a Walter, la muñeca.

¡Tanto que decirnos el uno al otro! Acabábamos de descubrirnos

después de tantos años.

Pasearíamos juntos por el parque, hablando animadamente. El río Mohawk estaba cerca, vi un camino junto a él. Cenaríamos juntos esa noche. Hablaríamos del pasado con franqueza y resolución. Porque parecía que, al fin y al cabo, Walter Lang no estaba casado. No tenía una esposa esperándole, no tenía hijos. Lloraríamos juntos por la hermosa joven que ambos habíamos perdido. Nos consolaríamos mutuamente.

Enviaría a mi sobrino a casa, yo pasaría la noche en un hotel en Ithaca.

Walter diría con ternura:

—Gracias, Georgene. Por entrar en mi vida después de tantos años de soledad.

Y yo diría:

—Espero que no sea demasiado tarde, Walter.

—Nunca es demasiado tarde para descubrir un alma gemela. Marguerite estaría feliz por nosotros.

Pero cuando propuse un paseo fuera del concurrido campus para que pudiéramos hablar con mayor privacidad, Walter lo rechazó sacudiendo la cabeza con vehemencia. Tenía veintitantos cuadernos de laboratorio que corregir, dijo.

Ahora hablaba con más brusquedad. Como si despertara, se espabilara de un trance. Ya no me miraba a mí, sino más allá de mí. Con un aire de impaciencia.

Sugerí «tomar algo»… «café»… ¿en algún sitio cercano? Pero no, Walter justo entonces no tenía más tiempo, tenía que corregir los cuadernos de laboratorio y preparar también una clase para el día siguiente: tres cursos cada trimestre, su carga docente, ya no era un científico investigador, sino un profesor que enseñaba a universitarios.

La palabra *universitarios* pronunciada con un sarcasmo salvaje.

Pero Walter no sugirió que nos viéramos otra vez, cuando pudiera tener más tiempo.

Dijo enfáticamente «Adiós». No se entretuvo para esperar mi respuesta, sino que se alejó andando rápidamente, con la cartera

dándole golpes en el muslo. Igual que años antes un hombre bastante más joven entró deprisa en su viejo y gastado Ford y se fue por Cayuga Avenue sin mirar atrás dejando a G., la hermana menor de M., desamparada y abandonada en la acera delante de nuestra casa.

Entonces, podría haber sido en 1987, M. estaba viva, vivía en Nueva York. M., que no sabía nada de mi encuentro con Walter. Y si nunca hubiera vuelto para cuidar a «Gigi» podría estar viva ahora, hoy mismo.

Walter, también, podría estar vivo. No en el infierno.

Afligida, vi escapar a Walter por segunda vez. Me sobrevino un tremendo impulso, llamarle. *¡Walter! Espera. Tengo muchas más cosas que contarte…*

Naturalmente, no lo hice. No dije ni una palabra, ni siquiera una palabrota cuando un chico larguirucho chocó contra mí y me hizo tropezar, y casi caer en los escalones, con una disculpa fácil mientras se alejaba:

—¡Uy, señora! Lo siento.

45

El estoico. Con el paso de los años Padre se ha convertido en un estoico. Ahora, con ochenta y pocos años, todavía camina erguido, tiene una espesa mata de cabello blanco, cejas nudosas y bolsas bajo unos ojos melancólicos. Conserva la piel relativamente libre de arrugas, para un hombre de su edad, pero parece haber adelgazado y sangra con facilidad; los antebrazos y los dorsos de las manos tienen a menudo hematomas porque le han recetado medicamentos para hacer más fluida la sangre con el fin de evitar embolias.

Ha dejado de lamentarse en público por la pérdida de Marguerite, al igual que ha dejado de quejarse amargamente por la investigación «chapucera» de la policía sobre su desaparición, que se dejó «enfriar» tan pronto. Aunque de vez en cuando habla con cierta añoranza de Drummard. No sé por qué. Tal vez Drummard representa el final de la esperanza de Padre.

Bueno, el farsante descansa en paz.

Con los demás, tierra bien apisonada bajo antiguas vigas de madera donde ondean telarañas como filigranas.

No, no lo siento. No lo siento ni lo más mínimo, ¿por qué iba a sentirlo?

Polvo eres y en polvo te convertirás. Ojo por ojo.

Algo reacio, Padre renunció al despacho de Main Street porque iba allí con menos frecuencia, ya que la artritis le agarrotaba las articulaciones. De todos modos, Padre está muy activo con tareas filantrópicas y con sus inversiones financieras, a veces con resultados gratificantes, hasta donde sé, y a veces con resultados no tan

gratificantes, según las vicisitudes del mercado, al que es tranquilamente indiferente… o sea, «estoico».

Del patrimonio de la familia Fulmer no estoy muy enterada. Sé que, siguiendo los consejos de sus asesores financieros, Padre ha desinvertido ciertas acciones y propiedades inmobiliarias; creo que su patrimonio ha disminuido algo desde la fuerte caída de 2008, pero nunca hablamos de estas cosas. Hace años, Padre estableció un fideicomiso para garantizar mi bienestar económico cuanto tenga que vivir sola en esta enorme casa antigua; se dice que hay un fideicomiso equivalente para Marguerite, por si alguna vez vuelve y lo reclama.

(Sí, los parientes sacuden la cabeza por lo que perciben como un terco optimismo de Padre, no se dan cuenta de que no es más que una forma estoica de *cubrirse las espaldas*).

En los últimos años, sorprendentemente, Padre ha reanudado la costumbre, que en otro tiempo despreciaba, de ir a la iglesia, hábito interrumpido durante décadas después de la muerte prematura de Madre; Milton Fulmer se ha convertido en un «pilar» de nuestra iglesia anglicana local, una presencia familiar entre los parientes Fulmer que ha llegado a tolerar y que yo evito. No con frecuencia, pero algunas veces, si estoy de un humor retorcido, acompaño a Padre los domingos por la mañana porque resulta gratificante desairar a los parientes y vecinos entrometidos; en especial, soy despiadada con la inmadura prima Denise que siempre lanza miradas de extrañeza/esperanza/reproche hacia mí. En el banco de la familia Fulmer, junto a mí, Padre se sienta en silencio, en reposo melancólico, con un libro de salmos sin abrir en el regazo.

Una vez, al terminar un oficio religioso particularmente aburrido, Padre miró a nuestro alrededor como si no estuviera seguro de lo que le rodeaba, y me murmuró al oído:

—Hazme memoria, por favor… ¿por qué tu hermana se casó fuera de la iglesia? ¿Si se «casó fuera de la iglesia»?

Perpleja por esta pregunta, solo pude balbucear:

—Yo… yo no puedo hablar por Marguerite, Padre. Nadie puede.

Seguramente hay una mejoría de algún tipo en el hecho de que Padre apenas hable de M. incluso en su cumpleaños, o en el aniversario de su desaparición, pero sé que piensa en ella cuando se le suaviza la mirada con pesar, dolor.

Cuando sucede eso aprieto la mano fina y fría de Padre, con la piel con manchas y hematomas, y él responde con una especie de despistado afecto paternal; y entonces Padre me mira sobresaltado: «¡Ah! ¡Hola!»… como si, momentáneamente, hubiera olvidado quién soy.

46

Confesión, En marzo de 2013, una sorpresa apabullante.

Un preso de sesenta y seis años que cumplía dos cadenas perpetuas sin libertad condicional en la Instalación Correccional de Clinton en Dannemora (Nueva York) confesó de repente al capellán católico de la prisión que había asesinado «tal vez a una docena» de mujeres en el estado de Nueva York entre los años 1984 y 1991, de las cuales parecía que una podía ser *Marguerite Fulmer*.

Se decía que el famoso «asesino del lago Wolfs Head» (al que no dignificaré dando su nombre) tenía síntomas de demencia sifilítica y, desesperado por recibir perdón por sus pecados, confesó haber raptado, violado y asesinado a mujeres y chicas en la región de los lagos Finger del estado de Nueva York, así como en las Adirondack y las Catskills; había sido sospechoso durante mucho tiempo en varios de estos casos, pero solo lo habían juzgado y condenado en dos.

Cuando le enseñaron fotografías de las víctimas de los casos sin resolver, esta persona identificó a M. «sin dudarlo», según los detectives, diciendo «Esa es una de ellas»; si bien cuando se le interrogó más a fondo fue poco preciso en cuanto a dónde y cuándo la había encontrado, dónde la había llevado en su coche y cómo se deshizo del cadáver; al principio decía haberla raptado en el campus de una universidad en una ciudad, tal vez Búfalo, quizá Rochester. Más tarde cambió su relato afirmando que (posiblemente) había confundido a M. con otra «mujer de pelo rubio», insistiendo en que había raptado a M. en una «carretera comarcal» y había dejado su

cadáver en un lago cercano, lastrándolo con piedras.

No un lago grande. Uno de aquellos… cómo los llaman… lagos pequeños: Fingers…

Al preguntarle si se refería al lago Cayuga frunció el ceño como si nunca hubiera oído ese nombre, y luego asintió con fuerza.

Ca-yu-ga. Sí.

Al preguntarle por qué había matado a estas mujeres que (evidentemente) no conocía, el odioso degenerado explicó muy en serio que «Es la única forma de que ellas te presten atención».

En total, el asesino del lago Wolf s Head afirmó haber acosado, raptado, violado y asesinado al menos a doce mujeres y chicas —que él fuera capaz de recordar—. El capellán de la prisión estaba convencido de que decía la verdad, pero los detectives eran escépticos. No es raro en casos como este, evidentemente, que un asesino en serie exagere el número de víctimas. Podría estar presumiendo, jactándose ante sus interlocutores, deseando impresionarlos además de «desnudar su alma». Podría haber matado a algunas de las víctimas, pero no a todas ellas; podría estar apropiándose de asesinatos cometidos por un compañero de celda o un amigo; podría estar recordando mal. Era obvio que el cerebro de este individuo se estaba deteriorando, su memoria se corroía. Se informó de que se «alteraba» al recordar detalles aislados (y truculentos) de asesinatos pero mostraba «confusión» sobre las identidades de las víctimas.

Él insistía en que sí, las había matado a todas. Hablaba con voz triste y quebrada. Gimoteaba «como un bebé llorón». Se decía que había perdido una gran cantidad de peso como si (posiblemente) tuviera una enfermedad debilitante, como el cáncer. (Los presupuestos estatales para las instalaciones de máxima seguridad no cubren procedimientos médicos costosos como colonoscopias, y está bien que no lo hagan; los contribuyentes ya tenemos bastante que pagar). Hablaba muy rápido, tartamudeando y tosiendo… «desesperadamente ansioso» por confesar sus pecados antes de que fuera demasiado tarde y se muriera, y fuera al infierno.

Tantas, he matado a todas, Jesús, perdóname. Las enterré en agua

porque es suave y no les haría daño.

Una pausa.

¿Cree que Él lo hará? ¿Jesús? ¿Me *perdonará*?

Una forma particularmente estúpida de dramatismo, como podría verse en uno de los programas policíacos de televisión más vulgares. Y asqueantes.

Afortunadamente, cuando llamó el detective B. (no me he esforzado en aprenderme ninguno de sus nombres) de la policía del estado de Nueva York preguntando por Milton Fulmer, pude intervenir y contestar la llamada, y explicar que mi padre tenía preocupaciones empresariales más importantes que venir al teléfono para hablar con un extraño.

—Pero estoy autorizada a hablar en nombre de Milton Fulmer —expliqué—. Estoy totalmente enterada del caso de «personas desaparecidas» relacionado con mi hermana Marguerite.

Al igual que un hipopótamo está dotado con una piel gruesa y como de caucho para protegerse de insectos irritantes, yo me he dotado para protegerme de novedades absurdas en el «caso enfriado» de Marguerite Fulmer. Con voz neutra le expliqué al detective B. que la salud de Padre era excelente para un hombre de su edad, pero, aun así, Padre ya no era joven. Las cosas pueden cambiar rápidamente en las personas mayores si surge un trauma o un *shock*. Estaba decidida a proteger a Padre de cualquier *shock*.

Y por lo tanto dije con firmeza: a menos que este individuo pueda conducir a la policía hasta un cadáver real, y a menos que exista evidencia forense que relacione ese cadáver con mi hermana Marguerite *definitivamente*, no tengo intención de informar a mi padre, ni de escuchar más bobadas. Porque si el «asesino en serie» (sifilítico, demente) no había dicho nada lo bastante preciso para poder considerarse que probaba que él era el asesino de mi hermana sería claramente una estratagema y una pérdida de mi tiempo.

¡Una pausa atónita! Oí que tomaba aire.

Los familiares de las víctimas de asesinato son más dóciles y crédulos, en general, que yo, tal vez; no hay duda de que esas almas patéticas agradecen la mayoría de las escasas migajas que les echan

los «profesionales» de los cuerpos de seguridad incompetentes y sobrerretribuidos, y nunca se les ocurriría dudar de los sinsentidos que les dicen con solemnidad, y mucho menos verbalizar al teléfono su escepticismo tan claramente como hice yo.

Y entonces el detective B. admitió su derrota, como si yo le hubiera enseñado los naipes ganadores:

—Él dice que tiene «tesoros» que les quitó: medias, ropa… un reloj «caro, todo de plata»… pero no puede recordar dónde está la taquilla. A menos que podamos localizar estos objetos, usted tiene razón, señorita Fulmer, no hay forma de que sepamos si dice la verdad sobre el hecho de que su hermana sea una de sus víctimas. Tendría que conducirnos hasta el cadáver, y tampoco puede hacerlo. En este punto, lo único que podemos…

Colgué el teléfono. La mano me temblaba de indignación y furia.

Porque: yo sabía que el asesino del lago Wolf's Head no decía la verdad, de hecho todo lo que había dicho eran bobadas.

47

Tiempo de sepultar. Entro en la habitación de M. con sigilo como si M. estuviera presente. Mis pisadas fuertes se han hecho «más ligeras» en un acto de voluntad por si Lena está escuchando abajo. Miro el lago a través de las ventanas azotadas por la lluvia. ¿Sí se había suicidado ahogándose en esas aguas turbulentas y feroces? ¿No detrás de nuestra casa, sino en otra parte, a kilómetros de aquí, donde nadie pensaría en buscar?

Bastante posible. Creíble.

Todavía se cuentan esas historias, años después.

¿Recuerdas a aquella «heredera» desaparecida que la gente dice que se suicidó en el lago por mal de amores…?

Porque el dolor del misterio es lo que nos impulsa a resolverlo.

Porque la frustración del misterio es que no siempre somos capaces de resolverlo.

Entrando en la habitación de M. en silencio. Examinando el espejo que, a pesar de los esfuerzos de Lena, está cubierto con una finísima capa de polvo.

(Pero no: Lena se ha ido de nuestra casa. Lena no ha sido [todavía] sustituida).

Abriendo lo justo la puerta del armario para que se refleje en el espejo del tocador, dos espejos reflejando hasta el infinito.

¡Es terrible verlo! Cómo la reflexión más simple, en una reflexión, se desvanece hasta el infinito.

El propósito de la visita es examinar el vestido lencero de Dior por última vez.

Cada vez, durante años, sacando el vestido con cuidado, en su percha, de su lugar apretujado del armario.

Vestido lencero de seda blanca de Dior ligero como filigrana, ligero como lencería. Levantándolo a la luz. Inhalando su aroma que, con el paso de los años, se ha convertido en el aroma del tiempo mismo.

Hoy, acercando el vestido de M. a la ventana maravillándome de su ligereza, su blanco sedoso, el borde con puntilla, los tirantes espagueti, sorprendida al ver que se ha puesto algo amarillento, como marfil viejo, como orina seca.

No es un regalo de un amante. No es una *pista*. Nunca lo ha sido.

Impulsivamente pienso: «¡Enterraré esto también!».

Tierra apisonada, en la parte vieja-vieja del sótano, donde nunca va nadie, donde en el rincón más alejado tienes que inclinarte para poder pasar o ponerte de rodillas para arrastrarte.

48

Amanecer de abril: la llamada. Un furioso golpeteo contra la ventana que hay junto a mi cama me saca del profundo pozo del sueño… lluvia helada, granizo. Despierto sobresaltada en la penumbra que precede al amanecer sin esperanzas de volver a dormirme.

Entre las sábanas (de hilo fino) (frías como el hielo), en mi bata vieja de franela, sobre unos pies helados, tratando de comprender ¿*dónde, cuándo estoy*? Porque me he asustado mucho.

Abril, y sin embargo tan frío. El viento mece la vieja casa como a un galeón en alta mar. La luz parpadea como un corazón fibrilando… a punto de apagarse.

Ráfagas de nieve en remolinos. Repentina ventisca de abril.

Desde una ventana de arriba observo el torbellino blanco. ¡Tan sola! Solitaria.

Pasada una hora la nieve empieza a caer con menos intensidad. Quizá estaremos seguros… Padre y yo. Como cuando rascas el hielo de la ventana, el cielo se abre en manchas de azul brillante.

Fascinada, incapaz de despegarme. Bajo mi ventana hay un mar esculpido de blanco inmaculado sin pisadas humanas o de animales.

Y entonces me doy cuenta de por qué estoy en la ventana y por qué miro el mar de blanco esculpido, porque la estoy viendo: mi hermana Marguerite vestida de oscuro, elegante y serena, recortada contra el blanco. Inmóvil, como si hubiera estado ahí durante mucho tiempo, paciente, esperando bajo el más grande de los tejos de nuestra pradera de atrás.

Mi impulso es dar un paso atrás rápidamente antes de que M. me vea. Pero, naturalmente, M. me ve.

He «visto» a M. tantas veces en veintidós años que en realidad esto no me impresiona. No debería impresionarme. No debería haberme asustado tanto. Pero esta mañana M. no me da la espalda distante y desdeñosa, sino que continúa mirándome alzando los ojos hacia mí, que estoy en la ventana, donde no estoy oculta, sino expuesta.

El corazón ha empezado a palpitar aceleradamente. Me gustaría llamar a Padre o a Lena pero la garganta se me ha cerrado, no puedo hablar. Mi miedo es tan grande que es una especie de paz, la ola de un maremoto que cae sobre mí… *Ya ha sucedido. He esperado muchos años*.

He sido fiel a M. No la he traicionado.

Cuando localizaron la taquilla alquilada con un nombre falso por el (llamado) asesino del lago Wolfs Head en un centro comercial venido a menos del lago George y en ella se encontró una maleta baqueteada repleta de cosas femeninas no caí en el engaño. No consentí en reunirme con los detectives y no «identifiqué» algunos de los objetos —en realidad «atrezo»— que pensaban que habían pertenecido a mi hermana: reloj de pulsera Longines, bolso de mano de cáñamo, páginas arrancadas de un cuaderno de bocetos de un artista.

Ni siquiera consentí en ver los objetos. Porque no estaba dispuesta a sucumbir a su palabrería.

La habitual perplejidad ante mi decisión. Desaprobación, indignación entre los parientes.

Georgene, ¿por qué demonios no…?

Sencillamente: no.

Me rehusé a formar parte de la farsa. Que un lunático corto de luces hubiera raptado, torturado, violado y asesinado a mi bella hermana-heredera-artista: no.

Que se hubiera deshecho de su cuerpo como si fuera basura: no.

No cooperé y no cooperaría. No.

Una maleta que decían que era de algún material sintético

baratón como el vinilo repleta de «tesoros» sórdidos. Ropa interior femenina (desgarrada, ensangrentada), anillos, collares, varios zapatos sueltos, varios relojes de pulsera de los cuales uno, sin duda el más bonito y caro, creían que habría sido de Marguerite Fulmer pero no tenían pruebas.

Padre consintió, por supuesto. Padre cooperó. Padre admitió que sí, el reloj Longines con la esfera ahumada (rota) y números muy pequeños era de M., posiblemente. El bolso de cáñamo que le parecía familiar, probablemente. Las páginas del cuaderno de artista, con pequeños dibujos a lápiz, definitivamente sí.

Otros parientes examinaron los objetos, entre ellos la prima Denise que (se dice) rompió a llorar al ver el reloj.

(«Se dice», porque yo no estaba allí y no lo vi).

Ahora, Marguerite ha venido a mí. Sin duda porque está de acuerdo conmigo, esta farsa ha ido demasiado lejos.

Dejemos que piensen lo que piensan. Nosotras sabemos.

Esperándome fuera en la nieve recién caída. Esa mirada de paciencia exasperada mientras yo me pongo la ropa de modo apresurado y torpe: un plumífero voluminoso, pantalones de pana. Encajo los pies en las botas. No las elegantes botas de piel de M., sino mis resistentes botas con acabado de caucho, lo bastante grandes para alojar mis pies de la talla cuarenta y uno con gruesos calcetines de lana.

Las manos me tiemblan. No acierto con el pomo de la puerta.

Y de repente ya estoy fuera, detrás de la casa. Hace viento, sorprendentemente frío. Aire húmedo. Nieve como manojos de capullos blancos vuelan contra mi cara.

Mi aliento despide vaho mientras le ruego a M., que está a diez metros tranquilamente frente a mí: no soy joven como tú, tengo cuarenta y cinco años. Tengo artritis en las articulaciones. Los muslos se han puesto fláccidos, tengo los tobillos gruesos, hinchados. Con este viento, de mis ojos gotean lágrimas ridículas.

Marguerite me mira desconcertada. La pequeña cicatriz con forma de lágrima de su mejilla izquierda brilla en el aire húmedo. *Solo ven conmigo, Gigi. Ya es hora*.

Dándose la vuelta para guiarme. Por la senda conocida. La hierba está rígida como si estuviera helada, cruje bajo los pies. Existe la promesa (¿cruel?) de que seré suficientemente fuerte para resistir la prueba. No se me someterá a ningún suplicio que no sea capaz de soportar.

Nunca antes había entendido que mi vida es algo vivo y frágil como la llama de una vela: con este viento, en peligro de apagarse.

Inesperadamente, me siento eufórica por el frío. Cuando el oxígeno sube rápidamente a la cabeza puede darte vértigo. A pesar de tener miedo, también me siento feliz porque por fin sé dónde está Marguerite.

Qué ridículo pensar que M. podía haber estado «enterrada» en alguna parte.

Qué ridículo pensar que un lunático corto de luces pudiera haberse referido a mi hermana como suya.

Sintiendo satisfacción, como cuando se abre un cerrojo. Que solamente yo en todo el mundo haya sido agraciada con este conocimiento negado a otros.

Ahora está claro: Marguerite *no está enterrada en ninguna parte*. Ni en agua ni en tierra.

¡Qué boba eres, Gigi! Ven y dame la mano.

Avanzando por la finca Fulmer. Metros cuadrados ancestrales. Por todas partes hay ramas caídas como miembros amputados. Un enebro, partido por un rayo el invierno pasado, o el anterior, que nunca se ha podado, se ha dejado que siga partiéndose, y se desparrama por el suelo como una joven arrodillada con el cabello extendido delante de ella.

Mis botas se hunden varios centímetros en la costra de nieve, no soy tan grácil como M. ni de lejos.

Ya hay huellas en la nieve hechas por pequeños animales, pájaros. Ciervos… puedes ver las pezuñas afiladas.

Pero ¿dónde están las huellas de Marguerite? No las veo.

Sin embargo, puedo ver nítidamente a Marguerite. Seguirla es crucial, no he de perder nunca de vista la esbelta figura oscura que se desliza ligera como una sombra.

En los años transcurridos desde que M. se esfumó de nuestras vidas la parte alta de Cayuga Avenue ha perdido su prestigio. Las casas cercanas se han vendido, reclasificado y dividido en pisos. Los parientes Fulmer han ido mudándose discretamente, no estoy segura adónde. Porque nunca nos invitan.

Padre y yo vivimos solos en este viejo caserón. Lo había olvidado: Lena murió hace varios años, hemos estado buscando una sustituía desde entonces.

En la casa vivimos en solo unas pocas habitaciones. La mayor parte están cerradas. Las de M. siguen sin tocarse, esperando su vuelta.

Casi nunca entro ya en la habitación de M. porque la he memorizado completamente. El espejo interior de la puerta del armario, ahora cerrada. Si me coloco correctamente puedo ver, a través de este espejo, el del tocador; pero el espejo del tocador ya no refleja nada porque todos nos hemos ido.

Dentro de los armarios la bonita ropa de M. está intacta, supongo. Si no tengo en cuenta los agujeros de las polillas en las prendas de lana. Abrigo de pelo de camello y jerséis de cachemira. Tal vez los ratones han hecho pequeños nidos en los estantes. Abres la puerta de un armario y parece que los costosos zapatos de M. han estado de juerga por el suelo.

No, no lo sabía: lo que revelaron las mamografías. Si es que las mamografías revelaron algo fuera de lo normal.

¿Cómo iba a saberlo yo? M. nunca le hacia confidencias a G.

No era una pista, no creo. Aunque (posiblemente) entre las cosas de M. que me apresuré a tirar había documentos relacionados, informes de pruebas médicas, no diferentes a las innumerables pruebas de Madre; no había forma de saberlo, no tiene sentido especular que mi hermana pudiera haber tenido un diagnóstico que la asustara; que mi hermana pudiera haber pasado meses luchando; o que le quedaran solo unos meses de vida.

No eran pistas. Me retracto.

¡Vamos, Gigi! Olvídate de eso.

Ya hemos terminado con todo eso: los cadáveres…

M. se detiene en lo alto de la cuesta, me espera. Es extraño que el aliento de M. no despida vaho, ni siquiera Un poco, mientras mi respiración es una serie de jadeos humeantes que se disipan en cuanto salen al aire frío y húmedo.

Casi sin darnos cuenta hemos pasado a la tierra de nadie que pertenece al Ayuntamiento de Aurora. Aquí hay restos de talas de árboles, maleza, basura. Impacta ver cerca de Drumlin Road que la gente ha estado utilizando esta tierra como vertedero comunal. ¿Cuándo empezó esto? ¿Qué clase de ciudadanos guarros tira inodoros rotos, colchones asquerosos, bicicletas inservibles, neumáticos destrozados? Lamento que M. tenga que ver esto.

Quizá por esta razón M. me lleva por otra senda que se aleja del vertedero y atraviesa un bosquecillo de robles y tejos altos y devastados, donde la nieve es más profunda y no es probable que alguien nos estorbe.

¡Me duelen los pulmones! Siento lo delicioso que sería tumbarme en la nieve recién caída. Hacerme un pequeño nido bajo las ramas de los tejos cargadas de nieve como alas.

Qué soledad estoy sintiendo ahora. No me había dado cuenta hasta ahora.

M. camina resuelta delante de mí. Me aterra perderla. Porque me siento muy muy sola.

¿Esta ha sido mi vida? ¿Desde M.? Desde el temor de que M. nos dejara.

Todo el largo invierno del estado de Nueva York no he estado bien. Tengo la tensión alta, siento los tímpanos como si fueran a estallar. *No soy lo que la gente piensa. Dura como un hipopótamo y avispada como un látigo*.

Solo tú lo sabes, querida hermana, perdóname.

¡Uf, por qué M. camina tan rápido, sabiendo que yo apenas puedo mantener el paso! Si al menos me esperara. Me cogiera de la mano. Cuando éramos niñas me habría abrazado. *¿Por qué lloras, Gigi, tontita?*

Resbalo en la nieve helada. Si me caigo en esta pendiente me torceré la pierna. Si la caída es fuerte se me romperá algo por dentro: una costilla rota, afilada, puede clavarse en el corazón.

Me tumbaré muy quieta, me haré un pequeño nido en la nieve. El viento helado pasará por encima de mí sin tocarme. Huesos crujiendo alrededor de mí como las cuadernas de un viejo barco marinero y la rabia abandonando gota a gota mi corazón que late cada vez más lentamente.

El sol amanece pausado, un ojo azul y frío se abre en el cielo con una precisión atroz.

¡Querida hermana, espera! Ya casi estoy ahí.

JOYCE CAROL OATES eterna candidata al Nobel de Literatura y una de las grandes escritoras estadounidenses de todos los tiempos, Joyce Carol Oates es autora de un centenar de libros, entre novelas, colecciones de cuentos, volúmenes de poesía, obras de teatro y ensayos. Algunas de sus obras han sido finalistas del Premio Pulitzer y ha obtenido, entre otros, el National Book Award, el Premio O. Henry, el Bram Stoker Award o el Prix Fémina. En 2011 recibió la National Humanities Medal, el más alto galardón civil del gobierno estadounidense en el campo de las humanidades. Asimismo, es profesora emérita de la Universidad de Princeton